

PQ FRANCISCO VEGAS SEMINARIO

8497
V369
T3

UNIVERSITY OF ARIZONA
UNIV. OF ARIZONA
PQ8497.V369 T3 mn
Vegas Seminario, Fr/Taita Yoveraque ; [n
3 9001 03819 6542

Taita Yoveraqué



BRACAMONTE
VERA

JUAN MEJIA BACA & P. L. VILLANUEVA, Editores

Sobre los anteriores libros de Francisco Vegas Seminario se han pronunciado elogiosamente la mayoría de los críticos y comentaristas nacionales. Ellos han reconocido la eficacia técnica del novelista, su lenguaje sencillo y rico, y su realismo nunca reñido con la fantasía creadora que todo escritor debe poseer. Como testimonio de la unanimidad encomiástica que ha rodeado a la breve pero intensa obra del autor de "Taita Yoveraqué", transcribimos aquí algunos párrafos sobre "Chicha, Sol y Sangre" —su primigenia colección de cuentos—, sobre su novela "Montoneras" (Juan Mejía Baca & P. L. Villanueva, Editores, Lima, 1955), y sobre la presente narración galardonada:

"Debo confesar paladinamente que no quisiera quitar punto ni coma en los magníficos cuentos que siguen. Me placen sobremedida no sólo por el vigoroso talento del narrador y su manera de enfocar una realidad tan peculiar, sino por ser peruanísimos como el autor mismo".

VENTURA GARCIA CALDERON

"En este libro aprecio el arte de novelar, la imagen original y suntuosa, la más fina, la más brillante de las crónicas, malicia y leve sal, un criollismo de buena cepa formado en tierras graves, capaces de tragedia".

FRANCISCO GARCIA CALDERON

"Si ayer Francisco Vegas Seminario, con su libro "Chicha, Sol y Sangre" recibió de Ventura García Calderón, prosador insigne, la alternativa de cuentista, hoy con su novela "Taita Yoveraqué" no sólo es ya hijo preclaro de la patria chica, sino figura honrosa de la Patria Grande".

ENRIQUE LOPEZ ALBUJAR

"Francisco Vegas Seminario posee el don inapreciable del color y de la forma, y un raro poder de penetración espiritual

28.

TAITA YOVERAQUE

Francisco Vegas Seminario

PQ
8497
V369
T3

**TAITA
YOVERAQUÉ**

JUAN MEJIA BACA & P. L. VILLANUEVA, Editores

LIMA - 1956

Copyright 1956, Juan Mejía Baca & P. L. Villanueva, Editores
Jirón Azángaro 722, Lima

NOS complace sobremanera poner en circulación esta novela de Francisco Vegas Seminario, que obtuviera el premio de nuestro primer concurso anual, no sólo porque ello constituye parte del galardón prometido, sino principalmente porque se trata de una narración de altos valores, culminante en la obra de un escritor leal a su difícil misión, representativa de una pertinaz corriente literaria peruana y digna en todo sentido de figurar entre las más destacadas creaciones del actual relato latinoamericano. En Taita Yoveraqué se revelan, totalmente depuradas, las facultades expresivas de Vegas Seminario, quien, sin olvidar la tradición de la gran novela europea, asume francamente el deber de mostrar vida y problemas de nuestra compleja realidad, cruenta a veces, pero siempre deslumbrante.

62/88-P
Para nuestra empresa, cuyos propósitos son primordialmente los de contribuir con el mayor desprendimiento a la difusión del libro nacional y al fomento de la cultura patria, es sumamente enorgullecedor el éxito del concurso que promoviera el año pasado. La concurrencia al certamen fué nutrida y valiosa, y la labor de los jueces que tuvieron la difícil tarea de discernir la recompensa se desarrolló en un clima de inteligencia y comprensión excepcionales. De otro lado, la prensa de Lima y provincias prestó un amplio y desinteresado apoyo al concurso, y las columnas de los

diarios y las revistas, así como los micrófonos de algunas importantes emisoras, se brindaron a difundir su convocatoria y su resultado. Nuestra gratitud, por ello, queda expresada en estas líneas.

El triunfo de Vegas Seminario se reconoce como un buen paso inicial para el futuro de esta competencia literaria, pero no lo son menos las obras que el jurado nos recomendara para su publicación y cuya impresión se halla ya proyectada. Nos interesa que las letras peruanas se enriquezcan más y más, pues comprendemos que como industriales de un ramo tan estrechamente vinculado a la cultura y al pensamiento de nuestro pueblo no podemos permanecer ajenos al paciente y silencioso esfuerzo de los novelistas del país.

A los que acudieron a nuestro llamado, a los que lo prestigiaron con su palabra oportuna de aliento, a los doctores Luis Jaime Cisneros, José Durand y Jorge Puccinelli, que integraron el jurado, y en general a aquellos que confiaron en la seriedad de nuestras intenciones y colaboraron sin reservas con nosotros en una u otra forma, va en esta página nuestro más hondo reconocimiento. La obra de Francisco Vegas Seminario es, por sí sola, una compensación a todos los desvelos que este concurso nos haya acarreado.

Lima, mayo de 1956.

JUAN MEJIA BACA & P. L. VILLANUEVA, Editores.

I

José Celestino Yoveraqué se refugió en el interior de la cocina, junto al fogón, cuyas llamas lamían los flancos de una olla de camotes. Sentóse sobre la tierra desnuda y escondió las sarmentosas manos bajo el poncho para calentárselas. Sus dos perros, Culebrón y Macanche, se ovillaron a su lado. El viento de la tarde agonzante se enredaba en los carrizos del miserable rancho.

—¿Que tiene hambre, taita?

El anciano indio enfocó a su hija con sus ojos pitañosos y azulencos y le repuso:

—No, Encarna.

—¿Y por qué se mete en la cocina entonces?

—Porque tengo frío. Este vientecito . . .

La Encarnación se acercó a su padre:

—¿Quiere que le prepare café?

—No, no.

—Entonces lo que tiene usted es otra cosa.

—¿Qué?

—*Ideyas, ideyas*. Y lo mejorcito es que las espante como a *morciégalos* locos. Usted no es el mismo desde que don *Ustaquio* Escalona . . .

José Celestino irguió el busto. Parecía una momia a la que empujaran por detrás. Un entrevero de

tendones y músculos le formaba el cuello. Greña áspera, lisa, sin brillo, le caía de la cabeza. Su nariz ganchuda se descolgaba hasta los finos y apretados labios, sobre los cuales le crecían algunas cerdas, ralas en el centro, algo abundantes por las comisuras.

—¿Y te parece poco lo que el blanco me hace?
—se lamentó el viejo.

Disimulando su rencor, la mujer filosofó:

—Pero tenga en cuenta que su tranquilidad es primerito que las cuarenta varas que nos ha robado don *Ustaquio*. ¿Qué podemos hacer, pues, los pobres?

Antes de contestar, José Celestino se quedó un rato pensativo, la mirada fija en la lejanía verdosa:

—Tienes razón, Encarna. ¿Qué podemos hacer los pobres y desvalidos? Si contáramos siquiera con un hombre joven en la familia. . . Pero, de tus tres hijos, dos están todavía maltones y el otro estudia en Lima. Y con tus hermanos no hay qué contar. Los que viven, malos me salieron. José Antuco y José Asunción viven por el otro río —se refería al Chira— y Froilán anda con la montonera del cura Chumán.

—Ya lo sé, taita.

—Caro le ha de costar el haberse metido a revoltoso. Pero el cholo sacó su geniecito.

La Encarnación suspiró tristemente:

—Si su taita y el taita de su taita hubieran tenido geniecito. . .

—Verdad, Encarna, verdad, pero horita es tarde *pa* remediarlo. Los *Ustaquios* de hoy son *piores* que los de antes. ¿No es cierto? ¿Cuántos años hemos vivido tranquilitos en nuestra chacra? ¿Y cuántos años de años vivieron así mis *agüelos*? Pero ahora,

con la maldita *ideya* de sembrar algodón y más algodón, le quieren a uno robar hasta la última miajita de tierra.

La Encarna esbozó esta reflexión:

—A mí me da, taita, que don *Ustaquio* no es el malo, sino su mayordomo.

—¿Don Torcuato Garrote? Te equivocas. Tanto el uno como el otro son malos como la yuca de caballo.

—Pero . . .

—Yo tengo *esperencia*, Encarna. Ya verás por donde resuellan los dos. Por eso *me se quita* el sueño.

—¿Y por qué no se da un saltito a la casa de la hacienda y ve a don *Ustaquio*?

El indio permaneció silencioso, rumiando mentalmente la sugerencia. “Pueda ser que tenga razón la Encarna —se dijo—. Debo hablar con el blanco. Quizás el tal Garrote *haiga* hecho eso sólo por congraciarse con él. Como es un perro sarnoso. Si no hay más que verlo *pa* pensar que es malo. Malo como las culebras, malo como el mismo Cachudo. Hace años le vendí a don *Ustaquio* unas plantas y me las pagó bien. Y me dió a probar un anisado con hojas de higuera. Sí, sí, ahora me acuerdo. No tenía la cara fiera de Garrote. Mañana me daré un tiempesito *pa* ir a verlo. A las once estaré de *güelta*. Mientras tanto, mi hija cuidará la chacra con sus muchachos”.

—Encarna, ¿cómo se llama la hacienda de don *Ustaquio*?

—La Fraternidad.

—¿Fraternidad? ¿Y qué quiere decir eso?

—Valgan verdades, taita, yo tampoco lo sé, pero

me suena como a que unas personas quieren a otras, o todas se quieren entre sí. Bueno, no lo sé, taita.

Esta confusa idea de lo que significaba "fraternidad" reconfortó a José Celestino. Algo había entendido. Una propiedad bautizada con tal nombre tendría que poseer un camino franco que invitara a visitarla sin despertar el temor de ver rostros ceñosos ni perros bravos.

Se fueron adentrando las sombras en el rancho. En medio de ellas, las llamas del fogón cobraban más viveza. La mancha rojiza atraía la mirada del anciano. ¡Cómo bailaban las lenguas de fuego! A ratos les encontraba parecido con aquellas pastorcitas danzantes que exhibían sus movimientos graciosos en la iglesia del pueblo durante las Navidades risueñas.

El viento seguía gimiendo entre los débiles carrizos de la morada. Las gallinas caminaban lentamente en busca del algarrobo que les servía de dormitorio, en donde se sentían libres de la voracidad del zorro. Dentro del inmundo chiquero gruñían dos puercos. Uno de ellos, el más rollizo, estaba condenado a muerte. Su carne se vendería en Catacaos, adonde la Encarnación llevaba también, de vez en cuando, algunos sombreros de paja, tejidos por ella en las madrugadas azules, al fulgor lunar.

A las siete llegaron los dos menores hijos de la Encarnación, Juan Esteban y Ramón, arreando un burro cargado de pasto. Andaban por la pubertad. El primogénito estudiaba Derecho en Lima. Desde niño estaba a cargo de don Isidro Lozano, cura de Catacaos. La última de la familia era una muchacha, Isabel, que vivía la mayor parte del año en aquel pueblo con una

tía. El marido de la Encarnación había muerto hacía poco en Suilana, durante el conflicto con el Ecuador, a consecuencia de un accidente. Era cabo del Regimiento N^o 11.

Los dos muchachos descargaron el asno, y después de repartir la yerba entre las cabras olisconas, de ojos agarenos, y de arrojar unos zapallos a los puercos, se sentaron en un tronco, esperando que su madre les preparara el arroz con zarandajas y camotes.

José Celestino siguió junto al fogón, elaborando interiormente su queja: “Sabe su merced que don Garrote se ha metido en mi chacra, quizás porque no conoce bien los linderos de la . . . ¿de la qué, me dijo la Encarna? Ah, ya sé, de *La Trapertitá*. No, no; de *La Fraternidad*. Bueno, y como sabe su merced . . .”.

—Taita, ¿quiere que le sirva zarandajas?

Sorprendido por la pregunta, que le interrumpía su monólogo mental, el viejo respondió ásperamente:

—No.

* * *

José Celestino traspuso la puerta del caserón de *La Fraternidad* entre un ladrido de perros. Miró hacia el oriente, frunciendo el ceño y semicerrando los ojos, y pensó: “He llegado temprano. No son ni las nueve. Bien me dijeron que a estas horas no recibe el blanco. Aguardaré”.

Se acomodó bajo la ramada en un banco de algarrrobo, junto con otros indios emponchados que esperaban también. Al frente se erguía la fachada del edi-

ficio, toda enjalbegada de yeso, brillando al sol. A un costado se hallaba el patio donde extendían el algodón. A lo largo del corredor colgaban algunas jaulas que encerraban pájaros de la región. Esta nota alegre insufló ánimo a José Celestino. El hombre que amaba las aves le inspiraba confianza. Varios burros, con las enjalmas encima, mordían la corteza de los horcones de la ramada.

—¿A qué hora saldrá el blanco? —preguntó al indio que se sentaba a su lado.

—¿Cuál de ellos?

—Pues el patrón de la hacienda. ¿Que hay dos?

—¿Y don Garrote?

José Celestino calló. Prefería no hacer comentarios ante desconocidos. Pero le disgustó saber que el mayordomo tenía también categoría de blanco, es decir de patrón. Ya no podría acusarlo libremente a don Eustaquio Escalona de su error o deliberada intención de haber anexado a La Fraternidad cuarenta varas de su chacra.

El sol iba subiendo. Por los huecos de la ramada se colaba su lumbre tibia, formando manchas de oro en el piso de tierra. Los pájaros le cantaban un himno desde su prisión.

José Celestino repitió la pregunta inconscientemente:

—¿A qué hora saldrá el blanco?

—Si quiere hablar con él —repúsole un mozo— pues vaya no más a verlo, que ya debe estar en su escritorio. Es ese último cuarto del corredor.

Y el viejo se encaminó hacia el sitio indicado, mientras los cinco mastines que ambulaban siempre

por la casa, gruñendo y a veces atacando a los visitantes, le seguían paso a paso. Parecía que ansiaban morderlo, pero el indio no se inmutó. Suponía que sus piernas ya no despertaban la codicia de ningún animal: Carecían de carne.

Al llegar al escritorio del hacendado, un mulato le detuvo:

—¿A dónde va, hombre?

—A ver al blanco.

—Al señor *Ustaquio* Escalona, dirá usted.

—Bueno, a don *Ustaquio*.

—Espere.

El mulato gritó desde la puerta:

—Señor, aquí le buscan.

—¿Quién?

—Un cholo entradito en años.

—Que pase.

Al principio, Escalona no reconoció a José Celestino. Y era que, a pesar de vivir tantos años entre los indios, todos le parecían iguales. El sólo los catalogaba en dos grupos: jóvenes y viejos, aunque el que tenía por delante podía formar parte de una tercera clasificación: la de los muy viejos.

Yoveraqué saludó:

—*Güenos* días de Dios, señor.

—¿Qué te trae por aquí, hombre?

—Poca cosa, señor.

—Entonces habla.

—*Güeno*, señor, le diré que se ha cometido un abuso...

—¿Un abuso? —se extrañó el hacendado, clavándole al viejo sus ojillos de simio—. En verdad, no

comprendo lo que me dices. Esa clase de expresiones suenan mal en La Fraternidad.

Al indio le sorprendió esta vez la adiposidad de Escalona. Y también su cabeza chata, en la cual quedaba sólo un círculo de pelos ásperos que, en la parte posterior, se detenían en el reborde de su nuca de buey.

—¿Abuso? —repitió, contrayendo sobre el pecho su mantecosa papada de tres rollos.

A José Celestino le alarmó el tono empleado por Escalona. Hasta quiso abandonar la pieza. Ese hombre de inmenso busto, que llevaba montañas de carne en pecho y espalda, le infundía miedo. Era el mismo miedo que venía sintiendo desde su niñez cuando los blancos le hablaban autoritariamente. No lo podía vencer. Era un miedo ancestral.

Conociendo la timidez de los indios, el hacendado le quiso ganar rápidamente la partida a Yoveraqué. Ahora ya sabía con quien trataba. Adusto le interrogó:

—¿Qué individuo ha abusado de ti en este fundo?

—Vea, su merced, hace una semana . . .

—Que quién ha abusado de ti, te pregunto. Límitate a nombrarlo.

—Valgan verdades, señor, pues don Torcuato Garrote.

Escalona se puso de pie. Esta actitud armonizaba con el plan que se había trazado. Su voluminoso abdomen, sujeto en la parte inferior por un cincho recubierto de adornos de plata, del cual colgaba el revólver, se desbordó sobre la mesa.

—¿Mi mayordomo? —fingió alarmarse— ¡Imposible! Es un hombre honesto, incapaz de nada malo. Me sorprende, pues, tu acusación. Sin embargo, como todos somos mortales y estamos sujetos a muchas tentaciones y errores, pueda ser que haya cometido alguna faltita.

El viejo abandonó su timidez:

—Señor, don Torcuato ha corrido el cerco de este fundo hacia mi chacra, tomándome como cuarenta varas de tierra.

—Pero, ¿qué estas hablando, hombre? ¿Deliras acaso?

—No, señor; así ha sido. Las medidas de mi chacra las conocen todos los que viven por ahí. Por la orilla tengo trescientas veinte varas, y de allí *pa fuera*...

—¿Estás seguro?

—Segurísimo, señor. Esa chacra está en poder de mi familia desde...

—¿Desde cuándo?

—No sé, señor. Quizás desde que las tierras y los Yoveraques existen.

—¡Qué curioso argumento!

—¿Por qué, señor?

—Bueno, de todas maneras me complace que hayas venido. Y para que veas que pongo interés en todos los reclamos y quejas, te ofrezco hacer un deslinde en la primera oportunidad, pues tampoco me gustan pleitos con los vecinos. Revisaré los títulos de mi hacienda, aunque en ello emplee muchas horas. Y tú harás lo mismo con los de tu chacra.

—¿Títulos? —masculló José Celestino— ¿Qué

más títulos que los de haber vivido los Yoveraqués en esas tierras cientos de años, miles de años quizás. ¿Le parece poco a su merced?

—Pero, hombre de Dios, ¿qué oigo? ¿Que no tienes títulos? Entonces, ¿cómo quieres establecer tu derecho de propiedad? A lo mejor, parte de tu chacra ha salido de La Fraternidad. No había pensado en esto. Soy muy descuidado. Realizaré un estudio concienzudo de los títulos del fundo para determinar su extensión exacta.

Al anciano le pasó una nube negra por los ojos. Los oídos le zumbaban como si tuviera dentro de ellos un millón de chicharras. No se explicaba la confusión que padecía. Había ido a quejarse de un robo y el hacendado no sólo defendía a Garrote, sino que hasta ponía en duda su derecho de propiedad, suponiendo que su chacra pudiera haber formado parte de La Fraternidad. En buena cuenta, ello significaba haber ido por lana y salir trasquilado.

—¿Y qué me dices de todo este asunto? —oyó que le preguntaba Escalona con acento imperativo, dueño ya de la situación— ¿Cómo te has atrevido a calumniar a mi mayordomo cuando tú ni siquiera posees un papel que pruebe tus derechos?

José Celestino reaccionó algo. La luz de la ventana le atrajo. Distinguió un jirón de cielo azul, bajo el cual revoloteaban dos gavilanes, y después volvió a fijar la mirada en el bulto macizo que le interrogaba, del que surgía un turbión de palabras acusadoras. Y entonces precisó de nuevo las medidas de su predio, agregando que un bosquecillo de sauces señalaba el lindero sur y un barranco cuajado de malezas, perpen-

dicular al río, el del norte. Hacia afuera, su chacra avanzaba hasta el Cerrito de los Chivos.

—Todo eso está bien —afirmó Escalona— pero tienes que probarlo. Ojalá lo logres. Soy amigo de respetar los derechos ajenos y me complacería mantener buenas relaciones con un vecino como tú. Los ancianos me inspiran compasión y ternura. Es muy natural. Recuerdo a mi padre, que alcanzó la edad de noventa y tres años.

Al propietario de La Fraternidad le fascinaba mentir. Cuanto más abultados eran sus embustes, más le probaban la exuberancia y riqueza de su propia fantasía. El no había conocido a su padre, y sólo en su azarosa pubertad vino a darse cuenta de que el hombre que le enseñaba a caminar por la vida a garrotazos no era más que un pariente postizo. Hasta ignoraba con certeza el lugar de su nacimiento, suponiendo solamente, por ciertos indicios, que sus padres provenían de un país centroamericano. Pero, ¿cuál?

Aunque poco o nada le importaba la hora, Eustaquio Escalona extrajo de un pequeño bolsillo, situado bajo el cincho, su reloj de plata “Longines, tres estrellas”. “Las once —se dijo—. Este maldito indio me ha quitado más tiempo que el preciso para liquidar un asunto sin importancia. Y, en buena cuenta, no he resuelto nada con él. Ahora irá por allí contando que le he robado cuarenta varas de su propiedad. Si el bellaco de Garrote hubiera corrido el cerco cuadra y media o dos, las consecuencias habrían sido las mismas, porque estos infelices defienden con el mismo ardor una pulgada de tierra que toda una chacra. Felizmente, Yoveraqué no tiene quién saque la cara por

él. Este caso es menos complicado que el del indio José de la Luz Ancajima”.

José Celestino miraba fijamente al hacendado, mientras sus huesudas manos hacían girar el sombrero de paja de impecable blancura, único lujo que se permitía por respeto a la tradición.

—Bueno —expresó al fin Escalona por decir algo—. Ya hemos hablado bastante. ¿No te parece? Tú verás lo que resuelves.

—El único que tiene que resolver en este asunto es su merced.

—¿Yo? No me explico cómo.

—Señor, ordenándole a don Torcuato que ponga el cerco donde estaba.

Escalona se irritó realmente. Al flácido disco de su faz se asomaron algunas manchas rojizas:

—Pero, ¿persistes en afirmar que se te ha robado tierra? ¡Esto es inaudito! Tú bien sabes que hay también juicios por calumnia. Y lo que me afirmas ahora tiene el perfecto significado de una calumnia. ¿Lo sabías?

El indio no perdió la ecuanimidad, por lo menos aparentemente. Una hebra de voz salió de su garganta:

—Todos los que me conocen, señor, saben que nunca he levantado falsos testimonios. Ahí está todo el caserío de Lodazales que lo puede atestiguar. Y en el pueblo también. Pregúnteselo al cura, don Isidro. El puede garantizárselo.

El hacendado recurrió a la ironía:

—¿Y quién me garantiza por él? Tú tienes la lengua ligera y abusas de tus años. Sabes que yo no

me voy a empuercar castigándote como te lo mereces.

—Sí, señor; en verdad, tengo muchos años, muchos; ya ni sé cuantos; por eso quiero cuidar lo que poseo desde atrás *pa* que mis nietos tengan qué comer.

Escalona cambió de táctica. Era hábil en ello:

—¿Pero piensas, hombre de Dios, quedarte allí hasta el fin de tus días? Eso es absurdo. ¿No tienes la intención de establecerte en la ciudad para educar a tus nietos? ¡Pobres criaturas! Estarán creciendo montaraces y cerriles.

—No puedo moverme de mi chacra, señor. ¿Qué comeríamos en otra parte?

—Vaya, hombre, ese punto es fácil de resolver. Podrías vender tu territa en buenas condiciones. Yo, por ejemplo, hasta me animaría a hacerte ese favor, aunque en realidad me sobran tierras.

Esta vez, la momia hizo un ligero gesto y sus manos rugosas dejaron de dar vueltas al sombrero. La propuesta le sublevaba:

—No, señor, no *acetaría*. En mi chacra nací y en mi chacra quiero morir como mis *agüelos*.

—Eso lo veremos —se le escapó decir al hacendado.

El anciano desconfió aun más:

—¿Por qué?

—Hombre, porque quizá cambies de opinión. El deseo de instruir a tus pobres nietos puede influir en tu ánimo para establecerte en Catacaos.

—Ya se ha logrado uno de ellos, gracias a Dios y a la protección de don Isidro Lozano. Pronto será *dotor*.

—Conque doctor, ¿no? Seguramente abogado.

—Así es, señor. Le falta sólo un año para serlo.

—Vaya, vaya, cómo cambian los tiempos. Conque abogado . . .

—Sí, señor.

El hacendado volvió a consultar su reloj:

—Las once y media. ¡Cuánto tiempo me has hecho perder con tus quejas fantásticas! ¡Ahora, déjame tranquilo! Y piensa bien en lo de la venta. Se te pagará mejor que a otros.

—Pero, señor —suplicó José Celestino— ¿Cómo resolvemos lo del cerco?

Escalona volvió a tornasolarse. El cuello de buey se le hinchó, dilatando a su vez el de la camisa kaki. Su gelatinosa papada se contrajo y se distendió varias veces como un acordeón. Su voz se rasgó colérica:

—¡Eres un bellaco!

—¿Un be . . . ?

—Sí, un bellaco y un mentiroso. Estoy por creer que tu chacra ha formado parte de La Fraternidad. Me la pagarás si llego a comprobarlo.

—¡Señor! . . .

—Y si todavía te da la chifladura por reclamos absurdos, que no caben sino en cerebros decrepitos, entiéndete con Garrote.

El indio se dispuso a salir. Una hora en esa sala de tortura le había confundido las ideas. Sentíase como cuando, en su mocedad, después de girar en un mismo sitio, se detenía súbitamente. “¿Que yo le he robado tierras? —se preguntaba lleno de angustia, mientras abandonaba el escritorio—. No, no puede ser. ¿Y por qué se queja entonces el blanco?

¿Cuándo he movido yo el cerco? No; ¡qué estoy pensando, Señor Sacramentado! Si yo soy el que le he reclamado las cuarenta varas. ¿Por qué resultado, pues, ladrón? Quizás el blanco se ha equivocado. Tenía razón mi Encarna cuando me dijo que Garrote procede sin sus órdenes. Por eso me aconsejó don *Ustaquio* que hablara con él”.

* * *

Al ver de nuevo a José Celestino, los cinco mastines le rodearon veloces, el cuello en alto, los ojos saltones, ladrando furiosamente. Uno de ellos, el más grande y feroz, le brincó al pecho, alarmándolo. Pero no lo mordió. Una voz oportuna, de timbre metálico y autoritario, detuvo a la fiera, que bajó la cabeza, escondió la cola entre las piernas y alejóse seguida de las otras.

—Me debe usted la vida, don José Celestino —oyó el anciano que le decían entre carcajadas—. Si no detengo a los perros se lo comen vivo.

Alzó la vista y distinguió al mayordomo. Aca-baba de amarrar su caballo a un horcón de la ramada y, con airoso ademán, se echaba la parte delantera del poncho de hilo sobre el hombro izquierdo y liberaba luego su cabeza del sombrero “a la pedrada”, que usaba como los matones o bandoleros, tirándolo hacia la espalda, donde quedó sujeto por el barboquejo.

—Señor don Torcuato . . . —balbuceó el viejo.

—Me debe usted la vida —repitió el otro, distendiendo el labio leporino, hinchado y rojizo, tras el cual

aparecía su dentadura carriada, presidida por un colmillo de oro—. ¡Y ni siquiera me lo agradece!

—Sí, señor, sí, porque estos malditos perros... ¡Y tan grandes que son! Lo asustan a uno.

—¿Y qué milagro por esta casa?

José Celestino empleó otro tono. Garrote no le inspiraba el mismo respeto que Escalona. Lo había tratado muchas veces y hasta sabía que cultivaba pretensiones bastante turbias respecto a su nieta Isabel. Agriamente se atrevió:

—No es milagro, don Torcuato, no es milagro. En las quejas de los pobres no hay milagros.

—¿Se puede saber qué quejas son esas?

—Las que usted, seguramente, ya estaba esperando.

—Usted palabrea hoy un idioma, don...

—Acabo de ver al blanco y me ha dicho que hable con usted.

—¿Se puede saber de qué?

Harto de melosas frases y de esquiveces innobles, José Celestino se le encaró:

—De las cuarenta varas que me ha quitado...

—Usted debe estar bromeando, señor. Ni usted tiene tienda ni yo necesito tocuyos para haberle quitado tantas varas.

Esta vez, la momia sintió que le bullía la sangre. Lo registraron algunos músculos de su rostro ceniciento:

—No *brome*ye, don Torcuato, que ya está usted grandecito para eso. Le hablo de la tierra que me robó la otra noche. De las cuarenta varas de terreno. Ahí dejó bien clavada en el suelo la marca de sus pie-

secitos. El más *pior* de los rastreadores la hubiera reconocido. Otra vez *campéyese* zapatos, por lo menos.

Aunque lo que le enrostraba el indio era verdad, Garrote se encrespó. El verbo "robar" le escocía siempre, produciéndole accesos de irrefrenable cólera. Hizo un gesto, dilatándosele los verdosos ojos y enrojeciéndosele la granujiente nariz, e inquirió:

—¿Robar? ¿Se atreve usted a acusarme de robo? ¿A mí, a mí? — se golpeaba el pecho al ritmo de las preguntas— ¿A mí? ¡Qué atrevimiento! Es la primera vez que se me dirige semejante inculpación.

Iba ya José Celestino a disculparse cuando el mayordomo moderó su cínico tono, recordando que dialogaba con el abuelo de Isabel:

—Vaya, vaya, señor, si hasta lo hacen a uno perder la paciencia ciertos atrevimientos. ¿Inculparme a mí de esa manera? No se lo perdono tan fácilmente, don José Celestino. Usted no conoce todavía a Torcuato Garrote. ¡Torcuato Garrote es un caballero! Eso lo sabe todo el mundo.

El anciano aprovechó la ráfaga de calma para ironizar:

—Entonces habrán sido las Animas del Purgatorio las que me movieron el cerco.

—Yo no sé si le habrán movido o no el cerco de su propiedad. Hace tiempo que no voy por ese lado de la hacienda.

—¡Qué raro! Pues mis nietecitos me dicen siempre que le ven por ahí.

—Me confundirán con otro. Y se lo digo por última vez: yo no me acerco a su chacra ni me gusta apropiarme de tierras ajenas. Así que lo de ladrón se

lo guarda para otros. Por ejemplo, para esos que están allá.

Y señaló con el índice un inmenso corral, donde se hallaba el cepo. José Celestino dirigió su lánguida mirada al lugar indicado y columbró, allá en el fondo, a dos hombres tendidos bajo el sol, sujetos al rústico aparato de tortura. “Conque era cierto lo que decían del blanco y de este perro —pensó—. Si serán realmente ladrones los dos cholos que veo. A lo mejor don Escalona los ha acusado de lo que me acusó a mí hace ratito”.

Garrote se arrepintió de su velada amenaza —siempre con el pensamiento en Isabel— y dijo al viejo:

—Vaya tranquilito, don José Celestino, que yo averiguaré lo que ha pasado con eso del cerco. Un día de estos caigo por su casa. ¿Todavía hace chicha la Encarnación? Tengo unas terribles ganas de comerme unos “picados” de carnero con yuquitas y mote. ¡Ay, qué rico! Yo les llevaré un anisado que me han enviado de Sullana. Vaya, pues, tranquilito.

El indio recobró su rigidez facial de momia y Garrote le acompañó hasta el portón, procurando alejarle el recuerdo de su actitud descomedida y hostil. La Isabel valía esos sacrificios. La llevaba en la mente noche y día. ¿Por qué, pues, no halagar al viejo cretino con unas cuantas frases melosas? Nada le costaba. Pero, de pronto, le asaltó una idea:

—Don José Celestino, ¿ha sabido de su Froilán? Yoveraqué mintió:

—Sí, don Torcuato. Me ha mandado decir que vendrá en estos días.

El mayordomo se estremeció:

—¡Cómo! ¿Va a venir?

—Sí, señor, ¿y por qué no?

—¿Que no le tiene miedo a la justicia? Porque, además de las cuentecitas que debe por el asunto de los garrotazos a Josefo Juárez y de la cuchillada a Manuel Domínguez, carga a cuestras lo de la montonera. ¡Se ha rebelado contra el Gobierno! Mejor hágale decir que no pise estas tierras. Las autoridades saben que anda con el cura Chumán por el despoblado de Olmos.

—Así es.

—¿Y entonces?

—Mi cholo no le tiene miedo a *naides*.

—Es que no se ha encontrado con hombres de pelo en pecho como . . .

—¿Como quién?

—Vaya tranquilito, don José Celestino. Un día de estos me tendrá por su casa. Salúdeme a la Encarnación y dígame que me prepare un buen "claro". Pero que no le eche vichayo ni chancaca porque me da dolor de cabeza. Puro maíz. Hasta otra vez, don José Celestino.

* * *

Don Eustaquio Escalona tenía la costumbre de descargar siempre en Garrote la culpa de todo lo malo que sucedía en La Fraternidad. Sabía que su mayordomo asumía la responsabilidad por complacerlo.

—¿Te encontrarías con ese indio viejo y decre-

pito? —le preguntó al verlo entrar, todavía oliendo a yerba fresca y sudor.

—Sí, señor.

—Con qué tranquilidad lo afirmas. ¿Te reprocharía la corrida del cerco?

—Sí, pero se la negué naturalmente.

Don Eustaquio enarcó las cejas y sostuvo un absurdo:

—¿Se la negaste? Entonces si el indio creyó tu afirmación, pensará que fue otro, mandado por mí, el que hizo la fechoría, lo cual significa en buen romance que aquí el pagano siempre soy yo.

—Pero, don Eustaquio, ¿estaría usted conforme si le hubiera dicho que fui yo?

El hacendado permaneció un momento pensativo. Sus ojillos vivos y refulgentes eran sólo dos puntos negros en la esfera fofa y amarillenta de su cara. Se daba cuenta que Garrote tenía razón. ¿Quién iba a suponer que había invadido una propiedad sin la anuencia suya, sobre todo cuando no se beneficiaba directamente con la “indispensable expansión” de La Fraternidad, como él llamaba a los vulgares robos de tierras a sus vecinos? Sin embargo, siguió quebrando la lógica. Los desfuegos de reproches e improperios eran saludables a su espíritu:

—Pero ya que has cometido la zamarrada de robarle al indio ese miserable pedazo de tierra, debías haber hecho las cosas mejor.

—Señor, nadie nos vió. Y los peones no cuentan nada, porque . . .

—No me refiero a eso, hombre, sino a que has debido correr el cerco cuadra y media por lo menos.

Garrote se rebeló contra el inconforme y veleidoso:

—Usted es dificilito, don Eustaquio. Usted mismo me aconsejó que realizara por partes la “indispensable expansión”.

—¿Yo te dije eso, canalla? ¡Eres incorregible! Te complaces en alterar la tranquilidad de mi vida, en crearme dificultades. ¿Que no escarmentaste con lo que te pasó últimamente...? Recuerda que casi te matan a palos. Y que mi reputación sufrió serio quebranto cuando apareció en El Sol de Piura esa canallesca e infame publicación.

—Pero usted se quedó con las tierras. Y qué bien da por allí el algodón...

Escalona se iluminó de alegría. No lo podía negar: Su mayordomo era inteligente, astuto, de acción. Cuando él la adquirió, La Fraternidad abarcaba sólo unas cuantas hectáreas, no todas de buena tierra, pero ahora tenía más de trescientas, gracias a Garrote. Y con el tiempo, ¡cuántas más vendrían a engrandecerla! Todavía existían en los alrededores muchas tierras que sólo habían sido aprovechadas en un diez por ciento para sembrar camotes, sandías y melones. ¡Vaya con la porquería!

Observando su regocijo, Garrote le dijo:

—Tenga paciencia, señor, y deje ese trabajito por mi cuenta. La próxima vez la chacra de José Celestino se quedará reducida a...

—¡Torcuato, Torcuato! —se escandalizó el hacendado—. Tú no puedes hacer eso. No te olvides que existen leyes en el Perú. El día menos pensado me veré metido en un lío gordo por tu culpa. Y yo no

quiero nada con la justicia. Odio el papel sellado; los jueces me producen aversión. No, no, basta de latrocinios. ¡Eres un ladrón incorregible! Tienes la conciencia cargada de todos los pecados. No, no, basta. Porque si se presentasen reclamos peligrosos, tú saldrías limpio de culpa, calumniándome a tus anchas: “A mí me lo ordenó el señor Escalona”; “Yo creía que él tenía derecho”; “No podía desobedecerle, pues para eso me pagaba”, y así, así. No, no, Torcuato. ¡Al diablo con tus proyectos!

—Bueno, don Eustaquio, yo estoy aquí para atender las necesidades de La Fraternidad. Si la “indispensable expansión” no debe proseguir, en buena hora. Yo no me he beneficiado ni me beneficio con ella. Todo lo contrario. Lo único que he obtenido son disgustos y enemistades. Y si ahora he insistido con lo del viejo José Celestino ha sido sólo porque me apena que la hacienda pierda esas tierras más buenas que el pan. ¡Cómo daría en ellas el algodón! Por lo menos, diez cargas por cuadra.

—No seas exagerado, Torcuato —protestó bonachonamente Escalona, emboscando su júbilo—. Tanto no darían.

—Pero es que son vírgenes —y agregó mentalmente: “Como la Isabel”, sin poder evitar una malsana asociación de ideas.

El hacendado deslizó tímidamente:

—¿Y cuál es tu plan?

—Ese es mi secreto, don Eustaquio, ¡mi secreto! Sólo le pido que tenga confianza. Después me lo agradecerá usted.

Escalona se aterrorizó otra vez. No era propio

que permitiera una nueva anexión de tierras sin conocer el sistema que pondría en práctica Garrote, quien, al fin y al cabo, no era más que un desalmado aventurero, carente de escrúpulos que, por granjearse su voluntad, continuaría violando leyes y exponiéndolo a inevitables peligros. Lo del plan secreto que invocaba no pasaría de ser un atropello más, cuyas consecuencias caerían tarde o temprano sobre él.

El mayordomo se mosqueó:

—Entonces diríjame usted.

—De ninguna manera. Yo soy un hombre honrado, un caballero.

—Está bien, don Eustaquio. Desde hoy me convertiré en el individuo más respetuoso de la propiedad ajena. Hasta luego.

Escalona lo dejó salir. Se sentía amortajado de honorabilidad.

* * *

José Celestino entró en su rancho y se arrinconó en la cocina. Había demorado en regresar más de una hora. Caminó paso a paso, deteniéndose en los recodos del camino, pensando, pensando, si es que pensar cuerdamente podía después de su discusión con el hacendado de La Fraternidad.

Presintiendo algo malo, su hija le había esperado angustiada. Sabía que los blancos nunca le daban la razón a los indios. Y menos en ese caso a su padre. Pero, no obstante estar compenetrada de esta verdad, le había aconsejado al anciano que se entrevista-

ra con don Eustaquio, acariciando todavía una lejana esperanza. Y ahora lo veía en un rincón, cabizbajo y ensombrecido, transformado en una verdadera momia, seca, arrugada, hierática.

Aunque ya adivinaba la respuesta, la Encarnación preguntó al viejo:

—¿Cómo le fue, taita, en su visita?

José Celestino suspiró antes de lamentarse:

—Mejor me hubiera valido no ir.

—Pero, ¿qué le habló el blanco?

—Nada.

—¿Nada? ¿Entonces no lo visitó?

—Sí, pero no sé lo que me dijo.

Y en efecto, expresaba la verdad. No sabía en ese momento lo que le había manifestado Escalona. Tal vez más tarde podría bucear serenamente en su memoria y fijar conceptos. Ahora no. Su cabeza era como un enjambre de abejas.

—Taita —insistió la mujer, ansiosa de conocer hasta donde habían ido las cosas— usted debe recordar algo. ¿Estaba ahí don Torcuato?

—Sí, sí —afirmó el anciano, satisfecho de que le exhumarán ese nombre—. A él le dije que era un ladrón, pero el zamarro se empeñó en probarme que era inocente.

La Encarnación escupió:

—¡Perro sucio!

Luego, comprendiendo que era cruel torturar más al viejo con preguntas, buscó una fórmula más práctica para dirigirlo por el camino del reclamo:

—Taita, *neciar* con los de la hacienda es perder tiempo. Ellos no van a declararse ladrones, devolvién-

donos la tierra, ni nosotros podemos recuperarla solos, porque nos hundiríamos más. ¿Por qué no va a pedirle consejo a Salvador Chotera?

—¿A Salvador Chotera? ¿Y desde cuando sabe dar consejos ese cholo *ventiau*? Siempre me los pidió a mí.

—Es que acaban de nombrarlo teniente gobernador de Lodazales. Esta mañana me lo contaron.

—¿Pero crees . . . ?

—*De juro*, taita. Y lo ha hecho nombrar el diputado don Cirilo Puertas.

—Claro, si le llevó a votar a la fuerza como a cinco docenas de cholos, algunos todavía maltones.

La esperanza volvió a enredarse como una madeja mágica en el espíritu de José Celestino. No creía ya desatinado visitar a Chotera. Lo había visto nacer, crecer, robar frutas, tumbar panales y pescar lisas. Una vez tuvo que castigarle rudamente porque le hurtó dos pollos, cuyas plumas encontró al poco rato; otra vez lo llevó a Catacaos para hacerlo confesar y comulgar con don Isidro Lozano. El cholo se prestaría sin duda a servirle, hablando con don Eustaquio. Y si no lograba nada de este individuo, se entendería con su colega de Catacaos. O con el juez o con el Prefecto. Para eso era teniente gobernador de Lodazales, caserío de una cincuentena de ranchos y un proyecto de capilla. Y con dos vecinos acomodados, poseedores de rebaños de cabras y de dos mulas cada uno. Y un vecino rico —la flamante autoridad— cuya fortuna sobrepasaba a la de los otros en dos casas, una pulpería a cargo de su abuela, y cierta renta proveniente de un pingüe negocio: real por sol en semana. Agiotismo refinado.

—¡Buena *ideya*, Encarna —exclamó José Celestino—. Iré esta tarde a ver a Salvador. El me ayudará, como que también es mi sobrino.

—Claro, taita.

—Y ahora que me acuerdo, me dijo don Torcuato. . .

—No se acuerde más de esos perros, taita.

— . . . me dijo que le prepararas chicha y unos *picaus* de carnero. Pero que no le echaras vichayo a la chicha porque le daba dolor de cabeza.

—Entonces le echaré veneno. No estaría mal que lo viéramos en las *boquiadas* al maldito.

—Qué mala entraña tienes, Encarna —protestó el viejo, disimulando una sonrisa que se le quedó prendida en el alma.

* * *

Taloneando su burrita blanca, José Celestino entró en Lodazales, caserío enclavado en el límite del fundo Orejanos de don Félix Camacho, hombre bonachón y campechano.

Todavía el sol iluminaba el paisaje cuando el anciano atravesó la única calle sin ver más que unos cuantos perros canijos. “¿Dónde estarán estos cholos marrajos que no veo a *naides* —pensó, escudriñando con la mirada cada rancho—. Y no creo que estén en el trabajo, porque hoy es lunes, día en que *naides* mueve un dedo si no es para levantar el potto de chicha. ¡Buena laya de cholos!” Pero al avanzar más se dió con un grupo de bestias amarradas a la puerta de la casa de Chotera.

Sin que José Celestino necesitara detenerla, la burrita se plantó entre las cabalgaduras que devoraban vainas de algarroba podrida. Bajóse con dificultad y penetró, distinguiendo luego, en medio de varios individuos borrachos, al teniente gobernador. Sostenía en la diestra un mate de chicha y hablaba sin descanso. Los otros le oían con cierta gravedad respetuosa. “¿Qué les estará diciendo este cholo del demonio? —se preguntó—. Quizás tetudeces, como siempre. ¡Maldita sea! Porque Salvador es igualito a los carrizos: bullanguero, pero hueco por dentro”.

Chotera advirtió la presencia de su pariente y se llenó de regocijo. ¡Hasta de lejanas tierras venían a felicitarlo! Sin moverse del sitio en que se hallaba, le reprochó cariñosamente:

—Ya lo estaba echando de menos, don José Celestino. Hace tres días que celebro el acontecimiento.

—Eso a la vista está. Sé que te han hecho teniente gobernador. ¡Que el Señor te dé luces!

—¿Pa qué, tío? Luces me sobran.

—Bueno, mejor que mejor. Así podrás cumplir bien tu deber.

—Ya verá usted que, como Salvador Chotera, no habrá otra autoridad en el Departamento.

José Celestino comprendió pronto que el cargo y el alcohol habían elevado muchos puntos el orgullo de su pariente y, en vista de ello, optó por dosificar sus apreciaciones.

Desde que Salvador Chotera había deletreado su nombramiento, las frágiles paredes de carrizo de su casa vibraban con fragor de fiesta. La mayoría de los vecinos de Lodazales y algunos empleados de Oreja-

nos se agrupaban allí para festejar el suceso y beber sin tregua.

Indudablemente, el acontecimiento revestía mayor importancia que el aniversario patrio, el Domingo de Resurrección, el día de San José, Navidad o Carnavales. Por lo menos, para Chotera, a quien le había caído el nombramiento como una bendición. ¡Cuántos años esperándolo! ¡Y cuántas docenas de cabritos le costaba, fuera de las mejores yucas y camotes de sus cosechas!

¡Qué feliz se sentía Salvador con el cargo! Por fin autoridad, ¡autoridad! En esa región, sólo el hacendado de Orejanos podía eclipsar parcialmente su poderío. Y así con todo, desde el primer día del festejo se había apresurado a felicitarlo. También aceptó comer en su mesa e ingerir varios mates de chicha y, si mal no recordaba, hasta le llamó en ciertos momentos "Don Salvador". ¿Qué más podía ansiar?

José Celestino pasó la noche en el rancho del festejo, unas veces comiendo y hartándose de chicha, otras durmiendo. No quería abandonarlo sin consultar a Chotera su problema. Pero, ¿cuándo podría hacerlo? Su lucidez se apagaba debido a los repetidos brindis que debía "acatar" forzosamente y en todo momento para no contravenir la tradicional costumbre. No le quedaba, pues, más que esperar hasta el día siguiente. Pero cuando, al amanecer, se reanudó la fiesta, la autoridad ya había perdido los últimos restos de ecuanimidad y sensatez, al extremo de que sólo alternaba con los empleados de Orejanos para ilustrarlos sobre los problemas concernientes a las obligaciones de don Félix Camacho.

—Los tiempos *cambeyan*, señores —les decía, recorriendo con altiva mirada el grupo y aprobando con la cerduda cabeza sus propias palabras—. Ya se acabó lo de “cholo por aquí, cholo por allá”. Eso era un abuso. Ahora todos *semos* iguales. Por eso al hacendado ya no se le debe decir “patrón”. ¿Entienden? Don Félix Camacho es igualito a ti, Rosario, y a ti, Tomás, y a ti, Samuel. Igualito. La color no tiene que hacer nada, nadita. A unos los hizo Dios blancos y a otros prietitos. ¿Entienden? Eso es más clarito que el agua.

—¡Claro, claro — repetían todos, rubricando la afirmación con nuevos brindis.

—Sí, señores, no hay que aguantar más vainas. Los gamonales ya *jieden*. Los tiempos han *cambiau*. Y si don Félix Camacho sigue propasándose, le aplico la ley. Y basta ya de jornales baratos y de gritos de mando. Aquí *semos* todos ciudadanos. ¿Entienden? Que no se meta, pues, el blanco conmigo, porque le pongo la ley en el hocico como bozal. La única autoridad soy yo. ¿Entienden?

—Sí, señor teniente gobernador —asentía socarronamente el mayordomo de Orejanos, zambo astuto como un zorro y sufrido para soportar los desatinos más sorprendentes mientras hubiera que beber—. O se es autoridad o no se es. Hay que amarrarse los calzones y poner en su sitio a los blanquitos. Salud por eso, don Salvador.

—¡Salud, Tomás!

Y Chotera, tan luego bebía, secaba el borde del mate con la palma de la mano y se lo pasaba a otro, diciéndole: “Por ti”.

La fiesta se desenvolvía alegremente, entre carcajadas y brindis, cuando, a mediodía, un indio cargado de chicha, con un abdomen de Buda, le buscó camorra a un peón de Orejanos. Llovieron puñadas y garrotazos, comprometiendo la duración del agasajo, hasta que, en medio del alboroto, terció Salvador Choterá, irguiéndose majestuoso y gritando:

—¡Cholos del diablo! ¿Que no saben respetar a la autoridad? ¿O es que aquí soy Don *Naidés*? A ver, ¿quién *prencipió* a fregar la pita? Tú debes haber sido, Juan Caliche. Te conozco. Cuando te bebes un cantarito de a cuarenta no hay quien te aguante. Te conozco.

—¿Yo, don Salvador? —se disculpó el indio del abdomen de Buda.

—Sí, tú; no te hagas el bellaco. Anda soltando un sol de multa.

—Pero usted se ha *güelto* . . .

—¿Que me he *güelto* qué, cholo piojoso?

—Bueno, que se ha *güelto*, pues, . . .

—¿Qué?

—Abusivo.

—¿Te atreves a decir eso a la autoridad? ¿A ver, José del Carmen, José Antonio —eran sus sobrinos, convertidos en ayudantes— carguen con este insolente y métenlo al cepo.

—Don Salvador, le repito, usted abusa. Yo no soy el culpable— protestó el zarandeado Caliche; pero, infortunadamente, no pudo expresar más en su descargo, porque los dos fornidos mozos lo tomaron de los brazos y lo condujeron al toско madero de castigo, que funcionaba en el corral desde hacía tres días.

Calurosa y unánime aprobación de los presentes obtuvo el expeditivo procedimiento, asegurando el mayordomo de Orejanos que la flamante autoridad había manifestado energía y talento para detener y castigar a tiempo un desmán bochornoso.

Sin prestar mucha atención al elogio de su amigo, Chotera alzó la voz chillona y pretenciosa:

—Ya se han dado ustedes cuenta de cómo obra el teniente gobernador. Y que no se les borre de la memoria. El que viola la ley, palo con él. Así andará esto más derechito que un huso. ¡Naidés chistará! Ya lo verán ustedes. Porque a la primera autoridad de Lodazales hay que respetarla en todo momento. El *Prefeto* en Piura y yo aquí. Esta acción servirá de ejemplo *pa* que *naidés* me falte en el futuro haciendo escándalos en mi presencia.

Se equivocó Chotera, pues no había transcurrido media hora desde que augurara una era de paz, gracias a sus amenazas y castigos, cuando atronaron en el sosegado ambiente los destemplados gritos de una mujer:

—¡Cholo marrajo, más *fello* que un *piajeno*, anda y toca a tu *agüela* y no a mí, que todavía tengo marido con todas sus *juerzas*!

—Pero, Manuela —se disculpó el insultado— si ha sido sin querer. Se me fué la mano, mujer de Dios. Nada más.

—Pues que se te vaya por el anca de una burra, indio maldito.

—Ay, Manuela, no me trates así, que a uno le gusta *tamién* apreciar lo bueno.

Pero no pudo disculparse más el cholo, porque

el teniente gobernador, sin medir las consecuencias de su intervención justiciera, aplicó tal estacazo en la cabeza, que lo dejó tendido en el suelo, de donde lo cargaron al cepo los dos ayudantes.

Depositando la vara de algarrobo con la que había castigado al insolente, y que para él representaba el instrumento de la ley, Salvador Chotera proclamó:

—¡Justicia es justicia!

Y siguió embriagándose con los empleados de Orejanos y exponiéndoles en pintoresco discurso los métodos que pondría en práctica para conducir por buen camino a todos los habitantes de Lodazales y demás gentes de su jurisdicción.

Entretanto, José Celestino, sentado en la barbacoa, contemplaba en silencio a Chotera. “Este chollito no es el que conocí —murmuraba—. ¿Qué le habrá cambiado tanto? Quizás la chicha y el anisado; quizás. . .”. En ese instante tuvo la suerte de encontrar la verdadera explicación de la conducta de su pariente, aunque él creyó que alguien —tal vez un espíritu protector— se la soplaba al oído. ¡Tan trastornado estaba! “¡Es el mando, es el mando! —levantó la voz, haciendo pensar a sus vecinos que deliraba o que se hallaba bajo los efectos del alcohol—. ¡Es el mando! ¡Maldita sea!”.

* * *

Cerrada ya la noche, a Chotera se le ocurrió descubrir los valiosos proyectos que atesoraba su mente. Auditorio comprensivo y tolerante no le faltaba. Además, todavía había mucho que escanciar: Varios cán-

taros de chicha y algunas botellas de aguardiente. No titubeó, pues, en pontificar:

—Viéndolo bien, estos ranchos del caserío no están *güenos* ni *pa* cholos piojosos. ¿Verdad? Una *cuidad* debe tener casas de adobe con techos de zinc. Por las quinchas de carrizo y pájaro-bobo se meten hasta las lagartijas y los *morciélagos*. Aquí tengo un planito que he trazado de la nueva *cuidad* —agregó, extrayendo del bolsillo un papel grasiento y mostrándolo a sus amigos—. ¿Ven esta calle? Pues se llamará “*Armirante Grau*”; y la de acá “*Boloñese*”, y ésta de más acá: “*Diputau Puertas*”.

—Muy bien, muy bien —aprobaron todos.

—Y ésa de allá... bueno, a esa todavía no le he buscado nombre. Está... mora.

Celebraron con risotadas la ocurrencia, y el mayordomo de Orejanos, adivinando el pensamiento de la autoridad, sugirió:

—Esa calle debe llamarse forzosamente “*Salvador Chotera*”.

Este fingió ruborizarse:

—¿“*Salvador Chotera*”? No, no. Eso estará *güeno* cuando estire la pata. La gloria *pa* los *dijuntos*,

El mayordomo insistió:

—Usted no intervenga en este asunto. Nosotros la bautizaremos así. ¿No le parece?

—*Güeno*, después de todo, tu *ideya* no es mala. Les daré, pues, gusto en que la bauticen de esa manera.

—¡Magnífico! —aulló otro del grupo—. Se le llamará “*Salvador Chotera*”.

La autoridad protestó:

—*Quedrás* decir: “Teniente Gobernador Salvador Chotera”. Así no se me podrá confundir mañana con otros de mi apellido. Porque los Choteras crecen como la verdolaga.

Como vivo deseo de beber no les faltaba, el proyecto de la nueva ciudad fue celebrado también con libaciones. El Lodazales del futuro había nacido y la discusión terminado. Sin embargo, un gañán de Orejanos objetó:

—A mí me parece que, como en la nueva ciudad no habrá más lodo, ¿por qué va a seguir llamándose Lodazales?

Todos convinieron en la observación, menos Salvador Chotera, quien invocó, a su modo, las tradiciones que debían primar en la vida. “Por lo demás —dijo— a mí me gusta el nombrecito. Y con él se quedará. No se puede bautizar a un muchacho o a una *cuidad* dos veces, porque el bautismo es cosa santa”.

—Y a propósito de santo —inquirió un indio de Catacaos, que se había incrustado en el círculo para ponerse a la altura de los otros— ¿dónde se edificará la capilla, señor Chotera?

—Pues en la Plaza de Armas, animal. ¿Dónde va a ser?

—Tiene usted razón. No había caído en la cuenta. Se construirá en la Plaza de Armas. Muy bien. Y al ladito la casa de taita cura.

El teniente gobernador aprovechó la alusión del intruso para descubrir el colorido anticlerical de sus ideas:

—*Aceto* que viva el cura juntito a la iglesia, porque iglesia será y no capilla; pero, eso sí, no consenti-

ré que abuse, sacándonos plata *pa* limosnas ni cobrando caro por las misas. Las limosnas, que las paguen los blancos, y las misas, nosotros: un sol por una de honras, dos soles por una cantada. Ni un *rial* más. Tampoco consentiré que pidan para el manto de la Virgen, el hábito de San Juan, las Animas Benditas o los *dijuntos*. Aquí vendrá un cura honrado como el de Catacaos.

—De acuerdo, don Salvador, de acuerdo —coreó el grupo.

Chotera continuó:

—Un día de estos prenderemos *juego* a los ranchos y *prencipiaremos* a fabricar adobes. Las planchas de zinc las regalará el Supremo Gobierno. Para esto hablaré con el señor *Prefeto*. Desde luego, la casa de la Gobernación estará en la Plaza de Armas, que la bautizaré con el nombre de “Presidente de la República Peruana”. Y el que quiera casa con vista a ella, pues que pague más. Aceto *iscriciones*. En el centro de la plaza haré sembrar tamarindos y construir un kiosquito *pa* que dé retretas el maestro Lomillo con su arpa. ¿Qué les parece la *ideya*?

Aunque a José Celestino lo vencía el sueño, los proyectos de su pariente le mantenían el oído alerta. No sabía qué pensar sobre ellos. Unas veces se inclinaba a considerarlos excelentes; otras, pésimos. Y era cuando murmuraba avinagrado: “No deben ser sino tutececes de este maldito indio, que se ha llenado el cerebro de aguardiente o que está loco de remate”.

La airada voz de Chotera tronó de nuevo:

—*Tamién* me voy a ocupar de otro asuntito. Como ustedes saben, el blanco de Orejanos es un abusi-

vo, pues los hace trabajar como *piajenos*. Por eso lo voy a notificar *pa* que establezca la jornada de siete horas como aconseja mi compadre, el *diputau* Puertas.

—Pero . . . —ronroneó el auditorio.

—No se preocupen. ¡El *Prefeto* me apoya! Y como sabe que don Félix Camacho hasta ha dado plata *pa* la montonera del cura Chumán, lo tiene entre ojos. Además, debe pagar un jornal mínimo de dos pesos diarios, y no un miserable sol. *Tamién* lo notificaré *pa* que no haga trabajar a los menores. El trabajo es *prejudicial pa* la salud de la *joventud*, como dice mi compadre, el *diputau* Puertas. Y si el blanco no obedece, pues a fregarlo. Lo mandaré a Lima como preso político.

Al terminar de hablar, Chotera hizo servir pastel de choclo y “picados” de cecina para calmar en algo la insaciable voracidad de sus oyentes, a quienes preguntó, mientras comían a dos carrillos, si les parecían buenos sus proyectos.

De una manera u otra, todos fueron expresando su conformidad y matizándola con elogios. Pero uno de los empleados de menor categoría de Orejanos, extremando su cordialidad, se permitió palmearle la espalda con cierta rudeza, lo cual motivó su protesta:

—¿Qué significa eso, Martínez? Respeto ante todo, que no estás tratando con uno de tu laya. ¡Pocas confiancitas con la autoridad!

—Pero, Salvador . . .

—Qué Salvador ni qué Salvador. Yo soy “Don Salvador”, o “Señor Chotera”, o “Señor teniente gobernador”. Ya lo sabes. Y ahora, *pa* que no *te* se olvide la *alvertencia*, paga un sol de multa.

—Don Salvador, a usted se le ha subido la chicha a la cabeza. Ni que fuera mujer pa cobrar por una palmeadita.

—Pues ahora sueltas dos soles, que a la autoridad no se le compara con mujeres.

—Se equivoca . . .

—Pagarás tres soles por contradecirme.

—No me caliente, don Salvador, que . . .

—Esa insolencia te cuesta un sol más. Y si chistas otra vez, vas al cepo. ¿Entiendes?

Para continuar disfrutando gratuitamente de la reunión, los contertulios aconsejaron a Martínez que sofrenase su rebeldía y que pagara las multas, pues no existía otro medio de ablandar la testarudez de Chotera.

—Está bien —convino el castigado, desembolsando parte de su paga de la semana anterior.

Y el festejo continuó entre gemidos de arpa y rumor de interjecciones hasta la medianoche, hora en que los invitados, vencidos por el sueño, se quedaron dormidos. Sólo algunas parejas ardorosas y vagamente lúcidas, se deslizaron hacia la quebrada para estrujarse entre la naturaleza fecunda y bajo la mirada indiferente de las estrellas.

* * *

“Si no le hablo a Salvador antes de que empiece a beber de nuevo, tampoco le podré contar hoy mis asuntos —se dijo José Celestino apenas abrió los ojos—. Porque mi Encarna estará esperándome y quizás cree que me ha sucedido algo”.

Luego salió a la calle silenciosa, orinó largo rato sobre una quincha y volvió al rancho. “Todavía es temprano— siguió rezongando a media voz—. Todos estos borrachos duermen. ¡Qué caras tienen! ¡Y cómo roncan! Si parecen puercos con hambre. ¡Maldita sea!”

La luz era todavía muy tenue. En el cielo brillaba un cacho de luna, semiperdido entre nubes viajeras. Ni los chilalos cantaban. Sólo en el corral, el último sobreviviente del reino alado de Chotera lamentaba su soledad, echando al aire sus postreras clarinadas: El desayuno lo reclamaría.

José Celestino esperó hasta cerca de las seis. Ya la claridad del día pintarrajeaba el rancho, y los huéspedes del teniente gobernador aparecían en toda su miseria, nadando en sus propios desperdicios, sobre los que revolaba un enjambre de moscas. “Yo nunca llegué a ponerme así —recordó el viejo—. Estos no aguantan mucho, porque tienen la mala costumbre de asentar la chicha con anisado. ¡Qué porquería! Y el indio bellaco de Salvador todavía no se despierta. ¡Maldita sea!”

A pesar de haber criticado acerbamente a Chotera, el anciano empezaba a creer en su importancia. ¡Lo había visto actuar con fiera energía y escuchado exponer tantos conceptos audaces y sesudos! Indudablemente —pensaba— llegaría a ser una autoridad modelo, si es que ya no lo era. ¡Y cuántos proyectos! Que no podrían ser tan absurdos cuando se los aprobaban y aplaudían gentes acostumbradas a asomarse al mundo y a alternar con personajes de relieve. Era evidente, pues, que Salvador ocupaba ya una posición respe-

table. ¿Por qué dudarle? ¿Acaso no le había oído también zaherir, impávido, al hacendado de Orejanos y prometer a los empleados de este fundo reformas sustanciales en el régimen de jornales y en el trabajo de los niños? Esto significaba claramente que su influencia era decisiva, que podía ayudarlo, como pretendía ayudar a otros. Bien había hecho la Encarnación, aconsejándole que le visitara. Era una mujer de experiencia.

Inmóvil en la barbacoa, la faz arrugada y cenicienta y los labios apretados, José Celestino esperaba ansiosamente que apareciera su pariente. Los dormidos ya daban señales de tomar contacto con el mundo. Unos reptaban en busca de mejor acomodo, donde estuviera el suelo limpio de impurezas; otros se ponían de pie con esfuerzo y abandonaban el rancho para remojar las quinchas interminablemente. Pero el teniente gobernador continuaba roncando en su cuarto. “¿A qué hora podré hablar con este indio dormilón? —se preguntaba el viejo, cada vez más inquieto—. Cuando salga, ya los otros estarán en sus cabales y empezarán a beber con él de nuevo. ¡Maldita sea!”.

Por fin apareció Chotera en calzoncillos —los usaba desde hacía poco, como signo de distinción— y se acercó a un cántaro, del cual extrajo una buena porción de chicha, que bebió a grandes tragos. La sed le torturaba.

Al verlo, José Celestino le saludó, pero el otro, malhumorado como estaba, no le repuso. El viejo repitió:

—*Güenos días de Dios, Salvador.*

Esta vez, alentado por las oleadas reconstituyen-

tes del licor de maíz, el teniente gobernador se fijó en José Celestino, pareciéndole insignificante y calcinado por los años. Luego le dijo, compadecido de su estado:

—Creí que se había fugado usted. Como no lo ví anoche . . .

—Es que estabas un poco tomadito. Hablabas y hablabas cosas de cosas.

—*Proyetos*, dirá usted, don José Celestino, *proyetos pa* el bienestar del pueblo.

—Así es.

—¿Y qué le parecieron?

—Muy *güenos*, muy *güenos*, aunque yo entiendo poco de . . .

Salvador infló de satisfacción el pecho amarillento y lampiño, al punto de que el calzoncillo casi se le baja completamente. Tuvo que apresurarse a retenerlo con la mano para no quedarse desnudo. Luego, comedido y cordial, ofreció:

—¿Quiere “cortar” la mañana, don José Celestino?

—No, Salvador, dame mejor lechecita de cabra y camotes. Pero, antes de eso, deseo que me oigas.

—¿Algún consejo? Ya sabe que no los *aceto*.

—Al contrario, quiero que me lo des.

—¿Tan importante le parezco?

—El que tiene poder es importante.

—¡Qué verdad tan grande ha dicho, don José Celestino! Y se lo reconozco porque soy modesto.

—Sí, muy modesto, pero óyeme. Tú sabes que el blanco de La Fraternidad me ha robado un pedazo de chacra.

—No es raro. Esas son las viejas mañas de don

Escalona. No respeta a los vecinos. Su hacienda está formada de tierras ajenas.

—Así es —suspiró el anciano.

—Tarde o temprano, ese blanco canalla ha de tener su castigo.

—Y don Garrote *tamién*.

—Es el *pior*. ¿Y cuánto le han robado?

—Cuarenta varas.

—Ha tenido usted suerte. ¡Dios es grande! Vela por los ancianos y desvalidos.

José Celestino suspiró de nuevo. Las expresiones de su pariente le enternecían. Se había transformado en un ciudadano recto y noble, como debían ser los hombres.

Chotera insistió al ver pensativo al viejo:

—¿Verdad que no quiere “cortar” la mañana? La chicha está hoy mejor que ayer.

—Prefiero mi lechecita.

—*Güeno*, se la voy a mandar servir. Ya los muchachos deben estar ordeñando las cabras.

—Espera. ¿Qué piensas de lo de mi chacra?

El teniente gobernador se rascó un rato la cabeza en un afán simbólico de detener las ideas que se le escapaban de la mente, nublada por los vapores del alcohol, y al fin abortó la respuesta:

—Que debe usted protestar.

—¿Ante quién?

—Ante don Escalona.

—Ya lo hice. ¡Malhaya con el consejo!

—¿Y qué le dijo?

—Valgan verdades, no me acuerdo lo que soltó por la boca el blanco puerco. Pero lo único que sé

es que se ha quedado con mi tierra. Por eso he venido a ver si tú puedes hablarle más claro y mejor que yo. Eres el teniente gobernador.

—Oiga, don José Celestino —tartajeó Chotera— la hacienda de don Escalona no queda en mi *jurisdicción*.

—No importa. Defiéndeme como pariente.

—Oiga, señor . . .

—¿Tienes miedo?

—Como tener miedo, no, pero . . .

—¿Qué?

—Que cuando uno se mete con los blancos siempre sale perdiendo.

El viejo creyó que Chotera bromeaba o que él había soñado lo vivido la noche anterior. El indio belloco y cobarde que le hablaba en ese momento no era el mismo que presumía horas antes de enmendar costumbres, ponerle las peras a cuatro a don Félix Camacho y reconstruir el pueblo. No; no podía ser. ¿O era que por la noche proclamaba unas ideas que se le desvanecían durante la madrugada? ¡Maldita sea! No ser joven para . . .

Luego oyó que Chotera le decía:

—Le mandaré, pues, su lechecita, ya que no quiere probar la chicha.

—Espera, Salvador.

—No puedo, don José Celestino. Aquí corre un vientecito y yo estoy casi desnudo. Ya regreso.

Con una fuerza impropia de sus años, el anciano detuvo a su pariente de un brazo, a la vez que le ordenaba autoritario:

—¡Espera, te he dicho! Mucho he aguardado *pa* pedirte un consejo y me sales con lo de la lechecita . . .

—Usted me la pidió.

—No seas falso, cholo *ardiloso*. Ayúdame a reclamar el pedazo de chacra. Anda a ver al blanco Escalona.

—Respeto ante todo, don José Celestino, que está usted hablando con la autoridad. Y ya le he dicho que sólo atiendo asuntos de mi *juridición*.

—Pero éste es un favor que te pido como pariente. ¿O quieres que pierda para siempre esa tierra donde jugabas cuando eras muchacho?

—Como querer que la pierda, no; pero, ¿qué puede hacer el teniente gobernador de Lodazales en la *juridición* . . .

—Déjate de *juridición* y de *juridición*. Habla con el blanco, con Garrote o con quien sea, o dime lo que debo hacer.

—Ya le he manifestado, señor, que el que se mete con los blancos sale perdiendo.

—Pero es que yo no me he metido con ellos.

—Da lo mismito.

—¿Entonces lo que hablabas anoche de notificar a don Félix Camacho *pa* esto y lo de más allá era pura broma?

—Don José Celestino, no confunda. La propiedad de don Félix Camacho está en mi *juridición*.

—¡Maldita sea con tu *juridición*!

—*Güeno*, pues, señor, me enfrió. Si quiere, reclame, pero, ya lo sabe, siempre sale uno perdiendo con los blancos. Lo *enriedan* con los papeles.

—¿Y entonces?

—Haga usted daño a don Escalona o al otro.

—¿Daño? ¿Cómo?

Chotera bajó la voz:

—Consulte con don Saturnino.

—Tú debes estar tocadito de la cabeza, hombre. ¿Cuándo se ha visto que un brujo ayude a devolver tierras robadas?

—Consulte con don Saturnino.

—¿Así es que te niegas a ver al blanco? Eres un cholo flojo, sin *conciencia*.

—Cuidado, don José Celestino, que lo están oyendo, y usted no es mi taita. Puedo aplicarle la ley.

—¡Métete tu ley en el rabo, marrajo!

Y el anciano se bajó sin dificultad de la barbacoa, se puso el sombrero y se dirigió a la puerta, mientras Chotera le repetía:

—Consulte con don Saturnino, señor, consulte con don Saturnino.

En seguida montó en la burrita y enrumbó hacia su chacra. Otra esperanza dejaba en el rancho del teniente gobernador de Lodazales.

* * *

—¿A dónde va, taita? —la pregunta de la Encarnación goteaba angustia.

—A la chacra.

—¿A estas horas?

José Celestino se detuvo en medio del camino que descendía por la loma de su rancho, loma gredosa, áspera, donde crecían algunos algarrobos espinosos.

—Bajo a ver cómo han palanqueado hoy los muchachos, porque ayer estaban secas las acequias.

—No me engañe, taita; usted no va a la chacra. Yo lo conozco. Chotera le habrá metido en la cabeza sabe Dios qué *ideyas*.

El viejo se alarmó de la perspicacia de su hija. Le parecía que adivinaba todo. Seguramente había leído en su mente la intención que llevaba de visitar a don Saturnino. Porque allá iba. El consejo del teniente gobernador, que considerara al principio simple pretexto para esquivar la ayuda que le solicitó, había cobrado en su espíritu sólida forma desde la noche anterior. Y ahora sentía la imperiosa necesidad de consultar al brujo. ¿Qué de malo entrañaba ello cuando desde niño conocía las artes de aquellos misteriosos individuos para curar enfermedades, descubrir robos y ejercer maligna influencia sobre ciertas personas? ¿Por qué no podría don Saturnino impedir su caída en el abismo que le aguardaba? Tal vez intentaría hacer cambiar de opinión al blanco de la hacienda o enredarlo en un trágico maleficio o . . . Aquí había cortado el anciano el hilo de sus reflexiones, alarmado por la idea de convertirse en asesino mediante otra persona. Mas luego tornó al mismo punto, poniendo mayor virulencia en su protervo propósito. ¿Y por qué no aplastar de esa manera al blanco cuando a él le estaba acortando la existencia? ¿No era natural y lógico que se exterminara a toda alimaña nociva? ¿Y qué otra cosa era Escalona?

La Encarnación acentuó su energía:

—Regrese, taita, que usted no sale a nada bueno. Venga, venga.

José Celestino confesó sin ambages:

—Valgan verdades, Encarna, no voy a la chacra

como te dije, sino a ver si puedo matar una culebra por allá fuera.

—¿A matar una culebra? Usted ha venido medio *ventiau* de la casa de Salvador. ¿O es que quiere ir a La Fraternidad para matar al blanco?

José Celestino se alarmó. ¿Matar al blanco, él, un viejo inválido, minado por los años? Lo aplastarían como a un insecto al primer intento.

La mujer empleó la ironía:

—Por lo menos, lleve la escopeta si quiere pagarse de ese gusto, porque con las manos. . .

¿La escopeta? ¿La escopeta? En realidad, había olvidado el anciano que poseía un arma. Allí la tenía escondida en un antiguo baúl para que los muchachos no jugaran con ella. Y allí se quedaría, pues no pensaba usarla. Ni puntería tenía ya. La última vez que la empleó contra un zorro, los perdigones fueron a incrustarse en el anca de un burro. No; de ninguna manera.

Y José Celestino volvió a entrar en su rancho y confesó a su hija:

—Encarna, iba a ver a don Saturnino.

La mujer se llevó las manos a la cabeza. ¿A ver al brujo? ¡Qué herejía! Hacía tiempo que ella había eliminado de su alma todas esas supersticiones gracias a los edificantes consejos de don Isidro Lozano, santo varón que no solamente la adoctrinó, sino que le pagaba los estudios en Lima a su hijo Juan Tadeo.

El indio se refugió en la cocina arrepentido. Su hija estaba en la razón. ¿Cómo había querido cometer esa insensatez, prohibida por el buen cura?

—Si quiere, vaya a ver a ese demonio —siguió

reprochándole la Encarnación— pero tendrá que dar cuenta al Señor de semejante pecado el día que se despidiera de este mundo. ¡Qué herejía! ¿Por qué no se le ocurrió mejor ir a visitar a don Isidro Lozano? ¡Qué herejía! Y haberla querido cometer hoy, precisamente hoy, cuando viene mi Isabel de Catacaos.

—¿Que viene hoy la Isabel? ¿Y a qué?

—A vernos, taita, a vernos. Mi hija no es una desnaturalizada. Quiere vernos. ¿Le parece mal?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque tenerla aquí es como poner una gallina en la cueva de un zorro.

—¿Se refiere a don Torcuato?

—¿Y a quién otro?

—Pues si aparece ese perro por aquí le meteré un balazo. Ahora mismito saco la escopeta. Bien ha hecho en pensar en eso, taita.

* * *

Descendía la noche y las primeras estrellas claveteaban el cielo. Ladraron los dos perros —lo hacían con frecuencia, aunque percibieran sombras— y tres personas desmontaron de dos burros. Eran Tobías Ancajima, su mujer y la hija de la Encarnación. El indio gritó desde afuera:

—Aquí les traemos a la Isabel.

—*Dentren* no más, *dentren* —les pidió la Encarnación.

—Estamos sólo de pasito —se disculpó la mujer

de Ancajima—. Vamos a la chacra de don Remigio. De regreso nos quedaremos un ratito aquí.

—¿Y *pa* qué se han *apiado* entonces?

—*Pa* bajar las alforjas de la Isabel.

El indio y su mujer montaron rápidamente y prosiguieron viaje. La Isabel entró con el equipaje y saludó a su abuelo y a su madre. Esta le dijo:

—Si ya no *te* se conoce, mujer. A ver, acércate acá.

Y la llevó bajo el cono de luz que proyectaba el humeante candil que colgaba de un horcón. Continuó:

—Vaya, vaya, si hasta te has polveado. ¿Y ese vestido nuevo?

—Me lo regaló mi tía —repuso tímidamente la muchacha, quitándose el sombrero de paja y dejando al descubierto su cabello liso y brillante, dividido a la altura del cuello en dos trenzas que le bajaban hasta la cintura. La Encarnación no contuvo su orgullo:

—¿La ve, taita, que buena-moza está?

El viejo protestó:

—¿Que me crees ciego, mujer? Puedo ver a un cristiano a una legua de distancia.

—No exagere, taita. ¿Y qué me dice, pues, de su nieta?

—Que ha salido a la madre.

La Isabel huyó a su cuarto toda ruborizada. Le parecía extraño que le hablaran de esa manera, cuando sólo meses antes la habían tratado como a una niña, sin prodigarle ningún elogio.

—Mejor se hubiera quedado la Isabel en Catacaos —reafirmó con recelo el viejo, el recelo que llevaba clavado en la mente desde hacía una hora.

La Encarnación se resintió. ¿Acaso su padre no

quería tener a la nieta al lado cuando siempre le había merecido sus desvelos y atenciones? ¿Por qué ese brusco desafecto? ¿O era que con los años y las preocupaciones había cambiado de carácter, tornándose en buena cuenta decrépito y gruñón? Pero, luego, al relampaguearle el recuerdo de lo que le había respondido el viejo cuando le anunció la llegada de Isabel, hizo alarde de confianza:

—No se preocupe, taita, porque si viene el zorro le meto un balazo en la cabeza.

—Irías a la cárcel. Para los blancos no es delito alzarse con las hijas de los pobres. Creen que tienen derecho sobre ellas. Hasta les parece una gracia y la celebran.

Y José Celestino volvió a arrinconarse en la cocina con sus perros. El panorama de su vida se llenaba de encrucijadas. ¡Maldita sea!

* * *

Apareció la Isabel y se entretuvo relatándole a su madre lo que había gozado en el pueblo. En sus achinados ojos bailaban el candor y la alegría. Bajo el resplandor del pestilente candil, su tez canela se volvía pálida.

—Los domingos hay retretas y en todas las fiestas salen procesiones —se animaba la adolescente hablando—. ¡Y qué bueno es don Isidro! Me dijo que Juan Tadeo nos manda siempre saludos. El año que viene será *dotor*.

—Lo sé, lo sé. —afirmó la madre.

—Y me pidió decirle *tamién* a usted y a mi *agüelo* que fueran a verlo.

—*De juro* que vamos a ir *pa* Semana Santa.
¿Verdad, taita?

El viejo no repuso. Cavilaba, cavilaba, sin encontrar solución a su problema. ¿De quién se valdría para defender su propiedad? Todos los caminos se le cerraban. A veces se atemorizaba, suponiendo que, tal vez, no tendría tiempo ni para morir en esa tierra que le había visto nacer. Si esperaran siquiera los ladrones. . . . Un año, dos años a lo sumo. Pero luego se retractaba: “¡Qué egoísta soy! ¿Y cómo se quedarían mis hijos, sobre todo la Encarna, que es viuda, y mis nietos, que ya trabajan la tierra?”

La Isabel formuló la misma pregunta que su madre:

—¿Verdad, *agüelo*?

A José Celestino le sobresaltó el timbre de voz que había dejado de oír:

—¿Qué?

—Que vamos a ir a Catacaos *pa* Semana Santa.

—Quizás.

Y percibiendo pasos de bestia y melodías de rondín, añadió:

—Encarna, Isabel, ayuden a los muchachos a descargar la alforja? ¿Por qué se habrán demorado tanto los cholos marrajos?

Juan Esteban y Ramón llegaban de la chacra, el uno tocando el rondín, el otro silbando. Las sombras les eran familiares y veían entre ellas como los gatos.

Al encontrarse con Isabel, ambos celebraron su regreso con igual regocijo, exteriorizándolo por medio de monosílabos; descargaron luego la burra y echaron un zapallo grande a los puercos y el pasto tierno a las

cabras. Las calabazas y los repollos los entregaron a su madre.

La muchacha retornó a su cuarto, rebuscó en su alforja y extrajo un espejo de marco de latón y un trompo de naranjo, que les obsequió a sus hermanos. Estos sólo exclamaron:

—¡Aaaaah!

José Celestino inquirió de mal talante, con voz aflautada:

—¿Y por qué han venido tan tarde?

—A la hora de siempre, *agüelo* —repuso Ramón, pretendiendo hacer bailar el trompo.

—¿Que no ves, muchacho, que está oscuro?

—Es que hoy ha *escurecido* temprano.

Juan Estebán fue más sincero:

—Valgan verdades, *agüelo*, estuvimos cavando en la cueva del zorro que nos come los melones.

—¿Y lo mataron?

—Se nos escapó, *agüelo*. Si hubiera visto cómo se le pasó por las piernas a Ramón, pero este baboso tuvo miedo y lo dejó ir. ¡Qué lástima!

—¡Buen par de zonzos son ustedes! ¿Y por qué no lo siguieron?

—Porque se metió a la hacienda y nosotros . . .

Ramón completó la frase:

—Y nosotros tuvimos miedo de pasar *pa llá*, pues don Torcuato podía molestarse y robarnos más tierra.

Volvió el recuerdo a mortificar al anciano. “Robar más tierra —se dijo—. Robar más tierra. Eso va a hacer el perro sucio. Y lo hará, aunque no se meta *nai*des a La Fraternidad. ¡Maldita sea!”

Juan Esteban recordó:

—Y ahora que mienta Ramón a don Torcuato, este pájaro estuvo hoy en el lindero.

—Verdad —asintió el otro hermano.

La Encarnación se estremeció:

—¿Y qué *quedría* el perro por ahí?

—No sé —repusieron los muchachos al unísono, agregando Ramón:

—Nos saludó, pelando los dientes. Quizás estaba de buen humor, porque nos preguntó por usted y *tamién* por mi mama.

—Y *tamién* por la Isabel —apuntó, maliciosamente, Juan Esteban.

José Celestino se incorporó con dificultad y acercóse al grupo familiar. Su rostro de momia cobraba vida, turbado por la ira. ¿Torcuato Garrote por su chacra? ¿Y qué quería de nuevo por allí? ¿Lo atraía el interés de saber de su nieta o preparaba un nuevo robo? Dada la catadura moral de semejante individuo, se le podían achacar impunemente ambas intenciones. El no abandonaba una por otra.

Cuando sus hijos se fueron a dormir, la Encarnación expuso al viejo sus suposiciones: Torcuato Garrote sólo pretendía amedrentarlos para quebrar su resistencia y conseguir a la muchacha.

—¿Y qué hacemos? —interrogó angustiosamente José Celestino.

No sabía si se dirigía a su hija o a Dios mismo. Su alma estaba tensa como la cuerda de un arco. Adonde volvía los ojos encontraba una interminable cadena de penalidades.

—¿No sería bueno, taita, que se viera con don Isidro Lozano? —le preguntó la Encarnación, trans-

currido un largo silencio, en el que ambos buscaron un resplandor en las tinieblas de su noche interior.

El anciano descubrió su escepticismo:

—¿Qué podría aconsejarme el cura? Rezar, rezar, mandar decir misas y comulgar. . .

La mujer protestó. Don Isidro no era un sacerdote vulgar, de aquellos que componen todo con hisopazos de agua bendita y letanías. Era un santo varón, hábil en el consejo y concedor de las leyes humanas y divinas. El también tenía una chacra espiritual y sabía defenderla. Y un rebaño numeroso que pastaba bajo su dirección. Su padre no debía titubear en ir a verle.

José Celestino expresó su conformidad:

—Está bien, Encarna, está bien. Ya te dije que iría a Catacaos *pa* Semana Santa. Hablaré entonces con don Isidro y dejaremos otra vez a la Isabel donde su tía.

Con esta nueva esperanza, el anciano se extendió en la barbacoa. Por un hueco del tejado contemplaba un jirón de cielo cuajado de estrellas, que le parecía un cofre de diamantes. Las ranas croaban en la lejanía, en una laguna situada en la parte de su chacra que había sido anexada a La Fraternidad por obra y gracia de Escalona y de Garrote. Este recuerdo le desazonó buen rato, pero al fin, cuando menos lo imaginaba, se quedó dormido. Y soñó que estaba muerto. En su subconsciencia se incubaba ya este deseo.

* * *

La víspera de Semana Santa, José Celestino recibió una visita que no supo al principio si considerarla agradable o desagradable. A medianoche llegó a su rancho, por el camino lunado, un jinete, todo él altivo e impávido, sobre un moro brioso de ancho pecho, paso largo, remos finos y cola inquieta. Culebrón y Macanche rodearon al viajero, ladrando de contento y meneando el rabo en signo de sumisión y cordialidad.

Todavía medio dormido, José Celestino creyó que era el mismo Escalona quien venía a reclamarle más tierras. ¡Como lo había acusado de ser ladrón! Pero una voz inconfundible, de timbre opaco y enérgico, le condujo a la realidad, obligándole a dejar la barba-coa y acercarse a la puerta:

—¡Taita!

El anciano se quedó mudo de estupor. ¡Su hijo Froilán! Una fuerte sensación, mezcla de alegría y de rabia, le anonadó. ¿Qué venía a hacer allí ese cholo descastado, cuya vida era una sucesión de escándalos?

Fachendoso y decidor, Froilán Yoveraqué descabalgó con rápido movimiento, y después de tomar la alforja y también la carabina, que llevaba atravesada en el borrén, protestó socarrónamente:

—¿Por qué me pone tan mala cara cuando vengo a visitarlo? ¿Acaso no puede ver un hijo a su taita?

—¿Qué quieres aquí?

—Ya se lo dije: visitarlo, así como a la demás familia.

—*Naidés* te quiere ver en esta casa.

—¡Qué vamos a hacer! Pero yo sí deseo verlos. ¡No faltaba más! Creo que me asiste este derecho.

La Remington brilló a la caricia lunar. Froilán entró en el rancho sin el consentimiento del viejo, lamentándose zumbón:

—Ay, ay, esto no ha progresado nada. He hecho falta aquí. No hay duda.

—Nunca has hecho falta en esta casa.

—No me calumnies, taita.

José Celestino se indignó:

—De mi boca nunca ha salido una calumnia, so cholo hereje. Tú bien lo sabes.

Froilán transigió:

—Acepto que antes no haya hecho falta, pero ahora sí.

—Ni ahora tampoco.

—¿Que no necesitan de mí? No me negará que la Encarnación y usted claman por plata.

—Siempre la hemos necesitado, pero nunca la hemos pedido. Y menos a ti.

—Pues sin que me la pidan, aquí les traigo unos solcitos —y extrajo del bolsillo de su pantalón un abultado talego.

José Celestino se encolerizó aun más:

—Haces mal en ofrecer plata que debes haber robado por ahí.

Esta vez, Froilán habló en serio:

—Taita, no me confunda. Yo soy un montonero a órdenes del cura Chumán y no un ladrón de caminos.

—¿Y tanto ganas en ese . . . trabajito? Lo único que sé es que todos ustedes han estado poniendo cupos. Y la plata de los cupos no es plata bien ganada.

—Taita, en verdad, estos “troncos” provienen de

los cupos, pero los cupos son necesarios en una revolución. ¿De qué viviríamos entonces? Y no hable de esa manera, pues el que ordena proceder así es un cura.

—¡Maldito cura! Debía estar mejor en la iglesia, diciendo misa, que no con el trabuco por los caminos como un vulgar bandolero.

—La política, taita, la política. Si los patriotas como yo no se rebelan contra los abusos del gobierno . . .

Para no responderle, el anciano volvió a su lecho y se acostó. Froilán sentóse en un tronco, que hacía las veces de banco, con la carabina entre las piernas. Era su mejor compañera. Con ella se sentía seguro. Antes que lo hicieran rodar por tierra, podría tender a una decena de gendarmes. ¡Para lo que servían los muy flojos! Siempre en sus mulitas trotonas y trasi-jadas.

—Bueno —dijo el guerrillero, después de un rato y como hablando consigo mismo—. Si no me aceptan la plata la dejo aquí. Pueda ser que la Encarna o los muchachos la quieran.

Cambiando de postura, José Celestino fulminó:

—¡Maldita sea!

—Pero, taita . . .

—Debes saber, indio *porfiau*, que *nai*des de esta casa tomará plata manchada de sangre.

—Eso sí que no —protestó Froilán, encendido por la cólera— eso sí que no. Yo no he robado nunca. Se lo juro. Ni he matado más que de frente, en pleno combate.

José Celestino enmudeció. Su Froilán quizás te-

nía razón en protestar de ese modo. Siempre había sido holgazán, camorrista, pretencioso y atrevido, pero no ladrón. No recordaba, entre todas sus barrabasadas, ninguna que se relacionase con esta clase de delitos. Pero no por eso recibiría el dinero. Jamás. Su chacra le producía camotes, yucas y zarandajas, y sus cabras leche y suficientes chivos para no pasar necesidades.

Entretanto, Froilán pensaba que el viejo concebía otra arremetida y, deseoso de congraciarse con él, expuso abiertamente el motivo primordial de su visita:

—Taita, aunque yo sé que usted no pasa hambre, quise ofrecerle estos “rúcanos” para mejorar su situación. ¿Qué tenía de malo? Me pareció que era mi deber y lo hice. Pero usted se ha disgustado; ¿qué vamos a hacer, pues? Cada uno con su carácter. ¿Está conforme?

—Sí, ya estoy conforme, pero ahora desocupa el rancho. La causa que te hizo venir ya no existe.

—Se equivoca, taita. Lo de la plata fue secundario. Yo vine por otra cosa.

—¿A fregar la *pacencia*?

—No, taita, a componer algo malo.

—Pues puedes irte con la chirimía a otra parte.

—He sabido lo del robo de una faja de su chacra.

—¿Tan pronto te lo contaron?

—El mundo es chiquito, taita. ¿Sabe usted quién me lo refirió? Pues un peón de La Fraternidad, que se alistó en la montonera.

—¿Y por qué te interesas ahora por lo que nunca te importó?

—Es que hay abusos que hasta se pueden tole-

rar, pero éste me ha dejado dos noches sin dormir. ¡Me la pagarán!

José Celestino se alarmó. Froilán venía a complicar las cosas. En su condición de perseguido de la justicia no debía inmiscuirse en nada, porque si intentaba algo o se vengaba a su manera, el que cargaría con la culpa sería él, el viejo desvalido y roñoso. No; debía cortarle las alas a tiempo. Era peligroso, terriblemente peligroso. Capaz de cometer el más torpe desatino cuando lo cegaba la cólera.

Seguro de lo que pensaba y atenazado por el natural miedo de meterse en un embrollo mayor, José Celestino abandonó su recia actitud de padrazo indomable:

—Froilán, Froilán, por la salvación eterna de tu mama, por las benditas Animas del Purgatorio, no te metas en estas cosas. Déjame a mí solo que las resuelva. Tú no sabes de que se trata.

—¿Qué no lo sé, taita?

—No lo sabes. Déjame a mí solito.

El guerrillero se sorprendió. ¿Estaría su padre perdiendo la cabeza cuando permitía que le robaran impunemente y rechazaba, además, con jeremiadas incomprensibles la ayuda que se le ofrecía? Audaz insistió:

—Taita, usted está ya ancianito y es a mí al que le corresponde arreglar este asunto.

—Pero, ¿cómo lo vas a arreglar?

—Eso lo sabré yo.

—Terminarías más pronto en la cárcel. Seguramente te están siguiendo ya los pasos.

—Pueda ser que tenga usted razón y que visite

yo la cárcel cualquier día de estos, pero crea firmemente que después de mi intervención le devolverán la faja de tierra robada.

—No, no, Froilán, no me tientes con esas propuestas. Anda, vete mejor. Déjame tranquilo. No insistas en *enriedar* más las cosas. Con los blancos no se puede *pleitiar*, porque siempre salen ganando. Cuentan con los jueces y las autoridades.

Froilán rió sarcástico:

—Ay, Señor, con las que me sale mi taita. ¡Si ya ni lo conozco! Conque los blancos siempre salen ganando. . . Claro, si nos volvemos carneritos; si se les deja abusar a sus anchas. Entonces sí. Pero si uno se planta como Dios manda, respetarán las tierras ajenas.

—No te olvides de lo que pasó con la Comunidad del Sauce Viejo. ¡Se la comieron toda! Y ahí habían sin duda hombres, muy hombres.

—Pero como yo, nó —afirmó sin jactancia Froilán, golpeándose el pecho—. Como yo, nó. Yo me las he visto cara a cara con muchos blancos y han salido corriendo con el rabo entre las piernas, igual que perros de chichería. Como yo, nó. Sépalo, taita. Por que si no es con buenas palabras, yo arreglo las cosas con estos puños o con ésta.

Y golpeó la culata de la Remington coléricamente.

El fulgor de la luna, que invadía el rancho, iluminaba el cuerpo elástico y bien proporcionado del guerrillero. José Celestino empezó a admirarlo. Al fin y al cabo era su hijo y venía noblemente a defenderlo. Su intención era buena. “Si tuviera valor —se decía a su modo—. Si lo hubiera tenido alguna vez en mi

vida. . . Pero siempre fuí un cholo sin brío, humilde y dócil. Verdad es también que antes los blancos no se metían conmigo”.

Despertada por la conversación, la Encarna se echó una manta sobre los hombros y salió. Al verla, el mozo creyó encontrar una aliada. Siempre había recibido de ella pruebas de sincero cariño.

—¿A qué has venido, hombre? —le preguntó, sin asomo de reproche, pues sus palabras estaban más bien teñidas de angustia.

—Que te lo diga nuestro taita.

El anciano se ablandó:

—Vino a ayudarnos, Encarna.

—Pero si no puede dar cara. Lo andan persiguiendo.

—Eso mismo le he dicho, pero el cholo es *portiau*.

La mujer se dirigió a su hermano:

—¿Y qué podrías hacer?

Orgullosa, el guerrillero afirmó:

—Arreglarle las cuentas al blanco Escalona y al bandido de Garrote.

—Sería fregarnos más.

José Celestino saltó de la barbacoa y se detuvo en medio del rectángulo lunado. La opinión de su hija le alentaba:

—¿Ves, ves, Froilán? La Encarna piensa como yo. Nos fregaríamos, nos fregaríamos. No se puede hacer nada. Quizás más tardecito. Yo te avisaré cuándo.

—No necesita avisármelo, taita. Además, no sabría adónde hacerme llegar el recado. Yo vendré por aquí de vez en cuando.

—Sí, sí, así es mejor —se apresuró a decirle José Celestino, satisfecho de haber convencido, mediante la ayuda de la Encarnación, a aquel hijo rebelde y turbulento—. Regresa dentro de dos lunas. Ya veremos lo que se puede hacer.

Froilán despidióse del anciano y salió acompañado de su hermana, en cuyas manos deslizó el talego. Montó luego en su fachoso caballo y se fué por la pampa brillante de luna.

* * *

No se había perdido todavía el galope del moro en la diafanidad azulenca de la noche cuando el oído del viejo Yoveraqué captó un nuevo y acompasado redoble de cabalgaduras. Irguióse en su lecho todo receloso e inquirió:

—¿Oyes, Encarna?

La voz de la mujer salió de la lobreguez del cuarto impregnada de inquietudes:

—Sí, taita, parecen pasos de mulas. Y vienen *pa ca*. ¿Quiénes podrán ser?

Las pisadas se volvieron más vivas al resonar en las breñas que contorneaban la loma. Surgieron también voces: “Se nos ha desaparecido el c. . .” “Claro, como que anda en una bestia que es un relámpago”. “Si le hubieras disparado a tiempo, pero eres un maricón de cuenta y además bruto”.

Tres jinetes frenaron ante la casa en medio de la terrible furia de los perros. El viejo los distinguió, bañados de luna. Eran gendarmes. Uno de ellos aulló:

—¡Ooooh!

—Estarán durmiendo —apuntó otro—. Grita *juerte*, que para eso tienes pulmones de buey.

—Y cachos de lo mismo —añadió el tercer gendarme, presumiendo de gracioso y gritando luego a voz en cuello:

—¡Ooooooooooooooh! ¿Que no hay gente en este rancho?

Como nadie contestaba, el soldado desmontó, la-deando con su peso la montura y el enfundado rifle, que colgaba de ella, y empujó la puerta, a la vez que preguntaba nuevamente:

—¿Que no hay *nai*des aquí?

José Celestino se vió precisado a responder antes que lo descubrieran:

—Sí, señor.

—Pues tiene usted el sueño pesadito.

—Estoy enfermo. ¿Qué es lo que quieren?

—Andamos tras un pájaro de cuenta que ha tirado *pa ca*. ¿No ha sentido nada?

—No; duermo desde las ocho. ¿A qué hora pasó?

—No hace mucho.

—Pues debe haber tomado por el camino de la orilla, rumbo a La Fraternidad.

El gendarme se volvió a uno de sus compañeros:

—¿No te lo dije, Gregorio? Por abajo va huyendo.

—No hagas mucho caso de lo que te digan, cholo, que las gentes de estos lugares son encubridoras. A lo mejor el fulanita ha estado por aquí. Mira, ¡boñigas frescas!

José Celestino tembló de cabeza a pies. No había

pensado en la posibilidad de que el caballo pudiera dejar indicios de su presencia. Y se sintió perdido. ¿Cómo explicarle a los soldados esta infeliz circunstancia si sus alterados nervios le impedían mentir? Afortunadamente, uno de los gendarmes —tal vez un bisoño— le dió la salida, preguntándole si se habían detenido allí otras personas. El anciano no necesitó urdir un complicado embuste. Limitóse a responder que aquellos residuos sospechosos provenían de la burrita de sus nietos.

Los gendarmes no quisieron saber más. De nada les servía entrar en nuevas averiguaciones cuando el gavilán había remontado el vuelo hacia lejanos lugares, vedados a sus mulas trotonas y lerdas. Volvieron grupas y se fueron en dirección del pueblo.

—De buena se ha librado mi Froilán —le gritó José Celestino a su hija—. ¡Bendito sea Dios! Si se demora un poquito más, aquí hay tiros. Hubiéramos tenido que enterrar mañana a tres gendarmes, porque mi cholo los habría despachado prontito. ¡Con el punto que se gasta! ¿Verdad, Encarna?

—Así hubiera sido, taita —confirmó la india, mientras se le alborotaban funestos presentimientos en el espíritu.

El anciano adquirió nuevamente aspecto de momia.

* * *

Colorines de feria pinturera y tumultuosa de Domingo de Resurrección. Apretújase la indiada en la calle del Comercio, sonora de voces, bajo un cielo cega-

dor. Bailotea en el aire un olor de paja toquilla, chicha fermentada y exudaciones agrias. La masa —blanco y negro, negro y blanco— adquiere reminiscencias pingünicas. Todos hablan, todos discuten, regatean y comen incesantemente con voracidad de ruminantes, mientras el sol cae a plomo sobre sus sombreros duros y relucientes.

Un golpe de jinetes cholos irrumpe en la angosta arteria. Vienen de las haciendas de los alrededores, el jipi “a la pedrada”, el revólver al cinto, con el ánimo agresivo y la petulancia en ristre. Desde lo alto de sus nerviosas cabalgaduras manoteadoras, desprecian al rebaño agrupado en el largo redil, ávido de vender sombreros y de adquirir golosinas, telas y chucherías.

Los indios ya no adoptan actitud de encogimiento y humildad. Tres días han descargado la conciencia, agolpados en el templo, escuchando a don Isidro las terroríficas descripciones del Infierno, “antro inmundado donde arde eternamente el fuego como hoguera de basural”, o caminando tras los retablos de los Cristos exangües, de las Vírgenes doloridas y lagrimeantes, de los Apóstoles barbudos y de tantas otras imágenes de su devoción. Pero ahora Jesús ha resucitado. ¡Son felices! La alegría se agita en sus espíritus como aquellas palomas de Castilla que revolotean sobre los tejados de paja. Ya ni recuerdan el sermón de tres horas, obra maestra de don Isidro, plena de colorido y fuerza dramática, que les despertó la indignación en grado extremo contra Poncio Pilatos, Caifás y todos los judíos, al punto de interrumpir al orador sagrado en cada pasaje del drama de la Pasión con este sonsonete coral de tipo realmente pagano:

—¡Buena laya de *jijuna* gran perras! ¡Buena laya de *jijuna* gran perras!

Oleadas de indios congestionan más y más la calle. Apostados en las veredas, los vendedores aguzan su vigilancia. Veinte manos se alargan como tentáculos hacía sus mercancías aglomeradas en el piso.

Hasta la afonía llegan los compradores de sombreros. Su jerga numérica tiene cuño colonial:

—Te daré, pues, cinco con dos.

—No, señor, está bien cinco con cuatro.

—Bueno, cinco con tres. Ni un centavo más.

—Señorcito, cinco con cuatro.

—Ya te he dicho, ni un cobre más.

El indio greñado consulta con la mirada oblicua a su mujer. Esta mueve la cabeza cuajada de nardos en signo fatalista y rezonga:

—Bueno, pues.

Sabe que no se conseguirá más por el sombrero de fina trama, arduo trabajo de muchas madrugadas ricas de luna.

En los portales crecen las rimas de sombreros que, con los cacharros de barro cocido, son la máxima expresión de este pueblo industrial que se viste de luto desde la muerte de Atahualpa. La tosca cerámica se quedará en las ciudades y villorrios del Departamento, pero los sombreros irán más tarde por el mundo tras la testa monda de un gringo californiano o la encrespada de un mulato del Caribe.

En la aglomeración blanco y negro, negro y blanco, se abren paso los burros, inseparables y sufridos compañeros del indio. Las repletas alforjas blancas que cargan, golpean a los apáticos feriantes, que sólo

temen el pisotón, porque sus hinchados pies sudan sangre dentro de los botines de becerro. ¡Si estuvieran descalzos! Al encontrón, el indio berrea en tono de protesta:

—Velay con el *piajeno mojino*, si no me quito me machaca las patas. ¡Y cómo me duelen con estos malditos zapatos!

—¡Quítatelos, pues —le aconseja la india— ¡Cómo los puedes aguantar desde tempranito! Deben doler más que las penas del Infierno.

Y el indio, satisfecho del consejo, se descalza y echa el humeante becerro en la alforja, junto con las roscas gigantes, los bizcochos azucarados y las chucherías adquiridas.

—¡Vaya, pues, ¡qué descanso!

A mediodía, la masa pingüínica delira de sed. Todos padecen de sed. La sed les seca la garganta, les afloja el ánimo, les nubla el entendimiento, les torna mudos. Tienen sed, pero sed de chicha. La huelen, la ven, la presienten. Y como bestias en camino al abrevadero, hacia las chicherías se van: los hombres sudando bajo la alba camisa almidonada, las mujeres bajo la manta color ala de mosca. Blanco y negro. Negro y blanco. Negro el saco de lustrina y el pantalón bombacho, estrecho en la parte inferior; negra la saya, negra la manta. Luto, luto desde hace cuatrocientos años.

Camina, camina el rebaño a los abrevaderos. Cuando la chicha espumosa les refresque el gástrico y les prenda sueños en la mente, se sentirán más felices.

* * *

Todavía guardaba la voz de don Isidro inflexiones bíblicas cuando le dijo a José Celestino:

—Siglos que no te veía, hombre de Dios.

Difícil le había sido reconocerlo. Si no va con su hija, le habría preguntado su nombre. “Y sólo debe tener mis años —calculó el cura mentalmente—. Cuando llegué mozo a este pueblo era de mi edad. Bien recuerdo. Y, al parecer, yo estoy mejor que él. ¡Desdichado viejo! Parece recién desenterrado de un cementerio indígena”.

La Encarnación habló por su padre:

—El pobre no ha tenido tiempo de venir. Ya no es el mismo de antes.

—¡Nos hacemos viejos, nos hacemos viejos! —exclamó el cura—. Cada día que pasa, el Señor estira más sus brazos hacia nosotros.

—Así es —asintió José Celestino—. Semos ya ancianitos.

Don Isidro extrajo de su bolsillo un pañuelo de cuadros y se sonó la nariz. Estaba pálido. La Semana Santa le había agotado.

—Querrán saber de José Tadeo —les insinuó— ¿No es cierto? Pues está bien, muy bien. Dios ha de querer que corone su carrera el año próximo. ¡Un mozo logrado!

—Gracias a usted, taita cura —repuso la Encarnación—. Gracias a usted.

—Y a su propio esfuerzo. Eso nadie lo duda. José Tadeo posee inteligencia y firme voluntad. Será un gran abogado para que les defienda a ustedes en un caso dado.

A José Celestino se le escapó un suspiro:

—Será tarde, taita cura, será tarde.

Don Isidro recordó:

—Hombre, pues no había caído. Fallas de mi pobre cabeza. Algo oí de tus desventuras. Como que Escalona te ha tomado también de víctima. ¿Estoy en lo cierto? Ese hombre no respeta ni los principios humanos ni los divinos. ¡Válgame Dios! Comiéndose el pan de los pobres.

—Usted lo ha dicho.

—¿Y por qué no has venido antes a verme? ¿Le has tomado desafecto a la iglesia?

La Encarnación intervino:

—Ya se lo dije, taita cura: porque no ha podido. Pero hoy ha venido a eso. Llegamos el jueves, cuando su merced estaba tan ocupado . . .

—Verdad, verdad, yo no sé cómo he resistido. Los años, los años no perdonan. Así que Escalona se metió en tu dominio. ¡Qué cinismo de hombre!

—Nos ha robado un buen trozo de tierra desde la orilla hasta afuerita —informó la Encarnación.

—Eso no tiene perdón de Dios. Y todo por sembrar algodón. El demonio les ha despertado a muchos una ambición sin límites, y para acabarlos de perder les ha puesto una venda en los ojos. No respetan ni lo que Dios dió al pobre para que pudiera vivir. ¿Y por qué no te quejas, José Celestino?

—¿A quién, taita cura?

—Pues, hombre, qué atrasado estás todavía a tus años. ¿A quién va a ser sino a los jueces? ¿Para qué crees que son los jueces, las autoridades . . . ?

José Celestino empezó a tartamudear. Sabía de sobra que en esos litigios los ricos tenían siempre la

sartén por el mango; poseían los medios indispensables para probar que lo negro es blanco, para conducir el papeleo por derroteros favorables a ellos.

—¿Y entonces? —se alzó el acento bíblico de don Isidro—. ¿Crees que va a descender a tu chacra un arcángel con una espada de fuego en la mano a administrar justicia? ¿Qué piensas hacer, pues, José Celestino?

La voz de la Encarnación adquirió tonalidad enérgica:

—Pedirle consejo a su merced. Para eso ha venido mi taita.

—Pues ya se lo he dado, mujer. Debe acudir a los tribunales, para lo cual necesita primero hablar con un defensor.

—¿Con cuál, taita cura?

Don Isidro vaciló. El conocía a algunos, pero no confiaba en ellos. Jugaban de manera artera, pues cuando tenían casi ganada la demanda, se pasaban con armas y todo al enemigo por unos cuantos soles, hundiéndose en la mayor desventura a los desdichados de su misma raza. Sin embargo, pasó revista mental a los pocos abogados del lugar, que seguramente esquivarían defender un asunto de poca monta y escasa remuneración, y luego a la legión de tinterillos. Pero de éstos, sólo uno le atrajo por haberlo tratado desde años atrás: Hermelindo Fiestas. Para el cura, era el que menos defectos tenía, aunque gustaba en grado sumo de la chicha y del anisado, así como de escabullirse en el momento que más se le necesitaba.

El tinterillo habitaba en una casucha de la calle del Comercio, en donde se le podía encontrar des-

de el martes hasta el domingo a las ocho de la mañana, hora en que concurría a misa, único santo resabio que le quedaba de su antiguo oficio de sacristán.

Satisfecho de haber encontrado al hombre que podía sacar del Purgatorio a Yoveraqué, don Isidro cortó la entrevista:

—Anda, hombre, y que el Señor te dé fuerzas en tus sinsabores. Hoy mismo hablaré con Hermelindo, si es que lo encuentro. Y tú, búscalo mañana. . . No, mañana, no; es lunes, y este día es sagrado para él. Se refugia en el paganismo, adorando a Baco. Es su perdición. Mejor visítalo el martes, muy temprano.

José Celestino, que no había conocido el sosiego ni la alegría desde que Garrote incursionó por su chacra en son de conquista, volvió a disfrutar de ellos gracias a los consejos y promesas del cura. Tartajeó una despedida —ya se la había insinuado éste, atendiendo al llamado de sus piernas— y salió de la iglesia, seguido de su hija. Ahora si podría gozar de un rato de esparcimiento en la chichería de la Natividad, como en pasados años. Y nada de hartarse de camotes, zandajas o yucas. Le hastiaban ya. La boca se le diluía en agua como a las mujeres en estado grávido, saboreando mentalmente la sopa de pan con huevos duros, cebollas y aceitunas negras; el pastel de choclo, los “picados” de pavo, la cecina con plátanos y otras comidas preparadas por la reputadísima chichera. Pero antes, como para preparar el estómago, se bebería un litro de chicha. Clac, clac, clac, hasta rematar el mate.

Cuando pasó José Celestino por la plaza, caminando con cierta ligereza, miró el busto del bachiller

Mori, benefactor en lejano tiempo de los indios de la región, y un sentimiento extraño nubló parcialmente su contento. Si lo hubiera querido explicar, no habría podido.

A esa hora —mediodía bochornoso— la calle del Comercio se había casi vaciado. La indiada retozaba en las chicherías, buscando compensación a sus horas de intensas y fatigantes labores.

Mientras la Encarna iba por su hija, el anciano atravesó la calle, pasando difícilmente por los puestos de ventas, arrinconados bajo los aleros. Era la primera vez, desde la cruel sorpresa del robo, que se sentía entusiasta, fuerte, lleno de vida. Su ciega confianza en el cura le comunicaba fe. Inconscientemente entró en el establecimiento de Ña Natividad y ocupó una mesa. Al pedir la chicha advirtió que estaba solo. “¿Dónde estarán esas mujeres del diablo?” —rezongó—. Luego no pensó más que en beber y comer. El olor de fritangas picantes, que trepaba por las espirales de humo provenientes de la cocina, le despertaba un apetito feroz. Pediría un “picado” de la carne más apetitosa para devorarlo con fruición, hasta que la grasa le corriese por el mentón y el cuello.

Le trajeron la chicha. Su espuma blanca burbujeaba en el mate. La bebió ávidamente y sintió a los pocos instantes un intenso y benéfico calor, como si una llama mágica le recorriera las venas, las arterias. Sus músculos cobraron energía, su vista claridad.

Varias decenas de indios consumían grandes cantidades de “claro” de maíz, sentados o de pie, mientras discutían y brindaban sin término. En el fondo se alineaban los cántaros, de los cuales las mozas, temblonas

de pechos y estoicas para resistir los requiebros más groseros, extraían la chicha y la vaciaban en los labrados mates. Ña Natividad, acucillada en la cocina humeante, transpiraba en la faena, lacrimosos los ojos, salpicados de grasa los brazos. Con presteza atendía todas las órdenes, y unas veces freía las lisas fluviales y otras las carnes secas, condimentadas con diversas especias.

La embriaguez de algunos se tornaba belicosa. Juraban ser “machos” y capaces de desbaratar a cualquiera. Y lo afirmaban golpeándose el pecho rudamente.

José Celestino sonreía de todas estas escenas, pues le recordaban su juventud, que, a pesar de haber sido sosegada, había contado también con uno que otro episodio dramático. Y bebía y bebía. Ya no para eliminar la sed, sino los malos pensamientos, que a ratos se le alborotaban.

La Encarnación y su hija encontraron al viejo transfigurado. Hasta colores tenía en el rostro. Su aspecto de momia era sólo un recuerdo.

La presencia de Isabel, toda llena de juventud y de gracia, atrajo la atención de algunos mozos que, encorajinados por el alcohol, se atrevieron a acercársele y a brindar por ella. Pero su impasibilidad e indiferencia los ahuyentó pronto.

Varios cantores llenaban el rancho de armonía. Uno de ellos punteaba la guitarra. Cerca de la entrada, un arpista ciego abrazaba su instrumento. Las viruelas le habían acribillado el rostro, dándole aspecto de estómago de animal. Sus ojos muertos parecían clara de huevo frita. Cuando los otros músicos dejaban

de cantar tonderos, él la emprendía con los tristes, calmando el agitado ánimo de los vociferantes.

Frecuentemente se detenían ante la puerta de la chichería orgullosos jinetes sobre briosas cabalgaduras. Giraban en derredor del asta clavada en la calle, en cuyo extremo flameaba la bandera blanca anunciadora de la bebida incaica, y pedían mates de ella, usando voces estridentes e interjecciones plebeyas.

—Taita, ¿que se está durmiendo? —preguntó la Encarnación al viejo, viéndolo de nuevo inmóvil y con los ojos semicerrados.

Sin embargo, José Celestino sólo soñaba, soñaba despierto. Hacía años que no vivía momentos más gratos. “En este estado querría morirme —pensaba a su manera—. Me elevaría a las regiones celestes para confundirme con los ángeles”. Pero de pronto, cuando sus sueños eran más dulces e ingenuos, la voz bronca de un individuo hirió sus oídos. Desde la puerta solicitaba una prueba de la chicha, como era costumbre. La conciencia del viejo indio se alertó. El creía conocer ese desagradable tono, forjado en el mando. Volvió los ojos a la entrada y distinguió la cabeza de un caballo blanco, cuyos arreos, guarnecidos de piezas de plata, fulguraban al sol. El recuerdo le asaltó. Eran la voz y el caballo de Torcuato Garrote. Instintivamente se echó hacia atrás a fin de que éste no lo descubriera. Pero el mayordomo de La Fraternidad, curioso por saber quiénes se hallaban en la chichería, hizo girar su cabalgadura y, apoyándose en los estribos, inclinó el cuerpo hacia adelante, lo cual le permitió ver de manera casual a los Yoveraqués. Entonces, sorprendido por tan

fortuito hallazgo, completó el movimiento, descabalgando.

La primera intención de Garrote al entrar fue la de dirigirse a aquella familia. ¡Tanto le interesaba la Isabel! Mas luego, reflexionando, se valió de una de sus artimañas: Recorrió el rancho a pasos menudos, manifestando indiferencia; bebió luego el contenido del diminuto mate que le entregó una de las servidoras, y emprendió mañosamente la retirada, no sin antes despedirse de Ña Natividad, a la que elogió la bondad de su chicha. Solamente, al llegar a la puerta, fingió advertir la presencia de los Yoveraques:

—¡Caramba, qué santo ha hecho este milagro! Don José Celestino por aquí, y también la Encarna y doña Isabelita. Vaya, vaya, pues. Y yo que pasaba de largo. Ha sido una suerte verlos.

El anciano volvió a situarse firmemente en la realidad, descendiendo desde inconmensurables alturas. Apretó los labios y continuó inmóvil. El mayordomo hilvanó:

—¿Y desde qué horas están aquí? Seguramente acaban de llegar. ¿Ya “picaron” y bebieron la espumosa de doña Nati?

La Encarnación se encargó de contestar:

—Llegamos al mediodía y ya nos íbamos. ¿No es cierto, taita?

—Ya nos íbamos — repitió José Celestino.

Desbordando cortesía, Garrote protestó:

—¡Qué ocurrencia! No faltaba más. ¿Cómo se van a ir? A ver —gritó a una de las mozas—, ¡trae “picados” y chicha!

La Isabel creyó conveniente hacer causa común con su madre y su abuelo:

—Si ya nos vamos, señor. No podemos, pues, *acetar* nada.

—Esas negativas no pegan en boca de muchachas buenas-mozas. Esperen mejor, esperen.

La Encarnación se encrespó. Odiaba ya a Garrote, y como carecía del arte del disimulo, reafirmó:

—Ya le hemos dicho, señor, que nos íbamos.

—Caramba, esto me suena a desprecio. Y yo no lo merezco. Un buen amigo. . .

Las palabras se le atragantaban. Su condición de blanco —él se creía— no le permitía tolerar semejante *desaire*. *Desaire* que iba a adquirir poco después peor cariz cuando la servidora trajo lo solicitado y ninguno de los tres invitados alargó la mano para tomarlo. Entonces Garrote, loco de rabia, les ordenó:

—¡Coman, coman! A ver, Isabelita, acéptame un brindis.

Tímidamente, la muchacha le cortó toda esperanza:

—No sea exigente, señor; ya le hemos repetido que nos vamos. Además, ya comimos y tomamos chicha.

—No seas tan mal educada.

—Yo no tengo la culpa si así me hizo Dios.

Garrote perdió sus últimos restos de ecuanimidad. Acostumbrado a tratar a los indios a fuetazos y palos por motivos insignificantes, le parecía un delito sin nombre que los Yoveraqués rechazaran sus atenciones con marcadas muestras de indiferencia y desprecio. Encaróse luego con el viejo, a quien consideraba el pa-

trocinador de la rebeldía de las dos mujeres, y después de dirigirle algunas frases duras, en las que se adivinaba una velada amenaza, abandonó el rancho de cuatro zancadas.

Al verlo desaparecer, José Celestino comprendió la gravedad de su falta. Y otra vez se sintió asaltado por los malos pensamientos. ¡Pobre de él! Algo había leído en la torva mirada de Garrote.

—¡Encarna! — se volvió a su hija; y no dijo más. Pero ella, sospechando la tragedia íntima que martirizaba nuevamente a su padre, le alentó:

—No se preocupe, taita. El martes iremos a ver a don Hermelindo Fiestas. El empapelará a los blancos.

El viejo movió la cabeza. La Encarnación no supo lo que había querido expresar.

* * *

El martes, muy de mañana, José Celestino esperaba frente a la casucha de Fiestas, sentado en la vereda. El tinterillo no había abierto todavía su puerta. Un cholito retaco y barrigón, con el ombligo como un hongo, le aguardaba también con un pequeño cántaro repleto de chicha blanca y un mate cubierto con otro. Era el desayuno que le enviaba diariamente Ña Natividad.

A las nueve, Fiestas abrió su puerta. Tenía el rostro congestionado y los ojos rojizos. Greñas hirsutas y pegajosas le caían sobre el cuello grasiento. Vestía saco de lustrina, condecorado con lamparones y remiendos, y un pantalón de dudosa limpieza, escaso de botones en la bragueta.

—Buenos días de Dios, don Hermelindo.

—Pase, pase —y agregó, viendo entrar al cho-
lito con el desayuno—. Pero me esperará un momen-
to, pues necesito primeramente llenarme las tripas.

A pesar de su falta de sensibilidad para los malos
olores, José Celestino advirtió en la vivienda de Fies-
tas una atmósfera viciada, propia de los dormitorios
cerrados, en la que se confundían también emanacio-
nes de líquidos guardados, ropas reñidas con el jabón
y papel sellado, húmedo y apolillado.

La guarida del tinterillo se componía de dos pie-
zas: el despacho, donde se hallaban una mesa, dos si-
llas y un estante sin vidrios, pero con un millar de do-
cumentos empolvados; y el dormitorio, especie de tu-
gurio casi sin luz, ocupado por un catrecillo de hierro
oxidado, lleno de escapularios, y un depósito noctur-
no. En las paredes colgaban almanaques antiguos, imá-
genes descoloridas y dos retratos familiares.

Hermelindo Fiestas comió con la mano la lisa
frita y los camotes que contenía el mate, y se bebió
medio cántaro de chicha a grandes tragos. Después se
restregó la boca con el dorso de la mano para retirar la
grasa y eructó.

—¡Por fin acabó la Semana Santa! —dijo en se-
guida, aunque hacía dos días que ésta había termina-
do—. Y ahora, de nuevo al trabajo. ¡Quién como los
ricos!

—Así es — confirmó el anciano.

—Comen bien, duermen bien, mantienen todas
las queridas que quieren y se emborrachan cuando les
da la gana. Y si hacen escándalo, todos lo conside-
ran . . . una gracia digna de celebrarse y elogiarse. ¿No

es una vida perfecta? Y uno remando y remando como un galeote para sacar cuatro reales miserables.

Asentó sus propias palabras con otros tragos de chicha, y después de reanudar sus apreciaciones sobre las ventajas de ser adinerado, preguntó solemnemente a José Celestino:

—¿En qué puedo servirlo?

—Pues . . .

—¿Algún latrocinio?

Como el anciano no comprendiera, Fiestas aclaró:

—Latrocinio, hombre, latrocinio: Hurto, robo.

—Sí, señor, robo.

—¿Y quién le ha robado?

—Don *Ustaquio* Escalona.

—¡Caramba! Con buenas gentes alterna usted. ¿Y qué le ha hurtado?

—Cuarenta varas de mi chacra.

—¿Eso es todo lo que poseía usted?

—No, señor. Mi chacra tiene más de tres cuerdas por la orilla.

—Pues ha tenido usted suerte, porque don *Eustaquio* es de más aspiraciones. Ha tenido usted suerte. ¿Y qué quiere que haga yo?

—Pedir al juez que me haga devolver mi tierra.

Fiestas se puso de pie:

—Qué fáciles le parecen a usted estas cosas. Necesitamos andar primero mucho camino. Y antes de venir aquí, ¿no ha hecho usted algo para reclamar sus cuarenta varas?

—He hablado con don Escalona y *también* con don Garrote.

—¿Y?

—Lo niegan, señor, lo niegan todo.

—Entonces será difícil, muy difícil probarles el robo. ¿Correrían el cerco para su terreno?

—Así fue, señor.

—¿Y cómo se le ocurrió que podría yo hacer algo en este lío?

—Me lo aconsejó taita cura.

—Ah, don Isidro. ¿Así que usted se consultó primero con él? Ajá, ajá. ¿Cómo se llama usted?

—José Celestino Yoveraqué.

—¡Ah, Yoveraqué! ¿Entonces es a usted al que le tiene don Isidro un nieto en Lima que estudia abogacía? Lástima que el joven no haya concluido todavía su carrera para que se encargara de la causa. Porque yo, valgan verdades, tengo ahora mucho trabajo. Vea, vea toda esa papelería... Además, los juicios contra...

—¿Aaaaa?

—Los juicios contra... Bueno, lo que se saca de ellos son enemistades y hasta... otras consecuencias.

—Es que don Isidro...

—Sí, seguramente le dijo que yo lo defendería, pero el buen curita olvidó explicarle que esta clase de pleitos acarrea perjuicios, y que él, por ejemplo, no podría curarme de una paliza. A lo más se limitaría a ponerme los óleos. ¿No es así?

José Celestino empezó a flaquear de nuevo. Se le evaporaba la última esperanza. Hasta ese cholo se-boso y resabido le tenía miedo a Escalona. Dió algunas vueltas a su sombrero blanco y trató de convencer a Fiestas con medios más positivos:

—Se le pagará bien, don Hermelindo.

—¿Quién habla de plata, don José Celestino? Claro que le cobraré a usted por mi trabajo. Eso es justo y no requiere mención especial. Pero el asunto es otro. Ya se lo dije: Falta de tiempo y, por qué no repetirlo, peligro de ser víctima de aquellos desalmados. Para que vea usted que le soy franco.

El anciano insistió. La inquietud le hacía desfallecer:

—Se le pagará bien, don Hermelindo.

—Y vuelve usted con el estribillo. ¿Acaso soy yo el único letrado en Catacaos? Vaya y vea al doctor Sabino Valerio. El lo puede defender.

José Celestino perdió la paciencia:

—Si es a usted a quien me ha recomendado don Isidro. *De juro* sabrá él que el *dotor* Valerio tiene la maña de ponerle una velita a Dios y otra al diablo.

Rió de buena gana el tinterillo, probando así que coincidía con la opinión del indio, y esbozó una esperanza:

—Bueno, pues, estudiaré el asunto. ¿Cuántas varas me dijo que había perdido?

—Cuarenta.

—Bien. ¿Y qué cultivaba en ellas?

—Las estaba preparando *pa* sembrar ahí zaran-daja y frijolito. Y *tamién* un poco de maíz.

—Bien. ¿Cuándo sucedió el latrocinio?

—En la luna pasada, señor.

—Consultaré mi Bristol. ¿Con qué más cuenta su chacra?

—Pues, señor, con unos chanchos, unas gallinitas, unas cabritas . . .

—¿Cabritas, dijo? ¿Así que tendrá usted chivos?
Ah, cómo me gusta el seco de cabrito. ¡Es delicioso!

—Le traeré uno, si gusta.

—Será bien agradecido y saboreado. Lo mismo alguna gallinita, si le sobra.

José Celestino encaminó de nuevo el diálogo hacia lo que le interesaba:

—Bueno, pues, ¿cuándo quiere que regrese?

—El viernes, y con los títulos de su propiedad.

El anciano sufrió un estremecimiento igual al que padeciera en su entrevista con Escalona. ¡No tenía documentos que probaran sus derechos!

—Don Hermelindo... —tartajeó— no tengo papeles.

—¿Que no tiene...? —fingió sorprenderse el tinterillo—. Malo, malo; será más complicado defenderle, don José Celestino.

—Se le pagará bien, don Hermelindo. Aquí he traído algoito *pa* que *prencipie*.

Y desenvolvió un pañuelo de color indefinible, en el que guardaba un puñado de soles.

Hermelindo Fiestas, que había agotado sus últimos centavos en las chicherías y chinganas durante los días de Semana Santa, sintió las tentadoras punzadas de la codicia y, rápidamente, calculó lo que llevaba el viejo en metálico: unos veinte soles de plata, cuyo mágico tintineo le alegró. “¿Cómo podré sacarle todo eso? —se preguntó—. Porque este indio cazurro y plagado de mañas no me dará ni la mitad. Lo asustaré de nuevo”.

Pero el rábula no tuvo necesidad de recurrir a tal procedimiento. El anciano, sin manifestar el más

mínimo titubeo, extendió el descarnado brazo y vació en su abierta mano el contenido del pañuelo. Ni siquiera contó el dinero.

—Bueno, bueno —aceptó Fiestas— le entregaré un recibo.

—¿Pa qué, señor? —repuso el anciano con honda filosofía—. El viernes me daré una vueltecita por aquí. Horita tengo que regresar a mi chacra. Desde hace una semana no veo a mis nietos.

—Vaya usted tranquilo, don José Celestino, que se hará lo que se pueda, a fin de que ese usurpador de oficio no vuelva a repetir sus tropelías. Pediremos inspección ocular. Pierda usted cuidado.

El anciano no quiso oír más. Salió con la alforja al hombro, pensando que recién empezaba su Via Crucis. Se iniciaba con el papel sellado. Todavía escuchó en la calle que Fiestas le gritaba:

—Y no se olvide del chivito, don José Celestino. Y que sea de esos que les asoma ya el cachito. Tienen más carne. . .

* * *

Torcuato Garrote tuvo que esperar. Don Eustaquio Escalona no había abandonado todavía su dormitorio, pues, sin descubrir la causa, desde hacía meses padecía de insomnios. Se despertaba de pronto y, dando vueltas y más vueltas en el doble lecho, veía entrar las primeras claridades del alba por la ventana. Generalmente a esta hora se dormía de nuevo, hasta las diez.

El mayordomo se paseaba por el corredor, presa de viva inquietud. Ansiaba cuanto antes comunicarle la noticia a su patrón. “¿A qué hora se levantará hoy? —se interrogaba mentalmente— ¡Si supiera las buenas que le traigo!” E imaginando la cara de satisfacción que pondría Escalona, derramaba su alegría en sonrisas, distendiendo el labio leporino y contrayendo los ojos de tigrillo, en cuyas extremidades se garabateaban complicadas patas de gallo.

No pudiendo resistir más, Garrote tocó a la puerta del dormitorio. Primero suavemente, después con viveza, hasta que, desde adentro, salió una voz áspera y colérica:

—¿Quién es, c...?

—Perdone, don Eustaquio, soy yo.

—Ya me lo figuraba. Alteras mis únicas horas de sueño. ¡Eres un bellaco!

Garrote insistió nervioso:

—Don Eustaquio, ábrame.

—¡Maldita sea! ¿Te persiguen?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres, perro?

—Referirle que ya hice el trabajito.

Escalona levantó aun más la inflamada voz:

—¿Qué trabajito es ése? Tú debes continuar la borrachera de Semana Santa. En qué maldita hora te di trabajo en mi fundo. ¡Eres inaguantable!

Finalmente abrió la puerta y apareció abotonándose la camisa. Su faz impresionaba. Empujó rudamente al importuno para que le diera paso y le acentuó:

—Ya te he dicho mil veces que debes respetar

mi sueño. ¿Cómo te has atrevido, pues, a sacarme de la cama a las ocho y media? ¿O no tienes noción de la hora? ¡Ve, ve!

Y le puso ante los ojos el “Longines, tres estrellas”, de plata reluciente.

—¡Ve, ve!

Sin hacer caso del arrebató histérico de su patrón, Garrote le sopló con una hebra de voz:

—Don Eustaquio, avancé anoche como cuadra y media.

—¿Qué hablas, canalla? ¿A qué te refieres?

—A la “indispensable expansión”.

El hacendado, que debido al brusco despertar, tenía nublado el entendimiento, cayó por fin en la cuenta de lo que se trataba, y temiendo sufrir las consecuencias de este nuevo atentado, descargó sobre Garrote toda la gama de insultos conocida en la región. Y allí no se detuvo. Sin calcular los resultados que pudieran derivarse de su actitud, le golpeó fieramente el rostro, haciéndolo rodar por tierra con el labio leporino lleno de sangre.

Viendo a su mayordomo tendido a través del corredor, todo maltrecho y quejoso, Escalona se arrepintió de su violencia y morigeró el tono:

—Ya te lo he manifestado una y mil veces: Tú serás el causante de que me metan a la cárcel o de que me tumben de un tiro cualquier día. ¿Cómo se te ocurre invadir tierras ajenas? ¿Qué pensarán de mí los mismos hombres que han trasladado el cerco?

Y esto lo decía adrede y en tono declamatorio para que algunos miembros de la cuadrilla especializada en tal clase de robos, que merodeaban por la ramada

en espera de recompensas, pudieran aquilatar su honradez y servir de testigos en un caso dado.

—Ahora, levántate —continuó—. Mejor será que me cuentes serenamente tu fechoría, ya que no hay medio de remediarla.

Poniéndose de pie penosamente, Garrote afiló su ironía:

—Sí que la hay, señor. Ahora mismo retiro el cerco. Cuando vuelva de Catacaos José Celestino lo encontrará en su lugar.

Don Eustaquio se escandalizó:

—¿Que estás loco, hombre de Dios? A lo hecho, pecho. Ven a mi oficina, que allí hablaremos tranquilamente.

Y se lo llevó del brazo, recomendándole en el corto trayecto que se limpiara la sangre de la boca. Luego le brindó asiento y él ocupó la silla giratoria de su escritorio.

—Ahora cuéntame qué locura has hecho.

Garrote frunció el ceño. El ya había relatado lo esencial del asunto, precisando las medidas de lo adquirido. Un apreciable avance por cierto, que auguraba un éxito final de importancia, o sea la apropiación total de la chacra de José Celestino. ¿Qué faltaba ya? La próxima vez echaría de ella al viejo.

Escalona no se conformó con estas explicaciones. Las consideraba incompletas. Quería detalles, detalles. Le deleitaba oírlos. Era como un general que desea conocer los pormenores de la batalla que acaba de ganar y el comportamiento de sus subalternos para redactar el parte o escribir sus memorias. Y Garrote tuvo que referirle punto por punto el nuevo latrocinio.

Desde que salió de La Fraternidad con doce peones de su confianza, hasta que retornó.

—Pero, por lo que veo, José Celestino no estaba en su chacra — expresó Escalona, admirando la genialidad y audacia de su subalterno.

—No, señor, ya se lo dije; se hallaba y se halla en Catacaos. Tal vez hoy regrese.

—¿Y su hija?

—Está con él.

—¿Y sus nietos?

—Protestaron y gritaron como condenados, pero les hice aplicar varios latigazos y emprendieron a correr.

—¡Eres tremendo, Torcuato!

—Así no más, señor.

—¿Y cómo te desempeñaste para eliminar a los perros? Porque sé que el indio tiene dos fiercillas capaces de hacer correr a una legión de invasores. ¿Los matarías primero?

—Nada de eso, don Eustaquio. ¿Para qué? ¡Pobres animalitos! Me hubiera dado pena acabar con ellos. Yo tengo buen corazón.

—Entonces, ¿cómo lograste controlarlos? ¿A qué diablura recurriste, hombre de Dios? Indudablemente, eres genial.

—Ese es mi secreto, don Eustaquio, ese es mi secreto.

—Habla, hombre, habla, que me tienes curioso.

—Por favor, señor, respete mi secreto.

—Torcuato, te ordeno que hables.

—Si es así, pues no me queda más remedio que obedecer. Las cosas sucedieron de la siguiente manera, porque debe usted saber, don Eustaquio . . .

—Abrevia, hombre, abrevia, que me sacas de quicio.

—Bueno, el asunto es más sencillo de lo que supone usted. Lo que hice fue mandar temprano hasta el lindero a Pablo Torres con una perrita encelada para que atrajera a Culebrón y Macanche. Así se llaman los perros del viejo José Celestino. Pues no bien merodeó la tierna enamorada por las vecindades del rancho, los dos galanes abandonaron su querencia y se fueron tras ella hasta la orilla, donde se entregaron a disputársela a mordiscos.

—¿Y? — inquirió el hacendado, abriendo los ojos desmesuradamente.

—Ya se lo expliqué, señor; los dos animalitos no se preocuparon más del cuidado de la chacra. Creo que hasta ahora deben andar detrás de la señorita.

Eustaquio Escalona se quedó buen rato mirando a Garrote. Su inexpresiva mirada no parecía augurar promesas o elogios. Y menos el rictus amargo que desfiguraba su boca sensual. Mas, de repente, cuando ya el mayordomo empezaba a inquietarse, el caprichoso hombre tendió la cabeza hacia atrás, abriendo el inmenso acordeón de su papada, y se puso a reír de escandalosa manera. En la pequeña habitación, sus estridentes carcajadas rebotaban como una pelota sonora, haciendo eco en toda la casa. Nunca había reído así. Garrote se sentía contento de que se aprobara su obra de modo tan jubiloso, y para ponerse a tono con su patrón, se echó también a reír, a pesar de que la herida del labio le escocía y sangraba. Quién hubiera visto a ambos, entregados a semejantes expansiones, les habría creído borrachos o locos. Escalona puntea-

ba de pausas la interminable escala de carcajadas para tartamudear jadeante:

—Conque la perrita, ¿no? ¡Qué ingenio, Dios Santo, qué ingenio! ¿Así que no ladraron los malditos perros? ¡Qué ingenio! Ya lo sabemos para el futuro. Entrará como hábil recurso en el manual de táctica que usamos para llevar a cabo la “indispensable expansión”. ¿No? ¡Qué ingenio!

Al fin le dolió el estómago e hizo un esfuerzo para recuperar su seriedad. Limpióse las lágrimas que le corrían por las mejillas, consultó su reloj y dijo a Garrote:

—Créeme, Torcuato, me apena el pobre indio Yoveraqué. Has debido dejarle más tierra.

—Le queda como cuadra y media, ¿qué más necesita?

—Tienes razón. Con una que le hubieras dejado habría sido suficiente. Porque, fuera de todo, y contemplando este problema con serenidad y a la luz de las concepciones agrícolas modernas, ¿para qué necesitan chacras estos indios piojosos cuando no las cultivan? Son como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer.

—Sí, don Eustaquio, así es. Por eso me afano en que reciban agua y semilla esos terrenos baldíos. De este modo se beneficiará la agricultura nacional.

—¡Magnífico, Torcuato, magnífico! No lo había pensado. Realmente estamos beneficiando la economía nacional.

—Y sin peligro.

—Sin peligro.

La expresión turbó a Escalona. “Sin peligro —re-

pitió mentalmente—. ¿Sin peligro? No existe nada en la vida que no entrañe peligro. Este bellaco de Garrote exagera como siempre. En serios apuros me vi cuando se apropió de la chacra de Patiesqué. Y hasta me libré por un pelo de que me apalearan malamente. ¿No es esto peligro?”.

El hacendado cambió de ceño al llegar a este punto de sus reflexiones, lo cual preocupó a Garrote, quien, después de un buen rato de silencio, oyó que le preguntaba:

—¿Crees tú, hombre ingenuo, que el indio de miércoles se va a quedar cruzado de brazos, sin reclamar a la justicia?

—De reclamar, reclamará.

—¡Cómo! ¿Y a pesar de saberlo te me presentas con esa cara fresca? No, no, tú me estás poniendo en el camino del presidio. El maldito juego que haces es digno de la horca. ¡Esto es horrible! ¡Horrible! No me explico cómo me he fiado y me fio de ti. Eres capaz de arruinar mi vida.

Garrote se rió. ¡Tal confianza tenía en sus artimañas! Proyectando los labios todavía sangrantes, repuso:

—No se preocupe, don Eustaquio, no se preocupe.

Escalona se encolerizó pensando que su mayordomo debía ser un cínico o un inconsciente cuando le daba poca importancia a las consecuencias que acarrearía su obra, o sea una avalancha de juicios y enredos.

—No se preocupe —acentuó el otro—. ¿Ha olvidado tan pronto lo de la perrita?

—Como eso, nó —transigió el hacendado—.
Muy gracioso, muy gracioso.

—Pues guardo, para el caso de una inspección ocular, un recurso más ingenioso.

—¿Otro? Dime cuál.

—Discúlpeme esta vez, señor; es un secreto profesional. Hay que respetarlo. Mientras tanto, confíe en Torcuato Garrote.

—Eres el demonio en persona. ¡Dios me libre de ti!

* * *

Antes que del escandaloso robo, la Encarnación se ocupó de curar a sus dos hijos. Preparó un cocimiento de yerbas —secreto de sus antepasados— y, todavía humeante, lo aplicó a las heridas y verdugones de ambos. Lloraron y maldijeron los desdichados y, al fin, se quedaron dormidos sobre jergones.

José Celestino rumiaba su desesperación. No se explicaba todavía cómo habían eliminado a los perros del escenario del delito, al punto de que ni siquiera ladraron, según la versión de sus nietos. Los dos animales no mostraban señales exteriores de golpes ni anomalías en sus manifestaciones instintivas. “¿Qué, diablos, les hicieron esos zamarros que ni siquiera ladraron?” — se interrogaba el anciano, todo confundido, hasta que su hija, a quien consultó sobre las causas del enigma, recurrió a una vieja creencia, calmándolo así:

—Taita, segurito que esos *ardilosos* les echaron

el vaho. ¿Cómo, pues, se iban a quedar calladitos, ellos que ladran hasta cuando ven fantasmas?

—Tienes razón, Encarna. Les han *echau* el vaho para adormecerlos. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Vaya, pues, a ver a don Hermelindo.

José Celestino salió en silencio de su rancho y, luego de ensillar la burrita, cogió un chivo del corral, le amarró las patas y lo introdujo en su alforja. Montó con penoso esfuerzo y se fue por el camino que culebreaba entre algarrobos espinosos, encendido de sol.

Cuando llegó a la casa del tinterillo recibió una desilusión. La puerta estaba cerrada. “Velay con el hombre —pensó— que no vive sino durmiendo. Es un *carcamán*”. Y empezó a golpear las apollilladas hojas, enlutadas en su parte superior con unos crespones sucios y raídos, colgados allí en recuerdo de algún muerto. El chivo balaba terriblemente y pretendía escapar de su prisión.

El anciano insistió en tocar a la puerta hasta que una vecina le informó que, desde el día anterior, Hermelindo Fiestas se hallaba ausente. “Búsquelo por la chichería de Ña Natividad —le agregó— esa es su querencia”.

Y hacia allá se fue José Celestino, renegando de su mala suerte. El chivo ya no gritaba, como si le adormeciera el paso llano de la burrita.

Tal como lo había asegurado la mujer, Hermelindo Fiestas, renombrado tinterillo de Catacaos, se encontraba solo en el expendio de chicha, dando cabezadas en un rincón. José Celestino se acercó a él y le sacudió fuertemente. El pretexto del regalo le daba valor para proceder de esa manera:

—Don Hermelindo, don Hermelindo, aquí le traigo el chivo. . . .

El papeluchero, que abominaba que le despertaran cuando dormía una pesada borrachera, abrió los enrojecidos ojos y refunfuñó acremente, mas al oír el ofrecimiento del anciano y los balidos del animal, refrenó su cólera:

—Conque me ha traído el chivo. Vaya, señor.

—Sí, don Hermelindo.

—Bueno, bueno, se le agradece.

—Pero. . . .

—¿Qué día es hoy?

—Jueves, señor.

—¿Y no le dije que viniera a verme el viernes?

José Celestino se disculpó, explicándole a Fiestas que se había visto en la necesidad de volver a Catacaos antes de la fecha convenida debido al nuevo atentado. No había podido permanecer sereno en su chacra, viéndola mutilada. Tal vez se podría adelantar la queja.

Fiestas cazurreó, ansioso de que el viejo se marchara:

—Pues en realidad, es un verdadero contratiempo éste que me cuenta. Hay individuos que no conocen los escrúpulos. Don Eustaquio Escalona es uno de ellos. Se ha propuesto quitarle la chacra y no parará hasta conseguirlo. ¡Y yo que ya tenía preparado el escrito para el Juez! Deberé modificarlo ahora.

—Bueno, pues, hágalo.

—Por Dios, don José Celestino, eso no necesita recomendarseme. Se hará, se hará.

Y empezó a quedarse dormido de nuevo. El viejo le rogó:

—Vamos, don Hermelindo, vamos, apúrese.

—Pero, hombre —protestó el tinterillo— ¿cree usted que se van a componer las cosas si corro a llevar el escrito? ¿Y a quién se lo llevo?

—Al juez, señor, al juez.

—No sea cándido, don José Celestino. El juez no está en su casa . . . legítima, sino en la de su querida. ¡Y qué buena-moza es esa chola! Si la conociera usted. ¡Caramba! Sabrosos manjares saborea el juez. Y el chivito que grita afuera como un energúmeno. ¿Me lo trajo de cachito grande como se lo recomendé?

El viejo le exigió:

—Vamos, señor, vamos, que si usted no se apura me quitará toda la chacra. Al paso que van . . .

—Eso es un abuso incalificable, don José Celestino, un abuso incalificable. Los tales hacendados no respetan nada. Ni a las mujeres ajenas. ¿Quiere probar de la chichita? Está ya madura. Naturalmente, hoy es jueves.

—Vamos, don Hermelindo, vamos. El chivo ya tiene hambre. Se lo dejaré en su casa.

—No, no, ¿cómo lo va a dejar allá? Entrégueselo a la Natividad que ella me lo cuidará bien. Y no crea que por madrugar tanto, la justicia lo va a favorecer pronto. La justicia, don José Celestino, tiene pies de plomo. Y don Timoteo Castrillo, juez de paz, no es de los que proceden con la rapidez debida. Hay que tener suerte para encontrarlo en su casa. Siempre anda visitando a las tres queridas que se ha echado encima.

—¿Y qué hacemos, pues, señor?

—Esperar, don José Celestino, esperar. La paciencia es la llave maestra que regula todas las cosas en la vida. En verdad, ¿no quiere probar la chichita? Entonces tráigame mi regalo.

El viejo salió amargado; sacó de la alforja el cabrito y volvió para entregárselo a la chichera. La esperanza era ya para él como aquellos luceros que veía desaparecer del cielo cuando empezaban a cantar los chilalos.

—Se le agradece, don José Celestino —oyó que le decía el soñoliento tinterillo—. El animal está gordito. Se le agradece. Y vuelva mañana para lo del escrito, trayéndome, de paso, unos choclitos tiernos y unos huevos.

El anciano se alejó, rezongando por lo bajo: “*Tamién* quiere choclos y cascarones este zamarro. No sirve más que *pa* tragar, beber y hablar coju. . .”.

* * *

Al día siguiente regresó José Celestino con unos cuantos huevos y encontró en el mismo lugar al tinterillo. Había seguido bebiendo. El cerdudo cabello le caía por la frente. Su camisa mostraba residuos estomacales, sobre los que se posaban las moscas. Al reconocer al anciano le reprochó:

—Pero, señor mío, ¿no le dije que viniera mañana?

—Don Hermelindo, por la Santísima Trinidad, si el mañana de que me habla es hoy.

—No le entiendo.

—Usted me dijo que viniera el viernes, y viernes es hoy.

—¡Caramba, cómo pasa el tiempo! Ya habrá tomado su cafecito puro.

—Desde la madrugada, señor.

—Bueno, entonces “corte” la mañana con este anisado de primera.

Fiestas se agachó para coger la botella que escondía debajo de la mesa, la destapó con esfuerzo, y después de llenar un vasito, se lo alcanzó a José Celestino. Este, por no desairar al ebrio, bebió de un solo trago el aguardiente y le dijo:

—Ahora sí que nos vamos, don Hermelindo.

—No tendría objeto, señor mío. Es muy temprano y el juez no está en su casa. Acaban de informarme que su mujer lo anda buscando como loca. Le dijo que iba a un deslinde, y esta mañana se anotició que todo era una patraña. Vea usted cómo está de perdida la gente. Abandonar a la mujer para ir a revolcarse con cholas interesadas . . . aunque buenas-mozas . . .

—¡Maldita sea! — murmuró José Celestino.

—No tendría, pues, objeto presentar ahora un escrito. Se podría traspapelar en el juzgado.

—¿Y qué hacemos, pues, señor?

—Nada, nada.

—¿Cómo nada?

—Bueno, esperar, esperar. A la justicia no hay que presionarla mucho porque se calienta. Es una señora regalona y coqueta. ¿No le parece?

José Celestino perdió la calma. Pocas veces la perdía, pero ese hombre plagado de mañas, indiferen-

te y desconsiderado, le sacaba de quicio. Demudado por la ira le increpó:

—Usted será el causante de que yo no tenga al fin ni dos varas de tierra *pa* que metan mis huesos. ¿Por qué no vamos a buscar al juez de paz? ¡Muévase y vamos!

El tinterillo se sorprendió:

—Pero, ¿qué le pasa hoy, don José Celestino? ¿No comprende usted razones? ¿Qué culpa tengo yo de lo que le sucede? ¿O me está confundiendo con Escalona? ¡Barajo con el hombre! Ya le he dicho que hay que tener paciencia. Todo se hará a su tiempo. No faltaba más. Usted es intransigente. Quizás mañana podremos presentar el escrito. No; mañana, no; es sábado. Y al juez no se le ve la cara desde este día hasta el martes.

—¿Y entonces, señor?

—¿Entonces? Que se harán las cosas la semana que viene. Y ahora que me acuerdo, ¿me ha traído los huevos? Una tortilla con salchicha me caería bien.

El anciano mostró un destello de rebeldía:

—Si quiere los cascarones, salga y agárrelos.

Sin mucho titubear, el tinterillo salió a la calle dando traspiés y rebuscó ávidamente en la alforja blanca que colgaba de la enjalma de la burrita, en la cual encontró un depósito con huevos. Los contó varias veces —eran ocho— y se dirigió de nuevo a su mesa; pero en el trayecto tuvo la desgracia de tropezar con unas rajadas de leña y los huevos fueron a parar a varios metros de distancia, destrozándose completamente y sirviendo de alimento a los perros que merodeaban por la chichería.

José Celestino sonrió socarronamente, mientras Hermelindo Fiestas se lamentaba:

—¡Qué lástima! Y yo que me relamía por una tortilla. ¡Qué lástima! Y la Nati no me fía más. . .

■

* * *

La Encarnación se vió precisada a ir el martes a Catacaos en busca de Hermelindo Fiestas, porque su padre se hallaba enfermo. Lo había dejado tendido en su lecho como un muerto, los ojos cerrados, la cabeza rodeada de un pañuelo de colorines, temblando ligeramente bajo el poncho de lana. Había vomitado toda la noche líquidos amarillentos, que los perros se encargaron de eliminar.

La Encarnación tuvo más suerte que José Celestino. Halló en su casa al tinterillo, también bastante decaído, pero de tanto ingerir aguardiente. En ese momento bebía un emoliente de cebada, miel de abejas y pelo de choclo. La cabeza le dolía atrocemente.

—Soy la hija de José Celestino Yoveraqué —le dijo—. Vengo por lo del escrito.

—El escrito ya está.

—¡Gracias a Dios! ¿Se lo puedo llevar al juez de paz?

—Calma, señora, calma. Necesita todavía la firma de don José Celestino.

La mujer le explicó que su padre se hallaba con la salud quebrantada. ¡Qué hacer! Los años ya le pesaban. Y los continuos disgustos se encargaban de acentuar las naturales dolencias de su edad. Por eso había venido ella.

—Bueno —repuso Fiestas— dígale que se cuide y que cuando esté sanito venga por aquí para firmar, que será bien recibido.

La Encarnación puso el grito en el cielo. ¿Aguardar todavía más? La espera acabaría más bien con la salud de su padre, que ya no era sino hueso y pellejo. ¿Y no podría firmar ella por el anciano?

Hermelindo Fiestas explicó a la desesperada que era imposible hacerlo. Además, a la justicia no convenía apresurarla. Tal vez el interesado podría venir al día siguiente. Nuevas ausencias del juez de paz no se registrarían en esa semana, porque su esposa le había sacado a palos del nido secreto, y ahora no le permitía abandonar la casa. Y esto no era todo. Como le ligaba cercano parentesco con el gobernador, le había rogado que pusiese remedio a esas relaciones ilícitas, amenazando en alguna forma a la moza descocada que tenía embrujado a su marido.

—Ya ve usted, tenemos suerte —terminó el rábula—. Don Timoteo Castrillo no se moverá de su casa y todo saldrá a pedir de boca. Dígale, pues, a don José Celestino que no se preocupe; que guarde cama hasta que desaparezcan sus males, a fin de que pueda venir al pueblo sanito y lúcido.

—Pero, don Hermelindo —se le encaró la india—. Ya no se puede esperar más. Si esta vez no se toman medidas, don Escalona se robará toda la chacra. No lo dude. Mis hijos vieron ayer de nuevo a su mayordomo, rondando como un zorro. Si las cosas no se arreglan con papeles, yo las compondré metiéndole un balazo a uno de esos canallas. Esta ya no es vida.

—¡Por Dios y la Santísima Virgen, no hable así,

señora! Deje a un lado esas malas ideas, porque si usted las cultiva, terminará haciendo lo que piensa. Y por lo que aprecio, tiene usted un geniecito como el de su hermano Froilán. ¡Caramba! No complique las cosas. El escrito será presentado oportunamente. Tome en cuenta que le falta también la firma del doctor Valerio. Y mi ilustre colega, valgan verdades, cobra dos soles por estampar su . . . respetable nombre, y no he tenido cómo abonárselos. La plata vuela, señora, vuela.

—Si es por eso solamente, aquí tiene lo que necesita.

Y la mujer introdujo su nerviosa diestra en el corpiño y sacó un bulto con el dinero. Al tinterillo se le fueron los ojos tras él. Ya le había pasado el malestar y ahora ansiaba reconfortarse con chicha blanca, buena también para curar la irritación. “¡Qué estúpido he sido! —se reprochó—. ¿Por qué le diría a esta india que Valerio cobra sólo dos soles cuando le he podido sacar cinco? Ahora tendré que luchar para extraerle algo más”.

Pero, esta vez también, Fiestas volvió a equivocarse. Parecía que los Yoveraqués estaban hechos de otro barro. Eran generosos. La mujer le entregó siete soles, o sea todo lo que cargaba. La desesperación la inducía a ello. Quería llevarle alguna buena noticia a su padre.

Fiestas palpó las monedas, que todavía guardaban la tibieza del arcón donde habían estado guardadas, y le dijo a la Encarna:

—Ahora mismo voy a ver al doctor Sabino Valerio. Así que, para que todo esté listito, no faltará más que la firma de don José Celestino. Ya verá usted la

que le voy a armar al Escalona. Tendrá que morder el polvo. Le caerá la justicia como un mazazo en la nuca. No faltaba más. Ojalá, pues, pueda venir mañana su señor padre.

Apenas se fue la mujer a visitar a su hija Isabel, el tinterillo se puso el sombrero, echó llave a la puerta de su casa y se encaminó calle abajo, en busca de la chichería de la Patoja. A la Natividad le debía ya cuatro soles y no guardaba la intención de pagárselos todavía. Por otra parte, si el viejo sanaba de pronto y se le ocurría venir a Catacaos, no lo encontraría tan fácilmente. “Eres un vivo de cuenta” — oyó que le soplaba al oído un espíritu burlón. Y él asintió.

* * *

La enfermedad del viejo Yoveraqué iba para largo. Recrudescían los vómitos y el dolor de cabeza, y la fiebre no le dejaba un instante. Y menos las preocupaciones. ¿Cuándo podría levantarse para ir a firmar el escrito? Las fuerzas le abandonaban cada día más. El curandero opinaba que se le había “redamado la hiel”. La cantidad de líquidos amarillentos que arrojaba lo atestiguaba así. Había que esperar; esperar hasta sabe Dios cuándo.

Una mañana, la Encarnación bajó a la chacra y se dió de pronto con Froilán, quien montaba en la bestia de costumbre. La india consideró providencial el encuentro. Sin embargo, esgrimió el reproche:

—¿Qué haces por aquí, cholo del demonio? ¿Ig-

noras que la vez pasada estuvieron buscándote los gendarmes?

—Lo sé, porque los vi. Si hubieran seguido mis pasos los abaleo. Yo no entro en vainas. El que se mete conmigo las paga caro. Ya lo sabes. Y ojalá lo sepan también los ladrones de La Fraternidad. ¡Maldita fraternidad! ¡Perros!

Y escupió, asqueado por el recuerdo. Luego continuó:

—Me contaron en Lodazales el nuevo robo. Por eso estoy aquí. ¿Cómo está mi taita?

—Mal, muy mal. No levanta cabeza. Yo creo que de ésta no pasa.

—¿Tan maluco está realmente? Claro, cualquiera estaría lo mismo en su lugar. ¡Es horroroso! ¿Y se ha quejado al juez?

La Encarnación le explicó brevemente lo que sucedía, precisándole que la querrela judicial no se había entablado por la enfermedad del viejo. El escrito debía llevar su firma.

—¿Y por qué no viene para acá el tal Fiestas?

—Porque pasa el día en las chicherías y, además, no tiene la costumbre de salir del pueblo pa estas diligencias.

—¡Maldito indio!

Y sin despedirse de su hermana, Froilán picó espuelas y galopó hacia Catacaos por el camino real, sin preocuparse de nada ni de nadie. Si se le atravesaba algún gendarme, seguro era que no procuraría quitarle el cuerpo.

A poco estuvo en el pueblo. Enrumbó por la calle del Comercio, despertando la admiración de los po-

cos indios que transitaban por ella, y se detuvo frente a la casa de Fiestas, cuya puerta estaba cerrada. Hincó las espuelas al moro y lo hizo subir a la vereda y empujar con la cabeza las débiles hojas, que se abrieron de par en par. Al inesperado estruendo, el tinterillo avanzó a su despacho en calzoncillos, pálido y restregándose los ojos, creyendo ser víctima de una pesadilla. Jinete y caballo cubrían el cuadrilátero de la puerta, impidiendo el paso de la luz. Froilán le amenazó:

—Fiestas, le doy cinco minutos para que se vista y me siga.

Pero... ro... pe... pe... ro...

—No pierda tiempo ni intente alegar algo, que no lo tolero. ¡Vístase rápido o lo flagelo con el freno!

Todo confundido, el cholo empezó a buscar su ropa. Se puso primero la camisa, en seguida el pantalón; luego, sin acordarse de las medias, se calzó los zapatos de becerro pestilentes y groseros, y se enfundó finalmente en su chaqueta negra de lustrina.

—¿Ya? — inquirió Froilán, haciendo recular el moro.

—Ya, señor.

—¿Dónde está el escrito de mi padre, don José Celestino Yoveraqué?

—Aquí está, señor — repuso Fiestas, tomando el documento, sobre el que campeaba su estilizada letra de pendolista.

—¿Ya lo firmó el doctor Valerio?

—Pues si le digo la verdad...

—Conteste rápido: ¡sí o no!

—Oiga, don Froilancito, le diré que...

—¿No?

—Sabe, el doctor Valerio no estaba en su casa.

—Pero ahora debe estar allí, y le doy otros cinco minutos para que obtenga la firma de ese zamarro. Y cuidado con escapárseme, porque mi ojo y mi pulso no fallan. ¿Lo oye?

—Sí, don Froilancito, pero...

—¿Pero qué, c...?

—Valgan verdades, no tengo la plata para pagarle al doctor. Y él no firma nada si no le entregan los dos soles.

—Aquí tiene usted más de lo que necesita. Y le repito, cinco minutos. Ya sabe. Valerio vive a un paso de aquí.

Fiestas tomó su sombrero pingoso y salió corriendo, mientras Froilán le seguía en el caballo. Llegó a la esquina y desapareció por una estrecha puerta que conducía a una escalerita apolillada y sucia, irrumpiendo a poco en el despacho del abogado, quien se hallaba en una mecedora con media sandía entre las manos. Acezante y tembloroso, Hermelindo Fiestas le extendió el papel:

—¡Doctor, doctor, firme, firme!

Sabino Valerio, que era un hombre ceremonioso y atildado, cualidades con las que encubría sus innumerables mañas, dejó el resto de la fruta en una mesa y se puso de pie:

—¿Qué le sucede, colega? Su rostro y actitud me sorprenden.

—Firme, doctor, firme.

—¿Pero cómo voy a estampar mi firma en un documento que no he leído?

—Se trata de un escrito corriente, dirigido al juez. ¡Firme! Aquí tiene los dos soles.

Valerio se intrigó aún más, poniendo en mayores aprietos al otro. Colocóse los anteojos en la nariz, cogió el escrito y empezó a leerlo detenidamente. Fiestas temblaba:

—Doctor, firme, por Dios. Piense que sólo dispongo de cinco minutos, y ya deben haber pasado cuatro. ¡Firme!

—¡Ah! —exclamó el letrado al acabar de leer— ¿Pleitos con don Eustaquio Escalona? Malo, malo. Me quiere usted comprometer. Esto es grave. Bien sabe usted que guardo especial aprecio por el propietario de La Fraternidad. No me conviene esta causa.

—Si usted sólo firma.

—Precisamente por eso. Aparecería yo como el defensor del indio. Esto no tiene vuelta de hoja.

—¡Firme, doctor! —le rogó Fiestas, limpiándose el sudor que le corría por el flácido cuello—. Firme. Mi vida peligra.

—Así es —afirmó la abaritonada voz de Froilán Yoveraqué, que había subido sin que lo oyeran.— Hágame el favor de firmar, doctor Valerio. No tengo tiempo qué perder. Podrían aparecer los gendarmes y entonces tendría que verme precisado, muy a mi pesar, a convertir este altillo en trinchera. Firme, doctor.

—Pero, señor y amigo, ¿podría siquiera saber con quién tengo el gusto de hablar?

Hermelindo Fiestas se adelantó a contestar:

—Es Froilán Yoveraqué, el brazo derecho del cura Chumán.

—¿Qué? —se alarmó el letrado, mientras se le

caían las gafas, las cuales quedaron sujetas a la extremidad de un cordón negro—. Pero...

—Doctor —insistió Froilán— como dispongo de escaso tiempo, disculpe que le señale sólo medio minuto para firmar.

Valerio recurrió a sus últimas reservas de valor:

—¿Y si no firmara?

—Le iría a usted mal.

Fiestas advirtió al rábula:

—Colega, peligra su vida. Este hombre es capaz de todo. Defiende lo suyo y, de paso, su propia existencia. Comprenda.

—Si es así, no tengo inconveniente en atender este caso de fuerza mayor, aunque me enemiste con el señor Escalona — claudicó Valerio, acercándose a su mesa de trabajo y estampando su firma.

—Perder la amistad de un ladrón no es ningún delito —gruñó el guerrillero—. Hasta luego.

Y después de coger el escrito, bajó la escalera con Fiestas, el que, creyendo terminada su misión, quiso volver a su tugurio, pero Yoveraqué le detuvo:

—Amiguito, no se me escape. Suba al anca del moro.

—¿Yo, don Froilancito? ¿Para qué?

—Para que me acompañe al rancho de mi taita.

—Con mucho gusto, señor, pero iré en otra bestia. Alquilaré una. Su caballo me parece muy brioso, y yo, en verdad, soy poco expedito en equitación.

—¡Monte rápido!

—Oiga, don...

—¡Monte!

—¿Y si me tumba el animal?

—Mejor es que lo tumbe el animal y no yo. Monte y no tenga miedo.

El tinterillo no tuvo otro recurso que cabalgar a la grupa del moro, el que respingó nervioso, arrancando a media rienda, calle abajo.

* * *

Sintiendo todavía las asentaderas doloridas, Hermelindo Fiestas empezó a leer el recurso al desfallecido anciano. Su voz era un tenue susurro. “Señor juez de paz: José Celestino Yoveraqué, ante usted me presento y digo, que mi vecino, don Eustaquio Escalona, ha invadido ciento cincuenta varas de mi chacra, que es colindante con su hacienda . . .”.

El enfermo intentó incorporarse para oír mejor. Entonces Froilán, interpretando el deseo de su padre, exigió al lector:

—Alce más la voz, hombre. ¿Que está maluco del *guargüero* o es que tiene miedo? Temor sienten sólo los que proceden mal, y usted es honrado. Y si no lo es, en esta ocasión lo será.

—Don Froilancito, no me juzgue mal. Es el aire del camino el que me ha malogrado la garganta. Como usted venía volando . . .

Y siguió leyendo el escrito, en el cual se solicitaba del juez una inspección ocular.

El viejo encontró de su agrado la redacción del documento y, con gran trabajo, garabateó su firma. Después suspiró y tendióse de nuevo como si el esfuerzo lo hubiera desmadejado. Fiestas cobró ánimo y aconsejó:

—Como don José Celestino no posee títulos de su propiedad, conviene que presente dos testigos de más de sesenta años el día de la inspección ocular para que declaren al juez cuáles son los legítimos linderos de su chacra. Esto es esencial. No lo olviden, pues. Y ahora, me voy. Ustedes me indicarán la forma de llegar a Catacaos, porque don Froilán no ha de pretender llevarme en su moro ni yo deseo meterme en una nueva aventura.

—Estamos de acuerdo —repuso el guerrillero—. Ya los gendarmes andarán siguiéndome el rastro. Y no quiero darles la oportunidad de quemar cartuchos.

La Encarnación intervino:

—Don Fiestas puede irse con uno de los muchachos en la burrita de mi taita.

El tinterillo aceptó de buen grado la sugerencia y se puso en camino al poco rato, no sin antes recibir de Froilán unos soles más a cuenta de honorarios y una docena de huevos de manos de la Encarnación.

El guerrillero se despidió del anciano y de su hermana y se fue al galope por una senda que él sólo conocía, ansioso de reincorporarse a la montonera, a la que había abandonado tres días antes.

Pocas esperanzas acariciaba de ver pronto a su padre. Sabía que los gendarmes de la región se habían empeñado en darle caza, acicateados por el Prefecto, que no podía dormir tranquilo, debido a la serie de articulillos que aparecían a menudo en El Sol, dando cuenta de la presencia del temido hombre en diversos puntos y criticando la desidia de las autoridades.

Antes de atravesar el río, Froilán recorrió con la vista el negruzco y zigzagueante lindero, que mutilaba

su chacra cruelmente, y le dió ganas de llorar. La rabia se le enroscaba en el alma. Luego, sin poderlo evitar, volvió el rostro hacia el lado sur, donde se extendían los sembríos de Escalona, y escupió la ferocidad de su rencor:

—¡Malditos perros!

II

Eustaquio Escalona se paseaba nervioso por el corredor de su casa, oteando con inusitada frecuencia el camino que partía en dos su enorme plantación. Hacía una hora que aplanaba el piso con sus inmensos pies, base firme de los ciento veinte kilos de carne y huesos que servían de envoltura a su espíritu complicado y retorcido. Los peones que descansaban en la ramada temblaban de inquietud observando su torvo ceño, en el que vagaba la cólera. “¡Canalla, mil veces canalla! —rezongaba, torciendo la boca—. Me las pagará, me las pagará el muy farsante y mentiroso. ¡Lo exterminaré como un bicho maligno!”.

La incontrolable excitación del hacendado de La Fraternidad la originaba el hecho de que Timoteo Castriello, juez de paz de Catacaos, le había citado para el viernes próximo, a las nueve de la mañana, en el lindero en litigio. Pero, ¿qué había conseguido entonces su mayordomo? ¿Acaso no había sobornado al juez para que detuviera indefinidamente la inspección ocular solicitada tres meses antes por José Celestino, como se lo prometió?

Finalmente a mediodía, cuando ya sus piernas se resistían a moverse más, Escalona vió venir a Garrote, haciendo caminar a su caballo lentamente. En-

tonces corrió hacia el portón de barrotes de algarrobo y se plantó allí, los brazos en jarras, los ojos afiebrados, la papada temblorosa. El mayordomo se dió cuenta de que su patrón le esperaba y picó espuelas. Pronto estuvo a su lado, la mirada interrogante, el gesto servil:

—¿Le pasa algo, don Eustaquio?

—¿Todavía me lo preguntas? ¡Eres un bellaco, un canalla, un perro! ¡Baja, ca. . . !

Descabalgó Garrote y siguió a Escalona hasta el escritorio, imaginando cómo podría detener su furia. Pero no bien traspuso el umbral se sintió cogido de las solapas de su chaquetón y sacudido brutalmente. A pesar de su temor, tuvo ánimo para inquirir:

—¿Por qué me trata así, señor, si no le he dado ningún motivo?

—¿Que no me has dado ningún motivo? ¿Entonces te parece poco el haberme engañado como a un infeliz, afirmando que lograrías obstaculizar la inspección ocular?

Garrote intentó sonreír:

—¿Eso lo alarma tanto, señor?

—¿Te parece poco?

—Perdone que le diga que usted no aprecia ni comprende debidamente mis planes. Detuve oportunamente la acción para ganar tiempo, mandándole decir al juez que mejor no se inmiscuyera en los asuntos de La Fraternidad. Pero después tuve que expresarle personalmente la conveniencia de proceder de acuerdo con la ley, porque la parte contraria había ya resuelto valerse de otros medios peligrosos para nosotros.

Creí, pues, más cuerdo que Castrillo practicara la inspección ocular y no el juez de Piura.

—Pero, de todos modos, estoy en la estacada. Has debido comprarte al indio papeluchero de Fiestas y no fuetearlo como lo hiciste delante de tanta gente.

Garrote comprendió que Escalona estaba en la razón y recurrió a nuevas promesas:

—Señor don Eustaquio, no se preocupe. En tres meses he tenido tiempo de preparar las cosas. Déjeme a mí este asuntito.

El hacendado volvió a la carga. Las explicaciones de Garrote no le convencían:

—¡Canalla, mil veces canalla! Me vas a hacer mandar a presidio. Haces todo como te da tu real gana, sin consultarme siquiera. Lee, lee la notificación del juez. El viernes se eclipsará mi prestigio, mi fama de hombre honrado. Y todo por ti. Me has tendido una celada. Pero no te olvides que si se nos voltea la suerte, primero has de perecer tú. Y de mala manera.

—No me asuste, señor, no me asuste. ¿Para qué esos brinquitos si el piso está parejo? El viernes me llamará usted para decirme: “Torcuato, te debo mayor felicidad y riqueza”.

Escalona se fue calmando. Cuando su mayordomo hablaba con tanta seguridad, lógico era que tendría todo preparado para triunfar mediante un golpe maestro. Talento no le faltaba. Lo había puesto de manifiesto en varias oportunidades. Y cinismo tampoco. Con tales armas podría resolver el problema más complicado. Pero, no obstante estas apreciaciones optimistas respecto a las condiciones de su mayordomo, el hacendado tornó a desconfiar:

—Tú has debido comprarte a Fiestas.

—Señor, lo intenté, pero el cholo empezó a urdir mentiras y a faltarme el respeto. Perdí la paciencia y le apliqué varios chicotazos para que aprendiera a guardar consideración a las personas decentes.

—Tampoco has actuado bien con el juez.

—Señor, Timoteo Castrillo es el individuo más escurridizo que conozco. Uno no sabe nunca con lo que va a salir cuando se le pregunta algo. No dice ni sí ni no. Hace una mezcla diabólica de la afirmación y de la negación que desconcierta. Y para no resultar peleando con él, mejor es tratarlo poco.

—Yo te creía más astuto que Castrillo.

—Es que, en este caso, el juez tenía la sartén por el mango y . . .

— . . . la tiene todavía. No lo puedes negar.

—Por eso se hace el importante. Quiere sacar mayor ventaja.

—¿Y crees que José Celestino tenga ánimo para asistir a la inspección ocular?

—El viejo está muy mal. No sale de su rancho para que no se lo lleve el viento. Dentro de muy poco el diablo cargará con él. Precisamente el teniente gobernador de Lodazales me dijo que se halla más en la otro vida que en ésta. Ya se le va la cabeza. Es natural. A su edad . . .

Eustaquio Escalona consultó su reloj: la una. Hora de almorzar. Giró sobre los talones y se encaminó al comedor, mientras Garrote, humillado de nuevo, salía rezongando de aquel maniático, cuyos insultos y vejámenes toleraba por táctica, acariciando un plan de carácter sentimental, imposible de realizar sin

las ventajas que le proporcionaba su condición de mayordomo de La Fraternidad.

* * *

La certeza de que se llevaría a cabo al fin la inspección ocular reconfortaba al viejo José Celestino. Ya podía levantarse y tomar el sol a la puerta de su rancho, aunque a veces los vientos fríos lo obligaban a volver a su lecho. Hermelindo Fiestas le insuflaba también ánimo cada vez que iba a verlo. Porque el tinterillo se había transformado. Y no por miedo a Froilán, que lo suponía a muchas leguas de distancia o quizás bajo tierra después del desastre sufrido por el cura Chumán, sino por vengarse de Torcuato Garrote, quien, públicamente, lo había azotado en la chichería de Ña Natividad. Esta terrible ofensa, que todavía le escocía las espaldas y el alma, le comunicaba tal ardor para desenmascarar ante la justicia a Escalona y al otro, que no cesaba de emplear todos los recursos de su fantasía para conseguirlo.

En la mañana del miércoles visitó de nuevo a José Celestino para preguntarle si ya contaba con los dos testigos, mayores de sesenta años. El viejo le informó que, desde hacía días, había encomendado la búsqueda de ellos a Salvador Chotera, porque la mayoría de sus antiguos vecinos y amigos se hallaba en Lodazales por haber vendido sus tierras antes que se las robaran.

Fiestas se inquietó:

—Esto es grave, don José Celestino. Ya debía usted contar con la seguridad de que dos testigos, que

reúnan los requisitos del caso, se presentarán el viernes por la mañana.

—Pero es que el cholo marrajo de Chotera tiene la cabeza no sé dónde y se habrá olvidado quizás de buscarme a Manuel Santos Ancajima y a Rosendo Chutuco, que tienen los años que yo y que conocen los linderos de mi chacra como la palma de la mano. Hoy debía haber ido al caserío la Encarna, pero la pobre se encuentra postradita con una punzada en la espalda, que no la ha dejado dormir.

—Por San José y la Virgen, don José Celestino, si no se presenta usted el viernes con los dos testigos, estamos reventados.

El viejo se lamentó:

—Si por lo menos estuviera aquí mi Froilán . . .
¿Quién va a ir ahora a buscar a esos cholos?

A la mente del tinterillo saltó una idea:

—Yo, señor, yo. Présteme su burrita e iré.

Uno de los hijos de la Encarnación ensilló en un momento la bestia, y Fiestas se encaramó en ella como pudo. Luego la taloneó con vigor y en media hora estuvo en la casa de Chotera, desde cuya puerta llamó a gritos:

—¡Don Salvador, don Salvador!

Salió uno de los ayudantes y le dijo que el teniente gobernador se hallaba en la hacienda de don Félix Camacho, persiguiendo a un ladrón. El tinterillo sentóse en una banca y esperó. Un puerco gruñía en el chiquero; varias gallinas de plumaje dorado recorrían la casa. En el corral, bajo una ramadita de hojas de cocotero, dormía un indio preso, tendido sobre la tierra fangosa, las piernas sujetas por los maderos del ce-

po. Era una de las tantas víctimas del terrible teniente gobernador.

Fiestas sabía, como todas las gentes de la comarca, que Salvador Chotera había resultado la autoridad más rígida e intransigente desde la época de la Colonia. Los habitantes de Lodazales y de sus alrededores andaban escamados. Les había tocado en suerte una cuña del mismo palo. Los castigos que les imponía, como multas y retención en el cepo, eran frecuentes. Escasos lodazoleños escapaban a ellos. Y esto no era todo. Las disposiciones más extrañas suscitaban cotidiano enojo en el caserío.

Al alba, el cholo mandón montaba en su mula canela y recorría Lodazales y sus aledaños, incursionando a las diez por las chacras lejanas y hasta por los dominios de don Félix Camacho. Si llegaba a su conocimiento, por ejemplo, que un indio se había embriagado la noche anterior, le castigaba veinte y cuatro horas en el cepo. Si descubría que otro le era infiel a su mujer, le imponía dos soles de multa la primera vez, aumentándole la pena progresivamente en las reincidencias. Igual castigo padecía quien dejaba de ir a Catacaos los domingos para oír misa, aunque él se permitía faltar a menudo como si le resguardara una Bula papal.

Las faltas de respeto a su autoridad las consideraba Chotera de mayor gravedad, y en estos casos aplicaba o hacía aplicar al *delicuyente*, como él decía, de tres a veinte azotes.

El mismo hacendado de Orejanos, hombre de carácter apacible, no ocultaba su desagrado por las intransigencias y abusos del teniente gobernador. In-

fortunadamente, estaba invalidado para eliminarlo del cargo debido a su enemistad con el Prefecto, quien lo suponía, con sobrada razón, desafecto al gobierno. Hasta lo acusaba de haber protegido a las huestes del cura y de otros guerrilleros que habían ambulado tiempo atrás por el despoblado de Olmos.

Constante en su afán de quitarse de encima a autoridad tan inapropiada, don Félix Camacho se había valido en repetidas oportunidades de amigos influyentes para lograrlo, pero todos sus esfuerzos resultaron infructuosos. El Prefecto, a pesar de conocer los abusos y despropósitos de su subalterno, los toleraba y aprobaba risueñamente, enviándole oficios encomiásticos sobre “su labor efectiva, comprobada por mi Despacho”. Esta clase de elogios, poco o nada sinceros, conmovían a Salvador Chotera, incitándole a acentuar su rigor, sobre todo contra los enemigos del régimen.

No hacía mucho que el teniente gobernador había cometido una de sus mayores tropelías. Supo que el Ministro de Gobierno recomendaba mayor celo a las autoridades “a fin de segar las cabezas de la hidra revolucionaria”, y, sin autorización alguna, se apresuró a detener a dos empleados de Orejanos, adictos políticamente a Camacho, y conducirlos amarrados a Piura, no sin antes multarlos con cuatro chivos, dos de los cuales balaron ese mismo día en el corral de la Prefectura.

Los indios refunfuñaban encolerizados. Sabían hasta la saciedad que muchos hacendados de la región manifestaban siempre inclinaciones al abuso, lo cual ya no les alarmaba. Ley de Dios era que los blancos fuesen malos, salvo escasas excepciones como la de

don Félix Camacho. Pero que uno de los suyos los tratara con tanta dureza, eso les resultaba intolerable. Hasta opinaban que tal vez Chotera descendía también de algún blanco. ¿Y por qué no podía ser así cuando el abuelo del propietario de Orejanos había dejado tantos hijos con otros apellidos, regados por la comarca?

No les faltaba razón a los indios de quejarse. El régimen de azotes, cepo y multas, además de vulnerar su calidad de hombres libres, les ponía a menudo en penosas condiciones, con las carnes estropeadas y los huesos doloridos.

Lo que más intrigaba a los lodazaleños era el destino que daba Chotera a las multas. Uno se atrevió cierta vez a preguntárselo socarronamente y la respuesta surgió rápida:

—¿No sabes, indio animal, que las *empleyo* en *refacionar* la gobernación? ¿O no tienes ojos? Un pueblo como éste debe tener una *güena* gobernación, tan *güena* como el teniente gobernador.

Mas esta explicación no convenció al curioso, ni a los que la conocieron después por su intermedio, puesto que la casa de la gobernación era la del mismo Chotera. Sin embargo, callaron, sabiendo que un comentario sobre el asunto les costaría dos soles o un día en el cepo.

Lo más inconcebible en la función administrativa y política del teniente gobernador era el prurito de inmiscuirse en la vida privada de todos. Las gentes temblaban cuando detenía su mula a la puerta de sus ranchos, pues no resultaba extraño que le oyeran esta suerte de reproches, amenazas o recomendaciones:

“Juan Calixto, ¿qué le has dado a tu mujer que se ha *güelto* machorra? Todavía no la veyo preñada”; o “Sebastián, si sigues tirando la plata en la chichería de la Paula, te voy a clavar una multa”; o ésta otra: “Pedro, ya es tiempo de que le busques hombre a tu María. Mándamela a mi chacra para aconsejarla”.

El buen deseo de aconsejar a las mozas desesperaba a los indios, porque sabían de sobra que Chotera disfrazaba así sus inconfesables propósitos y que sus ejemplos demostrativos en pleno campo eran poco edificantes.

Al filo del mediodía regresó el teniente gobernador. Su mula sudaba a chorros. Le seguía el otro ayudante sobre un burro negro, tirando de un cabestro, del cual pendía un indio fuertemente amarrado de los brazos, que tenía la camisa llena de desgarrones y manchas de sangre, y el rostro sudoroso y afligido.

—Aquí está, pues, el *delicuenta* —le dijo al ayudante que cuidaba la gobernación—. *Pa* que veas que conmigo no se iba a jugar como suponías tú. Salvador Chotera es Salvador Chotera —y luego, dirigiéndose al preso—. Ahora me la pagarás, indio zamarro, roba melones, *pa* que no te metas otra vez con la autoridad. Estarás dos días en el cepo, pagarás cuatro soles por la fruta robada y te aguantarás a media ración de camotes y agua. Y date por bien servido.

Hermelindo Fiestas salió a la calle, precisamente cuando Chotera desmontaba, y pudo observar la escena, comprobando con un solo ejemplo lo que había oído respecto a los métodos expeditivos empleados por aquella autoridad ruda e inhumana. Disimulando su desagrado, exclamó:

—¡Caramba, qué presa trae usted, señor mío!

Complacido Chotera de que alguien de Catacaos apreciara de cerca su labor, repuso:

—Pues ya me ve, amigo Fiestas: luchando por limpiar de ladrones esta zona *pa* que vivan tranquilas las gentes honradas, aunque honradas hay muy pocas por aquí.

—¿Y qué ha hecho ese hombre, don Salvador?

—Un gran delito. Figúrese que tuvo el atrevimiento de entrar a mi chacra y robarme cuatro melones. Si no será *pa* aplicarle un buen *corretivo*. ¿Y qué vientecito le ha empujado a usted hasta aquí? ¿Alguna queja que presentar?

—Nada de eso. Vengo sólo a recordarle lo de los dos testigos que necesita su pariente Yoveraqué.

—¡Cómo! ¿Todavía alienta el viejo?

—Gracias a Dios, sí. El viernes tendrá lugar la inspección ocular y necesitamos a Manuel Santos Ancajima. . .

—Ese indio reviejo ya no vive por aquí. Lo largué porque era *revecero* y me estaba moviendo a la gente.

—¿Dónde se le podría encontrar?

—Se ha ido a *Corocotillo*.

—¡Ah! A Querecotillo. ¡Qué mala suerte!

—¿Y Rosendo Chutuco?

—Ese está en su casa, pero no puede andar bien ni de aquí al río. Tendrían que darle un *piajeno*.

—Debe ir de cualquier forma. Pero ahora necesito otro testigo. ¿A quién me recomienda?

Chotera se descubrió, barrióse luego con el índice el sudor de la frente, donde el sombrero había de-

jado una línea rojiza, y se puso a pasar lista a los diez o doce indios viejos del caserío:

—¿Casimiro Huertas? Ese no. Es como un forastero. ¿Angel Sulipaqué? Tampoco. No ha vivido de joven por aquí. ¿El tuerto Gamaniel? ¿El serrano Mauricio? ¿El potroso Toribio Sernaqué? Este, este. Tiene la edad de don José Celestino y ha nacido en mi *jurisdicción*. Hoy lo veré, lo mismo que al otro, y el viernes tendrá usted a los dos viejos en la chacra de mi pariente. Pero le *alvierto*, don Hermelindo, que don José Celestino la lleva perdida. Al blanco Escalona se le ha ocurrido apropiarse de su chacra, y se apropiará de ella. Es como cuando a uno se le mete en la cabeza la *ideya* de alzarse con una palomita tierna, pues se la lleva con plumas y todo. ¿No es cierto?

—Ya veremos, don Salvador. Todavía le falta pronunciarse a la justicia, aunque . . .

Chotera le interrumpió:

—Lástima que este asuntito no sea de mi *jurisdicción*, porque de lo contrario el blanco salía mal parado. Le aplicaría la ley, porque yo soy la ley.

—Así lo he sabido.

—Nada de *papeleyos* ni de cosas. Cepo, chicotazos y multas. Así todo el mundo anda derechito. ¿No le parece? Por ejemplo, ¿ve usted ese indio piojoso que me he traído de Orejanos? Pues me robó hace dos semanas . . .

—Ya me lo dijo usted.

—A la autoridad no se le interrumpe, don Hermelindo —protestó el teniente gobernador—. Pues como le decía, me robó hace dos semanas unos melo-

nes. Le seguí el rastro y descubrí que había tirado *pa* la hacienda del blanco Camacho que, como usted sabe, es enemigo del supremo gobierno y protector de todos los pícaros de mi *jurisdicción*. Pues lo *pastié* y lo *pastié* hasta que cayó en mis manos *vivito y coliendo*.

Por decir algo, Fiestas formuló una pregunta de su oficio:

—¿Ha confesado su delito?

—Qué cosas las tuyas, don Hermelindo. ¿Y cuándo lo hacen estos pícaros? Tampoco me importa que confiesen su *delicuencia*. Yo sé cuando uno es ladrón o cuando no lo es.

—¡Caramba! Qué suerte la tuya. Posee usted instinto adivinatorio.

—Así es. Y cuando me falta me consulto con don Saturnino. Si mi pariente Yoveraqué se hubiera visto con él, como se lo aconsejé, a estas horas tendría ya de nuevo su chacra. Pero el viejo no quiso oírme. Por eso le pasa lo que le pasa. Cosas de los años. Pero *dentre*, don Hermelindo, *dentre*, que aquí quema el sol, y necesito *tamién* meter en el cepo, de pies y manos, a este ladrón melonero.

—Que sea sólo de los pies, don Salvador, pues se le puede quedar en el cepo. . .

A Chotera se le subió la sangre:

—Se le agradece el consejito, amigo, pero le recomiendo que en el futuro no se meta en los asuntos de mi autoridad. Usted puede torcer la justicia con *papeleyo*, pero no con consejitos.

—Me permití decírselo porque este cholo parece tísico. ¿No ve que sólo es hueso y pellejo?

—Don Hermelindo, se lo repito, no se meta a pro-

teger el vicio y el delito. Usted está hablando con el teniente gobernador de Lodazales. Yo soy *incorrutable* y sólo dependo del *Prefeto*.

Comprendiendo Fiestas que persistir en su propósito de defender al preso significaba perder la ayuda de Chotera para el envío de los testigos, cambió de tema:

—¿Cuándo comienza las obras en el pueblo?

—Prontito, prontito, aunque estos cholos piojosos no tienen buena voluntad *pa* soltar la plata y construir nuevas casas de adobe. Pero el supremo gobierno nos dará una manita. Así me lo ha hecho saber mi compadre Puertas, *diputau* por la provincia. Espero sólo que me lo escriba para prender *juego* a todos estos ranchos sucios, llenos de alacranes y *morciélagos*. ¿Ve usted esa calle de allá?

—¿Cuál?

—Bueno, todavía no hay nada ahí, pero cuando esté con sus casas de dos pisos se le bautizará con el nombre de “Teniente gobernador don Sebastián Chotera”. El *Prefeto* será el padrino. Pero *dentre*, don Hermelindo, *dentre*.

En seguida dispuso el teniente gobernador que pusieran en libertad al preso que se hallaba en el cepo y que lo reemplazaran con el ladrón de los melones, orden que cumplieron rápidamente los ayudantes, a quienes recomendó luego que notificasen a los dos ancianos para que “el viernes por la mañana se presentaran en la chacra de don José Celestino Yoveraqué a fin de que reconocieran los viejos linderos”. Y que tuviesen cuidado de no equivocarse, porque de lo contrario les caería el peso de la ley.

De la cocina escapaba un olorcito de fritangas que incitaba la salivación de Fiestas, cuyo estómago gritaba desde hacía rato.

Adivinando el hambre que lo devoraba, Salvador Chotera lo invitó a almorzar. Y ambos se entregaron a comer febrilmente las zarandajas con arroz, la carne en adobo y los plátanos verdes con cecina, de todo lo cual repitieron, rociándolo con chicha, que nunca faltaba en la gobernación, pues la autoridad imponía a cada expendio, como impuesto especial, un cántaro de este producto cada vez que lo elaboraban.

Durante el largo y opíparo almuerzo, el teniente gobernador abusó de su condición de invitante para esbozar con vivos colores y exageraciones pintorescas sus planes económicos y administrativos. Se sentía con mayores prerrogativas y atribuciones que un jefe de tribu o que un patriarca de la antigüedad. Pretendía hasta renovar las costumbres, regir el destino de cada ciudadano de su jurisdicción, convertir su palabra en ley. Pero lo que más le interesaba era que todo Lodazales volcara su reconocimiento y adhesión al gobierno, como lo hacía su compadre, el diputado Puertas. E igualmente el Prefecto, al que veneraba servilmente, colmándole de regalos y prometiéndole unificar el pensamiento político de los habitantes de la comarca, a pesar de que ninguno de ellos se ocupaba de lo que acontecía en el país.

A uno de los que más odiaba el teniente gobernador era a Froilán Yoveraqué, no solamente porque había sido víctima de sus brutales golpes en pasados años, sino también por sus ideas políticas.

—Este maldito Froilán le hace daño a su pobre taita con sus correrías y maldades —le dijo al tinterillo—. ¿Cómo quiere usted, don Hermelindo, que los jueces le hagan justicia al viejo cuando saben que el hijo no es partidario del supremo gobierno?

—La justicia es ciega, don Salvador —le respondió Fiestas, poniendo de nuevo en peligro la inspección ocular.

—El ciego es usted —se irritó Chotera—. Las autoridades pertenecen al supremo gobierno, las tropas, al supremo gobierno, los jueces, lo mismo. ¿Entonces? Si les paga el supremo gobierno, tienen, pues, la obligación de defender al supremo gobierno. Y el que no lo entiende así es más bruto que un jumento, perdonando la mala palabra. Don Timoteo Castrillo, juez de paz de Catacaos, tiene la obligación de ayudar a los amigos del gobierno. Y don *Ustaquio* Escalona es amigo del *Prefeto* y del *diputau* y, por lo tanto, del supremo gobierno. ¿Me entiende?

—Sí, don Salvador —se apresuró a asentir el tinterillo—. Usted convence a cualquiera. El día que me aburra Catacaos, sentaré mis reales por aquí. Y lo primero que haré será mandarme construir una casa en la calle “Salvador Chotera”.

—“Teniente gobernador don Salvador Chotera”, dirá usted.

Por el pasadizo que desembocaba al corral, Fiestas veía al indio preso. De acuerdo con la orden recibida, los ayudantes le habían sujetado pies y manos en los agujeros del aparato, colocándole en una postura lastimosa, todo él arqueado, con un brazo a más de un metro del otro, al igual que las piernas. Por la

mueca que se cuajaba en su faz, el tinterillo dedujo que sufría mucho y, compadecido de su estado, preguntó mañosamente a Chotera:

—¿Cuántas horas tendrá usted en el cepo a ese ladrón?

—¿Horas? Dos días.

—Pues al cabo de ellos no sacará del cepo más que un cadáver.

—Ya le he dicho, don Hermelindo, que no ponga tropiezos a la justicia. Si una vez más me falta usted con sus palabras le aplicaré la multa correspondiente. Vaya, señor, con la gente que no tiene otra preocupación que meterse en cosas ajenas.

Fiestas se calló y, al poco rato, se fue.

* * *

En lo alto de la madrugada, un rayo de luna se deslizó furtivamente por un hueco del tejado, amortajando a José Celestino, cuyo rostro adquirió aspecto de pergamino antiguo. Presa de inquietud, el anciano abrió los ojos. Buena parte de su rancho se hallaba también invadida por ese suave fulgor nacarado. “Ya se acerca el día y debo levantarme —pensó—. Mejor es estar en el lindero antes que el juez”. Y esa vez, sin ningún esfuerzo, retiró el doble poncho de lana que le cubría y empezó a erguirse. Giró lentamente, dejando al aire las canillas flacas, y quedó sentado en actitud meditativa. Luego cayó en la cuenta que el gallo de su corral no cantaba todavía y dijo irónicamente: “¿Que se habrá olvidado de gritar el maldito?”.

Pero la Encarnación, que no había podido pegar los ojos, sacó al viejo de su confusión mental al oírle hablar:

—Duerma, taita, que todavía es de madrugada. El gallo lo despertará más tarde.

Como sorprendido en falta, José Celestino volvió a tenderse en la barbacoa, pero no durmió. El canto claro y sonoro del ajíseco lo encontró despierto. Incorporóse otra vez y se puso uno de los ponchos que le servían de frazadas. Se calzó en seguida las usutas de cuero de vaca y se fue a la cocina, donde su hija le preparaba ya el café. La primera preocupación empezó a turbarle:

—Encarna, ¿crees que no se quede dormido don Hermelindo? ¿Qué haríamos sin él?

—*De juro* que no. —le afirmó la mujer, a pesar de estar segura de lo contrario. ¡Tan informal era Fiestas!

Sin embargo, ambos se equivocaron. La llama del rencor mantenía alerta al papeluchero. A las seis, cuando ya el sol, como una gigantesca moneda cobreña afilaba su canto en los cerros lejanos, apareció en una mula de largas orejas, de aquellas nacidas del cruzamiento de caballo y burra. La había alquilado en dos soles a un indio de las afueras de Catacaos.

Al viejo le volvió el alma al cuerpo, pues la ausencia del tinterillo lo había tenido inquieto.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó al verle—. Lo he esperado desde temprano.

—¿Y por qué desde temprano?

La Encarnación terció:

—Mi taita creía que usted no iba a venir. ¡Como es tan dormilón!

—A veces, a veces. ¿Y dónde están los testigos?

José Celestino los había olvidado, creyendo que su salvación dependía únicamente de su defensor. Preocupado dijo:

—Pues esos indios no han venido todavía. Ramoncito —volvióse a uno de sus nietos—. Aguaita si llegan.

—¿Quiénes, *agüelo*?

—¿Quiénes van a ser, pues?: Los testigos.

El muchacho no quiso preguntar más y salió del rancho sin saber a quienes se refería su abuelo.

Ya con el sol en pleno viaje a las alturas se desovillaron los perros en la cocina y escaparon del rancho, ladrando a dúo. Ramoncito gritó desde la talanquera del corral:

—Ahí vienen dos cristianos.

—Ellos han de ser — se alegró la Encarnación.

Con la boca llena de camotes, Hermelindo Fiestas se plantó en la puerta y distinguió a los viejos. Daban la impresión de dormir sobre sus burros.

—¡Son ellos, son ellos! —exclamó la mujer, entreabriendo las elásticas varas de pájaro-bobo de la quincha.

Un toque de alegría bruñó las facciones de José Celestino. Había reconocido a sus coetáneos.

—Si son el potroso Toribio Sernaqué y Rosendo Chutuco. ¡Qué reviejos que están!

Subieron la loma los dos ancianos y se aparearon frente a la puerta del rancho.

—Meternos en estos trajines —dijo Sernaqué—. Si ya no servimos *pa nada*.

Chutuco coincidió con la opinión:

—Tienes razón, hombre. Y si no es por el maldito Chotera, no me tiro hasta ca. Mis huesos ya no dan de sí.

Al oírlos, José Celestino les regañó:

—No se quejen, vejestorios, que de Lodazales acá hay un pasito. Y los que han andado son los *piajenos*.

Mientras tomaba el desayuno, Hermelindo Fiestas practicó un disimulado examen de las facultades mentales de los testigos, obteniendo en conclusión que si bien adolecían de algunas fallas, recordaban en cambio los linderos de la chacra de Yoveraqué con toda exactitud. Esto le satisfizo. Con tales documentos vivientes podría confundir a la parte contraria.

Sernaqué y Chutuco rumiaron como cabras la carne con yucas y camotes que les ofreció la Encarnación y, libres ya del fastidioso interrogatorio de Fiestas, comentaron con un dejo de sutil ironía las nuevas disposiciones e intemperancias del teniente gobernador, calificándolo de “cholo *ventiau*”, lo que para ellos significaba pretencioso y medio loco.

El potroso Toribio Sernaqué agregó a una apreciación de su compañero:

—Si sigue fregando tanto, va a acabar con medio pueblo. Esta mañana me dijeron que anoche se le puso maluco el cholo que tenía en el cepo. Empezó el pobre a *gomitar* sangre. Claro, con los látigos que debe haberle propinado *pa* cobrarse lo de los melones. . . .

Pasadas las ocho, los viejos y Hermelindo Fiestas se encaminaron al escenario de la inspección ocular. Convenía esperar allá a la parte contraria. La ma-

ñana tenía frescura y diafanidad invernal. El sol apenas quemaba. Entre la verdolaga reptaban las iguanas. El balsámico olor de las flores silvestres y de la valeriana alborotaba los recuerdos de los tres ancianos.

—¿Te acuerdas, potroso, de la vez que te encontramos por aquí con la burrita? — preguntó maliciosamente Chutuco a aquél.

—Calla, hombre, no *bromeyes*; esos fueron falsos testimonios. Si en ese tiempo no me faltaban chinas buenas-mozas. Pregúntaselo a José Celestino.

—Así era —afirmó el aludido por complacer a su amigo, aunque en realidad hubiera querido comentar extensamente aquel episodio acaecido catorce o más lustros atrás—. Si cada vez que venía por aquí dejaba a alguna con antojos y manchas en la cara. Le decían El Mojino.

—¿Y por qué? — inquirió Fiestas.

—Porque así le llamaban a un burro hechor bien algarrobado y bravo como él solo —repuso Chutuco—. *Naidés* lo podía contener cuando veía una yegua. A las burras, ni caso les hacía. Recuerdo que una tarde puso en apuros a doña Paula Ruiz. ¿Se acuerdan de ella? Iba montada la pobre en una potranca cuando sintió que El Mojino rebuznaba a sus espaldas y la quería morder. Del susto se cayó patas arriba y nosotros nos reímos y aprovechamos *pa* verle todo lo bueno. ¡Qué cosas las de esos tiempos! ¿No es cierto?

José Celestino, que cuanto más avanzaba hacia el lindero perdía interés por esas lejanas evocaciones, manifestó a los otros que ya habían llegado. El cerco

trasladado por Garrote les quedaba como a cuadra y media atrás. Lo que pisaban era el límite legítimo de su propiedad, antes de la apropiación ilícita.

—Claro que éste es el lindero de tu chacra —afirmó Sernaqué—. Allí está el mango en que nos trepábamos *pa* tumbar frutas. Y allá el algarrobo viejo, en donde encontramos un macanche con tamaña cabeza y lo matamos a palos.

El cielo mostraba una limpidez maravillosa. Ni una sola nube alteraba su coloración azulada. En el fondo, hacia el río, la arboleda verdinegra ocultaba la vega que José Celestino había ansiado siempre ver cubierta de plantas de maíz y zarandaja.

Un tropel de cabalgaduras cortó las evocaciones y comentarios de los viejos. Por las malezas de la parte norte de La Fraternidad venían Escalona, su mayor-domo, el juez y el escribano. Les seguían dos peones armados con sendas carabinas. Innecesario alarde de fuerza, al cual se había opuesto Garrote por sentirse capaz de aplastar cualquier rebeldía de los tres indios inválidos y del endeble tinterillo.

Escalona parecía un gigante sobre la bestia, que gemía bajo el peso de sus ciento veinte kilos. Leve sonrisa jugueteaba en sus labios, disimulando la preocupación que le inquietaba. Entre sus hinchados párpados se escondían sus ojos de tití, pequeños y escrutadores. Desbordado sobre el borrén, su abdomen gelatinoso y global temblaba, imprimiendo estremecimientos al revólver que le colgaba del cincho. A su lado, Torcuato Garrote exhibía cierto aire de superioridad, como si contase ya con el éxito. Más atrás, el juez cuchicheaba con el escribano, evitando alternar

con el hacendado para mantener incólume su imparcialidad ante los otros.

Del humilde grupo salió la voz firme de Fiestas:

—Señor juez de paz. . .

—Que exponga su queja el mismo José Celestino Yoveraqué — le interrumpió el magistrado, mestizo de rostro pálido, lampiño e inexpresivo; tenía dormidos los ojos como los de las cabras hambrientas. Pañuelo blanco le rodeaba el cuello y polainas holgadas de cuero amarillo las piernas. El caballo rabicortón que montaba insistía en olisquear el anca de la yegua del escribano.

El tinterillo rebatió:

—Ya expuso mi defendido su queja en el escrito que presentó a usted.

—Bueno, entonces se trata de establecer el lindero de La Fraternidad con la chacra del señor Yoveraqué. ¿No es eso?

—Así es.

—¿Y qué alega?

—Que su propiedad. . .

—No; deje mejor que hable don José Celestino.

El anciano, que tenía toda su atención en ristre, expresó:

—Oiga, su señoría, mi chacra ha ido siempre desde ese cerrito —señaló hacia el oriente— hasta el río. Esta es la verdadera línea por el lado sur. Vea, por aquí pasaba mi cerco. ¿No observa los restos de los palos y ramas?

—¿Entonces?

—Muy clarito, su señoría; que don Escalona hizo empujar el cerco hasta ahí la primera vez, apoderán-

dose de cuarenta varas, y después hasta allá, donde está ahora.

El juez se dirigió al hacendado:

—¿Y qué dice usted de todo esto, señor?

—Que este indio es un embustero o que la cabeza ya le está fallando.

—Ni más ni menos —asintió Garrote—. Yovera-qué miente. ¡Merece la cárcel!

—El juez le atajó:

—Modere su lenguaje, señor Garrote. No se trata de querellarse aquí de ese modo. Limítese a hablar cuando se le pida.

—Es que yo . . .

—¡Calla, hombre! — le mandó el hacendado, todo nervioso y confundido.

El juez de paz pontificó:

—En realidad, por aquí parece que pasaba un cerco. Las huellas son visibles. ¿No le parece, don Eustaquio?

Desconcertado por la pregunta, que encerraba una dosis de malicia, Escalona divagó buen rato sin poder explicar razonablemente el caso. Esta circunstancia, por demás sospechosa, acentuó la desconfianza del juez, quien, recorriendo de nuevo con la mirada los restos de materiales del desaparecido vallado, insistió implacable:

—No hay duda, por aquí debe haber pasado una línea demarcatoria o algo parecido.

—Tal vez, tal vez —concedió Escalona— pero hará de ello muchos años. ¡Muchos! Seguramente mi mayordomo anterior, que tenía desmedida ambición por la plata, subarrendó a alguien que construyó aquí

un cerco, porque todo el mundo sabe de sobra que mi fundo va hasta allá, o sea hasta el lindero que ve usted. No puede haber duda sobre esto. ¿Verdad, Torcuato?

—Eso es indiscutible. Y si el señor juez pone en duda la afirmación del señor Escalona, pronto estoy a convencerlo con otras pruebas irrefutables.

—Preséntelas, pues.

—Ante todo, sírvase, señor juez, preguntar al quejoso a qué dedicaba la faja de terreno que alega infundadamente ser suya.

Fiestas protestó:

—Infundadamente, nó.

—Infundadamente, repito. Y lo hace con descaro, atendiendo quizás el consejo de un papeluchero de mala fe o porque su cabeza ya no marcha bien, como lo acaba de decir el señor Escalona.

—Señor juez, no permito que un individuo de la catadura moral de Torcuato Garrote me insulte, e insulte a mi cliente.

—Tiene usted razón. El señor Garrote debe permanecer en silencio como se lo he pedido.

Escalona se inquietó. Si no hablaba su subalterno, la inspección ocular podría contribuir a desenmascararlo y hundirlo, ya que él no sabía qué alegar. Los malditos hombres dedicados a la "indispensable expansión" habían actuado mal, dejando inconfundibles huellas, probatorias del latrocinio. Nervioso, pidió al juez:

—Oiga, don Timoteo, como yo tengo siempre muchas cosas importantes de qué ocuparme, el que conoce bien todos estos asuntos de La Fraternidad es mi mayordomo. El, pues, le explicará lo que requiere saber.

Garrote cantó triunfo. Era lo que ansiaba para desarrollar su plan. Había resultado, a la postre, el hombre necesario. Apoyándose en los estribos, irguió el cuerpo para decir al juez:

—Señor, las apariencias engañan —y paseó la mirada por los presentes para consultar el efecto de sus palabras—. Realmente aparecen aquí indicios sospechosos de haber existido un cerco. Es posible que en lejanos tiempos haya habido uno, como dijo el señor Escalona. ¿Quién puede internarse en el laberinto de los tiempos pretéritos? Sin embargo. . .

—Pero estas huellas son recientes —le interrumpió Fiestas—. De aquí se ha removido hace poco la línea divisoria. ¿Por qué supone lo contrario? ¿Porque conviene a los intereses de su patrón?

—No deseo detenerme a contradecirle cuando todavía el señor juez no ha inspeccionado más que un trozo de terreno. En la parte vecina al río encontrará la prueba palpable de que esta faja de terreno, que se calcula en cuadra y media por la orilla y varias de fondo, ha pertenecido siempre a La Fraternidad.

Escalona se quedó helado. No había supuesto que su mayordomo llegara a tal grado de cinismo. ¿Con qué clase de prueba contaba para convencer al juez? ¿No estaría preparándole una mala jugarreta a él mismo para vengarse de los agravios de que lo había hecho víctima durante varios años? Esta suposición y otras parecidas revoloteaban en su mente, mientras contemplaba a Garrote, aplomado en la montura, triunfante e impávido.

Los jinetes partieron hacia el río. Los tres viejos y Hermelindo Fiestas les siguieron.

En el corto trayecto, los dos testigos se entretuvieron convirtiendo en blanco de sus burlas a Torcuato Garrote, cuyo talante altanero les divertía.

—¡Jesús, cómo es de *ardiloso* el boquiche! — decía Sernaqué a Chutuco.

—Sí, hombre, es *ardiloso* como él solo. ¿Y qué pruebas tendrá para hacer ver blanco lo que es negro?

—Nada, nada —intervino el tinterillo, aunque le desazonaba una duda—. Todas sus artimañas serán destruidas por ustedes cuando le señalen al juez los linderos que conocieron de niños.

Entretanto, José Celestino avanzaba como un sonámbulo. Ya sólo tenía confianza en Dios y en los santos. ¡Tanto les había implorado! Seguramente ellos le resolverían al fin su hondo problema: No podrían desampararlo en esas tristes circunstancias. Y menos San José, que siempre le había favorecido con milagros, cuidando sus cosechas y mandándole lluvias benéficas. Ni escuchaba siquiera la conversación de sus amigos. ¿Para qué? Pero, cuando más ensimismado estaba, sintió que Chutuco le tiraba del poncho, a la vez que le preguntaba:

—José Celestino, ¿cómo no nos habías dicho que sembrabas algodón al parejo de los blancos? Vaya, señor, por eso te han quitado la tierra.

Yoveraqué reaccionó:

—No *bromeyes*, hombre, que todavía no me ha dado por esas locuras.

—¿Locuras? —se sorprendió Toribio Sernaqué—. ¿Locuras? ¿Y lo que se ve al frente?

José Celestino alzó la vista y creyó soñar. Visiones parecidas le habían asaltado durante su larga do-

lencia. Pero esta vez no era posible que soñara. Allí estaban sus amigos. Los reconocía, los oía. Tampoco podía ser alucinación lo que contemplaba. Era un paisaje real: Su propia tierra cultivada con algodón. Sí, con algodón. Pero, ¿cómo había sucedido aquello? ¿Tanto tiempo estuvo en el lecho que ocurrieron cosas extrañas en su chacra? ¿Quién, demonios, había sembrado algodón allí? Porque esa era su tierra. Negarlo significaba darle la razón a la parte contraria. Angustiado y sudoroso se volvió a Fiestas:

—Don Hermelindo, por Dios, dígame que lo que veo es ilusión; que lo que está ahí, en mi propia chacra, no es algodón. Dígame que todavía estoy maluco, que necesito curarme.

Tan sorprendido como José Celestino, el tinterillo repuso:

—No me explico lo que pasa. Este terreno está sembrado de algodón. ¿Cómo dudarlo? ¿No se habrá equivocado usted?

El viejo perdió la paciencia:

—¿Usted *tamién*, señor? Pregúntele a éstos si digo o no la verdad.

En ese instante, un caballo bufó ante el grupo. Era el del juez. Este se había acercado para interrogar a José Celestino:

—Dígame, Yoveraqué, ¿asegura usted que estas tierras son suyas?

—Sí, su señoría, ¡son mías, mías, mías!

—Habrá que probarlo con los títulos. ¿Los ha traído?

—No, su señoría, porque nunca los tuve. En los tiempos en que poseyeron estas tierras los *agüelos* de

mis *agüelos* no habían papeles. Y yo, en verdad, no creía que se necesitasen, pues . . .

Hermelindo Fiestas intervino:

—Pero a falta de títulos, el Código contempla el testimonio de dos testigos de más de sesenta años, y aquí están Toribio Sernaqué y Rosendo Chutuco, que nacieron por aquí y que conocen estos lugares como la palma de su mano.

—Así es —contestaron a dúo los dos viejos.

El juez se volvió a ellos:

—¿Cuáles eran los linderos de la propiedad de don José Celestino Yoveraqué?

Uno tras otro, a veces al unísono, los testigos hablaron sin cesar, señalando con exactitud los límites de aquella chacra. Sus explicaciones tenían un soplo de sinceridad, de buena fe. El juez sabía que sus palabras eran un documento de honradez, mantenido a través de los años en el recuerdo. Sin embargo, los hechos lo inclinaban a dudar. José Celestino había asegurado que en esa faja de tierra no existía ningún sembrío y, según lo que aparecía ante sus ojos, era lo contrario. El algodón se desarrollaba por todos lados exuberante y limpio de plagas. Intrigado por tan extraño caso, volvió los ojos al escribano, el cual se limitó a alzar los hombros, pues tampoco se explicaba el enigma.

El más sorprendido de todos era Escalona. En la última inspección que realizara a las nuevas tierras conquistadas, no había visto una sola planta de algodón. “Diabluras de mi mayordomo —pensó—. Esta es la sorpresa que me tenía reservada. ¡Es un genio! Lo premiaré. Estoy salvado. Y yo que le reprochaba injustamente su acción”. Y quiso estallar en carcaja-

das como cuando supo lo de la perrita, pero Garrote le sopló por lo bajo:

—Señor, no manifieste sorpresa. Su cara lo puede delatar.

Henchido de seriedad, el juez continuó:

—Dígame, don José Celestino, ¿no afirmó usted en su escrito que no había sembrado nada aquí?

—Lo dije, porque así era.

—Y entonces, ¿cómo es que aparece en esta tierra, que manifiesta usted ser suya, algodón de más de tres meses, igual al que se desarrolla allá? Explíqueme el fenómeno.

Impotente para defenderse, el viejo recurrió de nuevo a Fiestas. Estaba anonadado. Creía ser víctima de un diabólico hechizo, de un sueño raro, de una broma cruel. Pero el tinterillo tampoco podía explicarse lo sucedido. Vacilaba en atribuirlo a estratagema de Garrote o a decrepitud de su cliente, optando finalmente por callar, lo cual dió ánimo a Escalona para pretender abreviar una escena que, a pesar de todo, le mortificaba:

—Bueno, señor juez, ya ha comprobado usted la falsedad de las acusaciones de este hombre, que me tildó de ladrón, siendo él mismo el . . . ladrón. ¿No es gracioso esto?

José Celestino sacó fuerzas para encrespase:

—Señor juez, su señoría oyó lo que dijeron estos testigos. Mi chacra es desde . . .

Garrote no le dejó terminar:

—No sea necio ni pretenda convertir un burro en caballo. Usted ha querido sorprender la buena fe del señor juez, presentando dos testigos falsos.

—Eso no es cierto —protestó airadamente el tinterillo—. Eso no. Estos ancianos son respetables. Usted mismo lo sabe.

—Entonces estarán chochos, pues han querido hacer creer que una parte de La Fraternidad, dedicada, como el resto del fundo, al algodón, es de don José Celestino Yoveraqué.

Antes de dar por terminada la inspección ocular, el juez quiso presentarse como un magistrado imparcial:

—Dígame, don José Celestino, ¿por qué alega que estas tierras son suyas?

—Porque son mías.

—Ese no es un argumento.

—¿Y los testigos? —inquirió Fiestas por defender en alguna forma al anciano—. ¿No da usted importancia a su testimonio?

—En realidad, han traído algo de luz al asunto, pero, mi señor, ¿cómo puede usted destruir la prueba evidente de que las plantas de algodón fueron sembradas hace tres meses cuando don José Celestino aseguraba que esta tierra era virgen?

El tinterillo acudió al anciano:

—¿Que responde a esto?

—Que, en verdad, hasta ayer no había aquí una sola planta de algodón, porque me lo hubieran avisado mis nietos.

Garrote usó la ironía:

—Tenga usted por seguro que si sus nietos hubieran descubierto este sembrío en su propia chacra se lo habrían avisado. ¿Por qué iban a informarlo de los plantíos de La Fraternidad?

Esta vez, Escalona rió. No lo pudo evitar. El revólver tembló con las contracciones de su vientre. La papada se le infló como la de los sapos cuando se tragan un saltamontes. ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué cosas las que le pasan a uno! ¡Ja, ja, ja! Me apena mucho, señor juez, que se le haya hecho madrugar y gastarse las nalgas para semejante diligencia. ¡Ja, ja! Querer un viejo loco apoderarse de una parte de La Fraternidad. ¡Qué cosas las que le pasan a uno! Creo que ya debemos irnos. Aquí no hay nada más que hacer. ¡Ja, ja, ja!

El juez volvió grupas y los otros jinetes le siguieron. Los tres viejos y el tinterillo se quedaron inmóviles, viéndolos alejarse. Todavía oyeron el croar campanudo y burlón de Escalona:

—¡Ja, ja, ja, ja!

* * *

—¿Una “biblia”? —preguntó melosamente Escalona al juez, inquieto por su frialdad y silencio—. Las preparo maravillosamente. Son mi especialidad.

—Como guste.

—¿Y el señor escribano?

—Bueno.

—Entonces, tú, Garrote, entretén a los señores con algunos chascarrillos de tu cosecha, mientras yo preparo las “biblias”. Con el permiso de ustedes.

Y se fue al comedor realmente preocupado, haciendo chirriar sus gruesas botas. El regocijo que le produjera la última parte de la inspección ocular, donde el triunfo de su causa se precisó más evidente, se habían encargado de diluirlo el juez y el escribano con su

actitud huraña, respondiendo por medio de monosílabos y esquivando ofrecer una opinión definida sobre la diligencia judicial practicada. “¿Habrán cambiado de parecer estos indios taimados? —se preguntaba Escalona, mientras batía la diabólica mezcla de licores, que él denominaba equivocadamente “biblia”—. Porque en la cara les noto cierto enojo o desconfianza. ¿No habrán descubierto alguna artimaña? Si es así, tendré que recurrir a medios extraordinarios, principian-do por liquidar a golpes a Garrote que, en lugar de informarme del plan empleado, quiso ocultármelo para darme una sorpresa. ¡Maldita sorpresa! Si no será un canalla, cretino y bellaco . . .”.

El hacendado regresó al corredor, seguido de un muchacho que sostenía una bandeja con los grandes vasos de “biblia”, en cuya superficie se desbordaba la espuma. Alzando la voz de tono pastoral, brindó de pie:

—Por el señor Timoteo Castrillo, magistrado consciente y honrado, cuya probidad es una garantía para los hombres sedientos de justicia, quienes, desde que asumió las funciones de su alto cargo, estamos protegidos de asaltos a mansalva y de latrocinios descarados. Salud.

Al juez se le cuajó una sonrisa helada en los labios. Miró de reojo al escribano y bebió todo el contenido de su vaso. Luego retiró con el índice de su diestra el bigote ancho y blanco que le había dejado la espuma. Garrote lo eliminó con la lengua.

—Repetirán ustedes — insinuó Escalona.

Ambos se miraron, sin atreverse a exponer su deseo, pero al fin el escribano, alentado por la fuerte dosis de alcohol de la mixtura, repuso:

—Como le parezca.

—Así me gusta oírle —canturreó el hacendado, encaminándose a preparar otro brebaje más fuerte que el primero, para intentar conocer, mediante este infalible sistema, la opinión del juez.

Cuando bebieron la tercera “biblia” pasaron al comedor, donde los criados empezaron a servir una serie de variados platos, cada uno de los cuales era asentado con vinos chilenos, exhumados de las bodegas de La Fraternidad.

Merced a la cantidad de tinto y blanco ingeridos, Escalona había recobrado ya su equilibrio nervioso. Se permitía bromas con el juez y le celebraba sus agudezas, aunque careciesen de ingenio. Estaba realmente satisfecho, pues creía contar ya con su opinión favorable. Ni siquiera insistía sobre la inspección ocular, considerándolo de mal tono. Pero Garrote no pensaba así. Ansioso de ensañarse con José Celestino, expresó con aplomo:

—Hasta este momento no me explico cómo se le ocurrió al papeluchero Fiestas convencer a Yoveraqué para que reclamase cuadra y media de esta hacienda. Y todavía tener la audacia de asesorar personalmente al viejo, cuando antes nadie lo podía mover de Catacaos, donde se emborracha día y noche.

—En este caso —afirmó el hacendado— creo que el verdadero pícaro es José Celestino. Si no hay más que leer en su apergaminada cara la mala fe. Cada arruga señala un robo. ¿No es así? Desesperante es darse cuenta cómo vivimos en esta región los hombres honrados, siempre con el peligro encima de un atropello, de un abuso. Una vez por todas debían conven-

cerse estos indios que mejor les resultaría vender sus chacras y marcharse a los centros poblados a fin de civilizarse algo y tener oportunidad de instruir a sus hijos. En poder de gente adinerada, esas tierras podrían producir ingentes sumas, beneficiando de paso a la economía nacional.

—¡Quién lo duda! —asintió Garrote, recordando que el argumento era suyo—. Todos los pequeños propietarios deben desaparecer.

—¿Los propietarios o las propiedades? —ironizó el juez.

Escalona prorrumpió:

—Ellos. Y sus propiedades deben pasar a poder de los grandes algodoneros.

—¿De qué manera? — volvió a deslizarse Timoteo Castrillo.

—Por voluntad propia de los chacareros o merced a una ley del Congreso. ¿No le parece?

—¿Y si los pequeños propietarios se niegan a vender y aquella ley de que usted habla no se da?

—Pues en este caso opino porque se les quiten las tierras en cualquier forma.

—¿Como ahora?

Las reticencias del juez provocaron un cínico acceso de risa en Garrote. Las entendía como a favor de su causa. Pero a Escalona empezaron a desazonarle. Recién comprendía que Castrillo se inclinaba a defender a los indios. Era natural. ¿Cómo no se le había ocurrido antes que este hombre, quien, por lo menos, llevaba en sus venas un ochenta por ciento de sangre indígena, tendría forzosamente que apoyar a los de su raza?

Concluído el almuerzo, el hacendado ordenó a Garrote por lo bajo que, invocando cualquier pretexto, se llevara al escribano lejos de la casa, porque deseaba hablar a solas con el juez para conocer de antemano su opinión. Le aterraba pensar en las consecuencias que pudiera acarrearle un gesto de honradez de ese mestizo enigmático y sombrío.

Garrote ilusionó al escribano con mostrarle unos gallos de pelea e invitarle una Locumba especial en su casa, que distaba pocas cuerdas de la del fundo, y ambos galoparon hacia allá.

El juez se alegró de la desaparición de Garrote. No podía tolerarlo. Le parecía fanfarrón, indiscreto y peligroso. Por su parte, el hacendado cobró mayor ánimo sin la presencia de los otros, sobre todo del escribano, al que tildaba de cazurro, intrigante y mal consejero. Sin muchos rodeos y temiendo que regresaran pronto los ausentes, disparó a Castrillo:

—¿Qué le parece a usted el cinismo y descaro de José Celestino?

El juez se lo quedó mirando, mientras se le este-reotipaba en los labios una sonrisa diabólica. Escalona tornó a inquietarse:

—Por lo visto, usted atribuye más el infundado reclamo a intrigas de Hermelindo Fiestas que a...

El juez habló al fin:

—Ni a uno ni a otro.

—¿Entonces?

—Señor Escalona, el resultado de la inspección ocular lo conocerá usted en breve. Tal vez mañana.

El hacendado se alarmó aun más. Hasta tentado estaba de culpar a Garrote de la villanía cometi-

da para escapar de este modo a lo que veía cernirse sobre su cabeza. Pero luego cambió de idea. Intentaría ganar la partida con otros medios:

—Hablemos francamente, señor juez. . .

—Yo hablo siempre de esa manera.

—No me pareció.

—Esa es una opinión equivocada. Yo cumplo con mis funciones y. . . callo. No me corresponde hacer más. En cambio, usted debe descargar su conciencia. Es su deber.

—Me ofende usted.

—La verdad nunca puede ofender. La noche pasada usted ha trasplantado algodón a ese lugar.

Escalona se puso de pie con movimiento rápido. No estaba acostumbrado a tolerar inculpaciones de ese calibre. Todo confundido habló:

—¿Así que usted cree que Eustaquio Escalona, caballero por los cuatro costados, puede haber cometido un delito de esa naturaleza?

El juez no se inmutó:

—Si usted niega haberlo cometido, entonces será otro el que lo habrá cometido en su nombre. Quizás su mayordomo. Pero, desgraciadamente, en este caso nadie creerá que Garrote procedió de *motu proprio*.

Escalona se defendió con un argumento que supuso eficaz:

—¿Y en qué se basa usted para imaginar que mi mayordomo ha trasplantado el algodón?

—Muy sencillo. En que cuando regresábamos de la inspección ocular vi los maceteros vacíos. Estaban, y deben estar todavía, a media cuadra del camino, en un bosquecito de algarrobos. Algunos conser-

vaban las matas de algodón. Han debido hacerlos esconder mejor. Dígaselo así a su mayordomo para que no se descuide en el futuro.

—Pues le juro que ignoraba el hecho.

Y lo dijo lleno de sinceridad, porque realmente no mentía. Torcuato Garrote le había ocultado el procedimiento empleado.

Acorralado por el juez, Escalona empezó a descargarse de toda culpa:

—Créame, señor juez, que si llego a comprobar que ha existido una maquinación como la que usted supone, y que ha sido Torcuato Garrote el autor de ella, lo entregaré a la justicia sin el menor remordimiento.

—Haría usted mal, porque nadie creería en su buena fe y, además, se expondría a que Garrote lo culpara. No olvide que usted es su patrón.

Escalona recurrió a sus conocidas escenas teatrales:

—Señor juez, me pone usted entre la espada y la pared —se mesaba los escasos cabellos—. ¿Qué me corresponde, pues, hacer? ¡Aconséjemelo!

—Asumir la responsabilidad de sus actos.

—Pero eso es inhumano. ¿Por qué voy a pagar los pecados ajenos? Busque una salida a este delicado asunto.

—Es difícil encontrarla.

El hacendado acentuó su dramaticidad, poniendo los ojos en blanco y estirando el papo lucio:

—Señor juez, por Dios, no pierda, por una villanía de otro, a un hombre honrado, luchador infatigable, que ha convertido estos campos en emporios de riqueza, cooperando a incrementar la economía nacional y

el prestigio y resurgimiento del Departamento. Busque una solución para salvar mi honor. Créame que estoy pronto a cualquier sacrificio. Sí, señor. Deseo que mi nombre permanezca sin mácula, pues quien se formó solo, quien se levantó desde las más modestas esferas hasta el lugar que ahora ocupa, debe velar por su propia honorabilidad.

—Yo también me formé solo —suspiró el juez— pero mientras usted está lleno de plata, yo no tengo un centavo. Y debo mantener mujer y varios hijos.

Escalona recuperó optimismo. Ya había encontrado la salida:

—Pero mi estimado Castrillo, quien cuenta como usted con amigos sinceros, no necesita pasar dificultades. ¿Quiere que le preste alguna sumita, por ejemplo cien soles? ¿Doscientos?

—Poco.

—¿Trescientos?

—Poco.

—¿Cuatrocientos?

—Súbase a seiscientos y estaremos de acuerdo.

—¡Seiscientos! Me arruina usted.

—No; lo salvo.

Cuando llegó Garrote con el escribano, el juez de paz pidió a éste:

—Bartolo, prepara todo para redactar el informe.

—¿Aquí? —le interrogó el escribano por lo bajo—. ¿Entonces será favorable a Escalona?

—Procede y no preguntes mucho.

—¿Y lo de los maceteros?

—¿Qué maceteros? A ti se te deben haber subido las copas a la cabeza.

El escribano se alejó pensando: “Este juez de m . . . piensa tirarse todo él solito. Me ha visto cara de tetudo”.

* * *

Le chirriaban a Escalona las medias-botas de gruesas suelas midiendo el piso de ladrillo del corredor. Crich, crich, crich. Rabiosamente, de un lado a otro. Este nervioso paseo se prolongaba ya más de diez minutos, o sea desde que se fueran el juez y el escribano. Lo peor era que no podía dar salida a los candentes reproches e insultos, dedicados a Garrote, que fermentaban en su mente, entre los que resonaba una frase con tintineo argentino, aumentando su furia: “¡Seiscientos soles! ¡Seiscientos soles!” Lo cohibía iniciar la andanada no sólo la ira, sino también el temor de que se le atragantaran las palabras.

Mientras tanto, su mayordomo, arrinconado en un ángulo del corredor, se esforzaba por adivinar la causa de tal enojo, circunstancia que lo obligó al fin a hablar primero:

—Señor . . .

—¡Calla! —le detuvo Escalona con grito terrible, deteniéndose frente a él, la nariz palpitante, el adomen tenso como el parche de un tambor—. ¡Mereces que te aplaste!

—No me explico, señor, lo que le sucede. El juez ha redactado un informe favorable. Todo marcha, pues, sobre ruedas, tal como lo imaginé, y usted parece que no está conforme todavía.

—¡Imbécil del demonio! ¿Cómo quieres que esté

conforme si he tenido que pasar mil angustias para convencer a ese indio farsante?

—¿Convencerlo de qué?

—De que se pusiera de mi parte, porque como eres rematadamente estúpido, hiciste las cosas con los pies, por no decir con las patas.

—Señor, no sea ingrato. Mi trabajo ha sido una obra perfecta. Tres meses cultivé con amoroso cuidado el algodón en especiales maceteros, esperando que llegara la ocasión de trasplantarlo al terreno de José Celestino. Y así lo hice anoche con buen número de gentes de mi confianza.

—¿Y dónde dejaste los maceteros, animal?

La pregunta desconcertó a Garrote. El no sabía realmente dónde los habían dejado los peones después de vaciarlos, porque temiendo que esa noche la Isabel aprovechara de su ausencia para burlar la vigilancia de las dos viejas que la custodiaban, había regresado a su casa sin reparar en este detalle.

—¡Contesta! — le exigió Escalona.

—Valgan verdades, señor, no le podría decir dónde los pusieron los peones. Quizás los escondieron en un lugar seguro, porque, como le consta, no vimos rastro de ellos.

—No lo verías tú, pero el juez sí.

—Imposible, señor.

—Estúpido, si estaban en el potrero, a una cincuentena de metros del camino por el que regresamos de la inspección ocular. ¿Cómo no los iban a descubrir? Pero yo he de averiguar si tú ordenaste que los depositaran allí para perderme. Y a un paso de ello has estado. Tuve que . . . ¡comprarme al juez! ¿Lo

oyes? ¡Comprarme al juez! Ese indio sarnoso me pidió ochocientos soles —Escalona mintió— y tuve que dárselos. No te asustes. Ochocientos soles, que los has de pagar tú, aunque te quedés limosneando.

—¿Yo, señor?

—Sí, tú. Tienes algunos animales, robados seguramente a La Fraternidad, con cuya venta cancelarás en parte tal deuda. Tú estás obligado a reparar ese descuido o . . . canallada, que casi me cuesta un carcelazo. Eres un imbécil. Y todo por maniobrar a mis espaldas y querer darme sorpresitas como si fuera un niño. Lo que en verdad has querido es arruinarme. ¡Ochocientos soles! Poca cosa, ¿no?

—Señor, me parece mentira lo que oigo. Tener que pagarle a usted casi mis sueldos de un año por ayudarlo — se lamentó Garrote.

—Tú lo has dicho, de casi un año. El indio perro aprovechó de tu estupidez o deslealtad para sacarme esa suma. ¡Una verdadera estafa!

—Señor, diga mejor descuido. Descuido que, felizmente, ya está reparado. En el futuro pondré más cuidado en la “indispensable expansión”.

Y comprendiendo que la rabia de Escalona había descendido algunos puntos, Torcuato Garrote se atrevió a preguntarle, exhibiendo una sonrisita conejuna:

—¿Qué le pareció mi táctica en la inspección ocular?

El hacendado tuvo que reconocer, una vez más, el ingenio de su mayordomo, a pesar de que todavía le palpitaba en la memoria el desagradable diálogo con el juez:

—Como artimaña es buena, pero ya no se podrá poner en práctica en el futuro, porque la conoce Castriello. Sólo en el caso de que cambiaran a este zamarro. Entonces sí, pues no podría hablar con la mordaza que le puse de los ochocientos que... debes pagarme.

—¡Señor, por Dios...!

—No mientes a Dios, canalla, que tu alma es una ciénaga.

—Señor, me arruina.

—No, te salvo — le disparó Escalona, imitando la respuesta que le diera el juez a él mismo.

* * *

La Encarnación no supo cómo sucedió aquello. Un mal día se le presentó su cuñada Tomasa, toda llorosa y compungida, y le dijo que Isabel había desaparecido de su casa. Al principio no quiso creer la noticia, a pesar de que no tenía nada de rara.

—¿Acaso la has tratado mal, mujer? —le preguntó—. Porque mi Isabel...

La otra protestó. ¿Se le podía atribuir semejante cosa cuando ella había sido siempre como una segunda madre para la muchacha?

La Encarnación se dió cuenta de su error. Si su hija hubiera sufrido ofensas o maltratos, habría vuelto a la chacra. Eso era indudable. Aquí había algo más grave, que sólo su cuñada podría descifrarle. ¿Habría mantenido Isabel, últimamente, amores con algún mozo? La mujer lo negó. Siempre había estado en su casa, entretenida en diversos menesteres.

En la mente de la infortunada mujer brilló una idea. La desaparición de su hija, ¿no sería una nueva infamia de Torcuato Garrote? ¿Lo habría visto su cuñada alguna vez?

La Tomasa hilvanó recuerdos. Realmente había encontrado varias veces al mayordomo de La Fraternidad rondando por su casa, pero, como desconocía las pretensiones que abrigaba, no le extrañó verle.

La Encarnación cuidó de que no llegara esta nueva desgracia a oídos de José Celestino. Y le fue fácil lograrlo, porque el viejo permanecía todo el tiempo en la barbacoa, sordo y ciego a lo que acontecía. Sólo a veces se levantaba y salía de su rancho para tomar el sol.

Ayudada por la Tomasa, la Encarnación desplegó en Catacaos una actividad sorprendente para descubrir el paradero de su hija. No tardó mucho en obtener referencias evidentes, probatorias de la sospecha que le torturaba, o sea de que Isabel podría haber sido raptada por Garrote y conducida a La Fraternidad. Efectivamente, un vecino había visto detenerse en la calle a dos jinetes misteriosos, quienes, después de descabalgarse e irrumpir en la casa de la Tomasa, salieron al poco rato con un bulto de regulares dimensiones, el cual colocaron sobre una de las cabalgaduras. Montaron luego de nuevo y desaparecieron, seguidos de estridente trompetería de perros rabiosos.

Sollozando regresó la Encarnación a su propiedad. Este golpe la hería en lo más íntimo de su ser. Después de perder parte de la chacra, perdía también a su hija. Garrote debía ser un monstruo de depravados instintos, representante de Satanás en la tierra. No

se podía explicar de otra manera el ensañamiento y la perversidad que manifestaba, hundiéndolos en las simas de la más oscura tragedia.

La mujer dejó de bajar a su chacra. Carecía ya de ánimo para todo. No podía vencer su propio Destino. Sin duda se repetían en su familia aquellas historias crueles, vividas por sus antepasados en remotas edades, que había escuchado de niña, en las que unos hombres blancos y barbados, robaban las tierras y los ganados, violaban a las mujeres y convertían a los hombres en siervos.

Pero esa misma amargura que la angustiaba era como una fragua al rojo vivo donde se forjaba su rebeldía. El rencor la alimentaba. Ya que no vivía en esa región ningún miembro masculino de su familia con fuerzas y carácter, ella quería cobrarse por sí sola todos los agravios.

Una mañana, José Celestino movió los labios. Tiempo hacía que sólo contestaba a las preguntas con movimientos de cabeza. Su voz le pareció a la Encarnación como venida de ultratumba:

—¿Has ido a ver a don Isidro?

—No, taita, ¿pa qué voy a verlo?

Pero la mujer comprendió al instante la intención del anciano: Quería saber, indudablemente, de José Tadeo. Era su última esperanza.

Ese mismo día, la Encarnación se encaminó a Catakaos y se entrevistó con el cura, quien, al verla, le dijo:

—Ya lo sé todo, y estaba con deseos de visitar a tu padre. Pero todavía no me resolvía a emprender viaje por temor de que la cabalgadura acabara de mal-

tratarme los huesos. Estos últimos fríos me han puesto a un paso de la invalidez. Ya las piernas no me obedecen. Los años, mujer, los años.

—Mi taita me encargó saludarlo.

—¡Pobre José Celestino! Le compadezco de todo corazón y he rogado mucho a Dios para que le preste fortaleza espiritual. El golpe debe haberlo anonadado.

—No lo sabe, taita cura.

—¿Que no lo sabe? Pero si él estuvo en la inspección ocular y. . .

—No me refería a eso, taita cura — le interrumpió la Encarnación.

—¿Y a qué otra desgracia, mujer?

—A lo de mi Isabel. Se la robó el maldito Garrrote.

El cura se quedó helado. ¡Hasta dónde llegaba la maldad humana! Tras un agravio, otro, causado por la misma mano. ¿Podría ir esa gente más lejos sin recibir algún castigo?

Cuando la desolada mujer acabó de contarle la historia, don Isidro pretendió consolarla, anunciándole la llegada de José Tadeo. En su última carta se la había comunicado. Precisamente la tenía en el bolsillo y se la leyó con voz temblorosa y emocionada. ¡Cuánta amargura en esas líneas de letra nerviosa, descuidada y poco legible! El rudo golpe había aniquilado la salud del estudiante, desgraciadamente cuando más la necesitaba para rendir sus pruebas de cuarto año de Derecho y volver a Catacaos, a fin de ver a los suyos y de abrirse paso a través de una montaña de iniquidades, prejuicios y hechos consumados. Así se

lo decía al cura en esa carta apasionada, en la que flotaba un escondido rencor, disimulado al máximo para no herir los sentimientos cristianos de don Isidro, encaminados siempre al perdón de los pecados. Y le agregaba que, con el conocimiento de las leyes que poseía —lo atestiguaban las altas notas por él logradas— intentaría recobrar la tierra y hacer caer sobre Escalona el peso de la justicia.

Aunque el cura sabía que esos propósitos no pasaban de ser expresiones quiméricas de un alma atormentada por el resentimiento y el dolor, se las transmitió hasta el final a la Encarnación, creyendo alentarla, prestarle fe. Pero ella —espíritu práctico— las consideró igualmente ilusorias. Desde lejos era fácil ver las cosas de esa manera. ¡Leyes, leyes! ¿De qué valían las leyes si quienes las interpretaban y aplicaban se desviaban con frecuencia del camino recto? Tan criminal como Escalona y Garrote era el juez de paz, que después de comprobar el hecho evidente del robo, se amañaba con el hacendado para convertir la inspección en un sainete. No; José Tadeo soñaba. Mejor era que no viniese. ¿Qué podría hacer el muchacho cuando ya la maldad había triunfado? Hasta resultaba peligroso remover un asunto resuelto por la justicia. Por otro lado, ya nadie se ocupaba de ese latrocinio. Había pasado a engrosar el archivo de los viejos episodios de la lucha por las tierras, pues recientes escándalos de la misma índole alimentaban ahora los mentideros, creando una especie de ejecutorias extra-judiciales, sancionadas por la impunidad pública.

Por el tono desdeñoso que empleara, el cura se dió cuenta que la Encarnación no estaba de acuerdo

con las ideas de su hijo. Y se alegró por ello. Mas, por otra parte, le inquietó advertir también cierta intención aviesa en su mirada esquiva, en sus amargas referencias, que lo puso en alerta. Algo se incubaba en el espíritu de esa mujer tan innoblemente ofendida. Y como no podía aceptar que acabara de hundir a la familia con un acto descabellado, le habló largamente sobre la necesidad de refrenar las pasiones, de proscribir la venganza, ya que era un desborde inútil, contrario a los preceptos de nuestra religión.

La Encarnación desvió la plática edificante de don Isidro, tan igual en intención a sus sermones dominicales. No creía lógico ni sensato que se le hablara de resignación, de paciencia, de serenidad, virtudes de efecto negativo en este caso, cuando su padre se extinguía lentamente, minado por la pena, ella sufría un imperdonable agravio y su hija se hallaba en las manos de un avezado canalla. No se lo dijo al cura —lo veneraba tanto— pero evitó engañarlo, aceptando sus consejos. Al despedirse le expresó:

—No debía venir José Tadeo. Conozco su geniecito y no *quedría* verlo en nuestra condición.

El cura se irritó al oír la suposición de la hija de Yoveraqué. ¿Quién se atrevería a tocar un pelo de su protegido, del mozo que había criado, que era como su propio hijo? Nadie. No lo toleraría. Sería como enfrentarse a él mismo. En este caso se olvidaría del reuma y de todos los preceptos cristianos para fulminar su encendida protesta y hacerse pagar con creces las ofensas inferidas a José Tadeo.

Esta vez, la Encarna sintió el aletazo de la satisfacción. Don Isidro se había sumado a su causa. Y

no quiso insistir en el tema, considerando equivocadamente la actitud del cura como una autorización para cobrarse con mano propia lo que la justicia le negara. Ni siquiera prestó atención cuando don Isidro, temeroso de que ella cometiera una locura, volvió a untarle la conciencia con palabras evangélicas.

* * *

A las siete de la noche de un jueves, el diario "El Sol" de Piura informaba a sus lectores que el conocido y estimado hacendado de La Fraternidad había sido víctima de un ataque a mansalva. El artículo llevaba por título: "Cobarde atentado", y se aseguraba en él: "Nos informa nuestro corresponsal en Catacaos que a las 8 p.m. del día de ayer, mientras regresaba el señor Eustaquio Escalona a la casa de su hacienda, en compañía de Torcuato Garrote, fué atacado por un desconocido, quien le descerrajó varios tiros. Como consecuencia de este repudiable hecho, el caballo del propietario de La Fraternidad respingó violentamente, arrojando al suelo a su jinete, el que presenta grave traumatismo en un brazo, según lo ha certificado el doctor Serapio Corrales Mora. Don Torcuato Garrote recibió una herida de bala en la pierna. No obstante ello, tuvo la entereza de perseguir al criminal largo rato, sin lograr fatalmente apresarle debido a la oscuridad reinante".

"Como es de suponer, este inicuo atentado, propio de pueblos incivilizados, ha causado profunda impresión en Catacaos, donde se espera ansiosamente que las autoridades tomen medidas urgentes, no sólo para

apresar al delincuente, sino también para evitar en el futuro la repetición de actos criminales, como el que comentamos, que ponen al descubierto la escasa vigilancia policial de que padece esa zona, plagada constantemente de forajidos”.

“Tan luego se supo en el industrioso pueblo de Catacaos el atentado, numerosas personas se trasladaron a La Fraternidad para visitar al señor Escalona, a quien deseamos pronto restablecimiento”.

El corresponsal de “El Sol” transmitió el hecho de acuerdo con lo que le refirió Garrote. Pero, en realidad, el caballo del hacendado no respingó por el disparo —fué sólo uno— sino porque su jinete, al distinguir el cañón de un arma entre los matorrales, hizo un movimiento brusco y se arrojó al suelo. Fué sólo entonces cuando escapó de una vieja escopeta la perdigonada que hirió la pierna derecha de Garrote. Tampoco se lanzó éste en persecución del que había disparado, ya que sólo se limitó a descabalar y esconderse bajo unas plantas, sin preocuparse de la suerte de Escalona que, atacado de pánico y dolorido del brazo, se quejaba amargamente.

Transcurridos algunos minutos, Garrote asomó la cabeza por entre las plantas y se acercó tímidamente a su patrón, que seguía revolcándose en la tierra.

—¿Está usted herido, señor?

Escalona lo miró rabioso. Sus ojillos chispeaban bajo las cejas, sucias de polvo:

—¿Todavía me lo preguntas, canalla? Hace un rato que me ves aquí desvalido y . . .

—Señor, yo también he salido mal parado.

—Será de miedo, perro. ¡Ayúdame!

Garrote puso en acción todas sus fuerzas para levantar a Escalona y montarlo en su caballo, que se había detenido a poca distancia. Luego, exagerando su cojera, buscó su moro, cabalgó en él y partió con su patrón por las tinieblas del camino.

Cuando llegaron a la casa del fundo, el hacendado se derrumbó del caballo, desvanecido de dolor. Se le había hinchado el brazo y la calentura le estremecía el cuerpo. Entre varios empleados le cargaron hasta su lecho, donde horas después el doctor Corrales Mora le hacía la primera curación.

Toda la noche deliró Escalona. Veía escopetas que le apuntaban, tan grandes como cañones, y cuando oía sus disparos se erguía en el lecho y gritaba desahoradamente, pidiendo auxilio.

* " *

Clareaba en medio de la sinfonía de los pájaros cuando llegó el gobernador de Catacaos, acompañado de tres alguaciles. Era un antiguo teniente de gendarmes, torpe y rudo, que plagaba sus frases de sonoros tacos y escupía por el colmillo. Fumaba "Mascota" y coleccionaba las figuritas que contenían los paquetes de estos cigarrillos, que representaban escenas de corridas de toros. Lo primero que le preguntó a Escalona fué:

—¿Sospecha usted de alguien?

—Pues claro, teniente —repuso el hacendado, desencajando más el rostro y comprimiendo los tres rollos de su papada, cubierta de pelillos puntiagudos.

—Será de muchos, porque . . .

—Se equivoca. Mis enemigos pueden contarse con los dedos de una mano y no llegan a cinco. Siempre he sido generoso y abnegado con todos: Tal vez por eso me pagan tan mal. . .

El gobernador frunció el ceño. Abominaba de la palabrería hueca. Avanzando el busto gruñó:

—Entonces, cíteme a esos cuatro. Sin este dato no podré orientarme.

—Para ser más claro y preciso, le diré que el autor del delito es José Celestino Yoveraqué. Y no tiene nada de raro, pues hace meses intentó robarme cuadra y media de mi hacienda, y en más de una ocasión ha dado a conocer su propósito de matarme.

El gobernador se rascó la barbilla. La costumbre de interrogar le había enseñado que, con frecuencia, se equivocan las víctimas, indicando como autores del delito a personas que estuvieron lejos de cometerlo. Y le pidió:

—Le ruego, señor Escalona, que me nombre a sus otros enemigos.

—Pues si lo desea, no tengo inconveniente: Son Froilán y Encarnación Yoveraqué, hijos de José Celestino, y el tinterillo Hermelindo Fiestas.

—¿Y entonces por qué indica sólo al padre cuando otros están en juego?

—Porque Froilán se encuentra perseguido, después del fracaso político del cura Chumán, la Encarnación no es capaz de manejar un arma y menos de atreverse a perpetrar un atentado de esa naturaleza, y Hermelindo Fiestas no es de los que salen de Catacaos para atacarme a balazos. Se les podría señalar solamente como cómplices.

El gobernador encontró las objeciones de acuerdo con su criterio y, sin detenerse a embrollar más el asunto mediante nuevas investigaciones, despidióse de Escalona y volvió a la ramada, donde lo esperaban sus alguaciles, a quienes preguntó si conocían a Yoveraqué.

—¿Al vie . . vie . . jo? — silabeó uno de ellos: era tartamudo.

—Al mismo, c . . .

—Pues vi . . vi . . vi . . vive . . .

El gobernador se molestó:

—Habla tú mejor, Mauricio; este Agapito suelta las palabras con cuentagotas.

—A sus órdenes, teniente. Don José Celestino vive a media horita de aquí, caminando a pie, pero como nosotros contamos con bestias, podremos . . .

—¡Maldito estúpido! ¡Limítate a contestar lo que te pregunto!

—Muy bien, teniente. Si montamos en este instante y nos dirigimos a paso llano en busca de don José Celestino, estaremos en su rancho en un cuarto de hora, pero si picamos espuelas, hasta podríamos hacer el camino en doce minutos.

El gobernador arrojó violentamente el cigarrillo que fumaba y, después de escupir por el colmillo un chisquetito cristalino de saliva, que fue a caer a dos metros de distancia, cabalgó furioso, ordenando a los alguaciles:

—El que conozca mejor el camino que conduce a la casa del delincuente, que vaya adelante. A lo mejor tenemos suerte y lo encontramos allí. ¡Adelante, c . . . !

Cuando vieron a los jinetes subir la loma amari-

lenta del rancho, Culebrón y Macanche abandonaron el hueco donde dormían y descendieron veloces. Parecía que adivinaban el motivo que llevaba hasta allí a esos hombres y también quién era el jefe de ellos, porque se lanzaron sobre las corvas de su cabalgadura con torvas intenciones.

Al sentir las tarascadas, el animal respingó, poniendo en serio apuro al gobernador, que nunca se había distinguido en equitación, mientras los alguaciles, en lugar de prestarle ayuda, se abrían del camino para evitar la voracidad de los canes y le dejaban prendido con ambas manos de la montura y gritando a voz en cuello:

—¡Maten, c . . . , a esos perros del demonio! ¡Cobardes de m . . . !

Menos tímido que sus compañeros, Mauricio se acercó al gobernador, cuya bestia no cesaba de lanzar coces. Entonces los agresores, como obedeciendo a un mutuo entendimiento, se dividieron, atacando Culebrón a aquél y el otro al alguacil. Este no demoró mucho en rodar por tierra, ejemplo que siguió a poco su jefe, al que no le cupo más que desenfundar el revólver y comenzar a hacer fuego antes de perecer despedazado. Disparó una, dos, tres veces, sin dar en el blanco, hasta que uno de los alguaciles, que cabalgaban todavía, le gritó:

—Teniente, por la Santísima Trinidad, no tire en esta dirección que nos puede matar.

—¡Calla, cobarde del diablo!

Al fin los perros huyeron, y los del grupo, luego de reorganizarse, continuaron hacia el rancho, a cuya puerta se detuvieron. El gobernador mandó:

—A ver tú, Mauricio, entra y practica el reconocimiento correspondiente. Pero con cuidado, que el bandido tiene hasta perros amaestrados. Y si opone resistencia, dispara.

El alguacil cazurreó:

—Oiga, teniente, mejor líbreme del encarguito, porque todavía me duelen las costillas del golpe. Pienso que he caído de mala manera por defenderlo. Y si el tal Yoveraqué...

—¡Bájate y entra, c...!

Mauricio obedeció ciegamente para evitar la tempestuosa cólera del gobernador, y penetró en son de combate, el dedo en el gatillo.

El rancho estaba silencioso y, al parecer, vacío. Amedrentados por los disparos, los perros se habían escondido tras el chiquero. Mauricio se atrevió:

—¿No hay nadie aquí?

Mas, cuando esperaba la respuesta, vió un bulto insignificante en la barbacoa del fondo, bajo un montón de cobijas. "Este individuo está muerto o se hace el muerto —pensó, acercándose medrosamente—. Por lo poco que abulta y la cara que tiene más parece alma del otro mundo". Y lo movió repetidas veces, hasta que José Celestino salió de la eterna noche de su consciencia.

El alguacil cumplió con su deber:

—¿Cómo se llama usted?

El anciano rebuscó su propio nombre en la memoria y, al fin, dijo con esfuerzo:

—José Celestino Yoveraqué.

No se daba cuenta del momento que vivía ni de la persona que le interrogaba. Tampoco le importaba

saberlo. El habitaba en un mundo distinto, antesala del eterno.

Mauricio gritó al gobernador:

—Teniente, ya tengo en mis manos al criminal. Entre sin miedo.

Desde su caballo, la autoridad protestó:

—¿Miedo yo, c...?

Y descendió con el revólver en la diestra, pronto a disparar. Ya adentro vociferó:

—¿Dónde está el canalla? Hay que amarrarlo para que no intente escapar.

El alguacil ironizó:

—No hay necesidad, mi teniente, pues lo que nos llevaremos será un puñadito de huesos. Vea usted al autor de la fechoría. Está más de la otra.

—Las culpas también enflaquecen. ¿Ya confesó su delito?

—Teniente, el trabajito de hacerlo soltar prenda le corresponde más bien a usted.

—Tienes razón. A ver —volvióse al anciano, mientras le retiraba las cobijas—. ¿Por qué motivo disparaste al señor Escalona? Y habla rápido, que yo no acostumbro perder tiempo.

José Celestino no comprendía lo que le preguntaba el gobernador. En realidad, él ignoraba lo sucedido. Desde el día de la inspección ocular vivía en una nebulosa oscura y asfixiante, soñando, soñando cosas terribles a toda hora.

El alguacil se compadeció del anciano:

—Oiga, teniente, mejor llevémoslo a Catacaos. Los años le han trastornado. No le dirá nada porque está en la luna. Así sucede frecuentemente con los vie-

jos. Se mantienen lúcidos, a pesar de los años, hasta que un buen día amanecen decrepitos.

—¡Esos son cuentos! —se irritó el gobernador—. Este viejo zamarro está fingiéndose loco o idiota para que no le cobren sus cuentas. Arreen con él, que en el cepo de la gobernación cantará todo.

Los tres alguaciles se abalanzaron sobre José Celestino, le cargaron fácilmente y lo condujeron afuera. Mas, en ese instante, llegó la Encarnación toda alarmada y con la greña revuelta. Había escuchado desde el río el latido de los perros y los disparos, y abandonó la ropa que lavaba para correr al rancho. Con los ojos desorbitados se encaró al gobernador:

—¿A dónde se lleva usted a mi taita? ¿De qué lo acusa? ¿No le ha bastado al blanco de la hacienda con robarnos media chacra, que ahora lo ha buscado a usted *pa* que meta preso al ancianito? ¡Suéltelo, que el pobre está enfermo!

Irritado en extremo, el teniente dió un empujón a la mujer:

—¡Métete la lengua al rabo, india piojosa, y deja que cumpla con mi obligación! ¿O es que crees tú que se puede abalear a cualquiera impunemente, c . . . ?

—¿Y a quién abaleó mi taita?

Poniendo los brazos en jarras y moviendo la cabeza de arriba a abajo, el gobernador se dirigió a sus subalternos:

—Esta es la mejor prueba de la culpabilidad del individuo que hemos apresado. Su propia hija me quiere hacer creer que ignora un delito del cual habla todo el mundo. ¿Qué te parece esto, Agapito?

El tartamudo, nervioso:

—Se... se... se... ñor... te... te.. nien-
te...

—Bueno, mejor hubiera sido no preguntarte nada. ¡Partamos!

—¿Cómo llevamos al viejito, teniente? — inquirió Mauricio.

—Llévalo al anca de tu mula.

La Encarnación se interpuso airada:

—Sepan ustedes que de aquí no se llevarán a mi taita. Está maluco y le adelantarian su muerte.

—Nada perdería el mundo —rezongó el gobernador—. A ver, rápido, no hay tiempo qué perder.

—He dicho que de aquí no se llevarán a mi taita — repitió la mujer, resuelta a todo.

De nada le valió su actitud. Un alguacil la tomó fuertemente de los brazos, mientras los otros sentaban a José Celestino en el anca de la mula de Mauricio, quien en seguida montó también en ella.

La Encarnación se ablandó. De la amenaza pasó a la súplica. Le estrujaba el alma el aspecto de su padre que, desmirriado y triste, parecía un pelele sobre la bestia. Tenía los ojos cerrados y apoyaba la cabeza en la espalda de Mauricio.

—Señor gobernador —rogaba— tenga piedad del pobre viejo. Está muy enfermo. El no ha hecho nada. Se lo juro. Los de La Fraternidad lo han puesto así al robarle media chacra. Dios le pagará su buena acción si lo deja aquí tranquilo hasta que muera.

—No hables disparates, mujer. No se pueden dejar impunes los delitos. El que la hace la paga.

—Le repito que él no ha hecho nada.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque se encuentra enfermo desde hace tiempo. Ni siquiera ha salido de este rancho.

—Esas son las mentiras de costumbre. A ver, Mauricio —se dirigió a éste— pica espuelas y llévate al viejo, que ya me cargan todas estas insolencias y lloriqueos.

La desesperación de la mujer se agudizó. Zafóse de las fuertes manos que la retenían y, cogiendo una vara de algarrobo, se lanzó sobre el gobernador, gritándole:

—¡Perro, perro del diablo! ¡Asesino! ¿Quieres matar a un anciano inválido e inocente? ¡Perro! El no ha matado a nadie —y batía resueltamente la vara sobre la cabeza del teniente—. ¡Canalla! *Lambe rabo* y sirviente de los blancos ricos. Mi taita no ha tirado contra nadie. ¡He sido yo, tetudo! ¡Yo, yo, yo!

Y aunando la acción a la catarata de improperios y reproches, la enfurecida mujer dirigió el garrote a la cabeza del teniente, logrando rasparle una oreja y golpearle el hombro. Luego, sin medir las consecuencias de su arrebato, intentó continuar el ataque, pero los alguaciles la abatieron a puñadas, quedando en postura ridícula en el suelo, donde todavía recibió varios puntapiés del gobernador. Afortunadamente ya no sentía nada. Rígida y pálida, sólo sus labios se estremecían levemente cuando lanzaba una especie de ronquido, arrojando hilillos de sangre por boca y nariz.

El tartamudo preguntó:

—¿La... lle... lle... vamos, se... se...
ñor...?

—No, ¿para qué?

Otro de los alguaciles opinó:

—Creo que mejor sería cargar también con ella. Ha confesado . . .

—¡Qué estúpido eres! —le atajó el gobernador—. ¿No comprendes que lo ha hecho para defender a su padre y liberarlo del cargo de asesinato? Es un recurso muy conocido. Después negaría ella todo y quedaría el viejo impune. ¿Entendiste al fin?

El alguacil afirmó con la cabeza. La suspicacia de su jefe lo había impresionado. ¡Lo que valía tener experiencia en asuntos policiales!

El grupo de jinetes enrumbó hacia Catacaos con el prisionero. Culebrón y Macanche les despidieron a ladridos y empezaron luego a aullar alrededor de la Encarnación.

* * *

Los últimos acontecimientos habían exacerbado las confusas pasiones de Eustaquio Escalona. La mayor parte del día la pasaba atornillado a la silla de su escritorio —el brazo inmóvil, el ánimo decaído— bajo unas cabezas de venado, que comprara disecadas. El solo pensamiento de alejarse de su casa le aterraba. Suponía que otros Yoveraqués le aguardaban emboscados entre las malezas para asesinarle. Dos individuos de oscuros antecedentes montaban guardia en el corredor.

Una mañana, Garrote le visitó, aunque evitaba hacerlo para eludir sus desfogues histéricos. Le urgía consultarle sobre una venta de algodón. Escogió mal día. Escalona había pasado la noche con alucinaciones terribles.

El mayordomo entró despidiendo tufaradas aguar-

dentosas. El terror de un nuevo atentado y, más que eso, los desdenes de Isabel, gacela esquiva y rencorosa, le incitaban a dominar sus debilidades con alcohol.

—Buenos días de Dios, señor —saludó a Escalona, disimulando la impresión que le causaba verlo despierto a esa hora—. ¿Cómo ha amanecido?

El hacendado contrajo el ceño para responderle:

—Qué manía la tuya de preguntar por mi salud cuando sabes que estoy reventado. Y reventado por tu culpa. No llego a comprender cómo pude tolerar tus maquinaciones y ser víctima de ellas.

Garrote protestó. El sistema de la “indispensable expansión” la llevaba él adelante, dentro del menor riesgo y con los máximos beneficios. ¿Por qué se quejaba entonces su patrón? Y agregó audazmente:

—Toda obra saludable y benéfica tiene sus peligros. El hecho de que usted se haya caído del caballo y roto un brazo, y yo recibido un trozo de cortadillo en la pierna, no significa que estos pequeños contratiempos se repitan.

Escalona alzó los brazos sorprendido:

—¿Pero cómo no se van a repetir si los enemigos que me has echado encima andan por allí, dispuestos a acabar conmigo?

—Señor, los cuatro enemigos que usted nombró al gobernador están eliminados. José Celestino se encuentra preso en la cárcel de Piura y, según sé, en pésimas condiciones de salud. Los días que lo tuvo el teniente en el cepo y el tratamiento riguroso a que lo sometió para que declarara . . .

— . . . su inocencia — le interrumpió irónicamente el hacendado.

—Verdad, señor, verdad: su inocencia. Pero eso sirvió para que la declaración de su hija fuera tomada en cuenta por el gobernador, que, al principio, ni siquiera quiso admitirla, considerándola una nueva argucia empleada para salvar a su padre. Así que, la segunda persona desafecta a usted se halla también entre rejas. En cuanto a las otras dos, no vale la pena citarlas. Hermelindo Fiestas es incapaz de matar un mosquito y, para anular sus actividades definitivamente, tengo la intención de encomendarle algunos juicios de poca monta. Ya ve usted. En lo que se refiere a Froilán . . .

—¡Cómo! ¿No había muerto? Tú me lo aseguraste. ¿Por qué usas, pues, la mentira para adormecerme?

—Señor, en realidad de verdad, eso era lo que se hablaba en aquellos días; pero un arriero que vino la semana pasada de Motupe me dijo que se había encontrado con él en el Portachuelo de Olmos.

Escalona palideció. ¿Froilán Yoveraqué por esos lugares? ¿Y sólo ahora se lo comunicaba su mayordomo? Tartamudeando disparó:

—¡Eres un perro, un maldito perro! Tu canallesca intención no es otra que verme largo a largo en la sepultura. ¿Cómo podré defenderme de ese bandido? ¡Me matará, me matará! Tú serás el culpable. Me tienes emboscadas para perderme. Pero, escucha bien lo que te digo: ten por seguro que, antes que yo, perecerás tú. Has debido actuar de otra manera, eliminando los peligros. Sin embargo, no has procedido así, metiéndome en cambio en un atolladero del que no saldré con vida. Ya no tengo tranquilidad; ya no duermo. Y te prevengo —se puso de pie— que si dentro

de quince días no has buscado la forma de limpiarme el panorama, te expulsaré de La Fraternidad, si es que antes no te mato a palos.

—Señor, ¿haría eso con el hombre que mejor le ha servido y le sirve? No lo creo. De todos modos, tenga usted la evidencia que, desde ahora, dedicaré todas mis energías a barrer con lo que usted supone un peligro, aclarándole el panorama.

Escalona le clavó el estilete de su mirada:

—¿A qué te refieres?

—A lo que me dijo usted hace un momento.

—Pero, ¿a cuál panorama? Precisa las cosas.

—Al que circunda la hacienda. Todavía queda por allí un rancho que debe desaparecer.

—¿Te parece?

—Señor, conviene sacar de raíz todo lo que signifique amenaza. Creo que en esto estamos de acuerdo.

Escalona se encendió de alegría. La interpretación que había dado Garrote a sus palabras coincidía con el deseo vago e impreciso que acariciaba, o sea el de hacer desaparecer todo vestigio de los Yoveraques en esa región. ¿Por qué no se le habría ocurrido eso antes? ¿Cómo había podido ambular por los caminos de su fundo, existiendo a poca distancia un bastión plagado de peligros? No; no era posible permitir semejante foco de rebeldía en sus linderos o, para ser más exacto, en su propia hacienda. Porque lo que restaba en buena cuenta de la chacra de José Celestino era suyo. De alguna manera tendría que resarcirse de tantas calamidades físicas y morales. Y, alentado por un fuego interior, que avivaba su ambición de dominio, gritó a Garrote:

—¡Has perdido tiempo, infeliz! Las cosas se hacen bien o no se hacen. Barre con esa choza inmunda, donde se concibió y preparó el atentado, y apodérate de lo que corresponde a La Fraternidad. No puedo tolerar mayores abusos. Que ningún Yoveraqué pise más esa tierra, porque desde hoy la declaro mía. ¡Mía! Y prepárate por si acaso aparece por aquí el bandido de Froilán. ¿Llevaba el camino de Lambayeque?

—Creo que venía para acá.

—¿Para acá, dijiste?

—Bueno, en dirección de esta provincia.

—Hay que acabar con él. Así desaparecerán finalmente todos nuestros enemigos.

—Así es, señor, porque a José Tadeo no merece la pena de contarlo.

—¡Cómo! ¿Otro? ¿Quién es ese José Tadeo?

—El hijo de la Encarnación; el que estudia para abogado en Lima por cuenta del cura. Me dicen que regresará pronto.

—¡Ah! Ya me acuerdo...

Y Escalona volvió a estremecerse. ¿Un abogado en proyecto entre los Yoveraqués? El doctorcito podría ser el origen de nuevas inquietudes, el exhumador de un asunto casi liquidado. ¡Tan peligroso era el papel sellado como los tiros! ¿Y qué había pensado sobre esto Garrote? Como de costumbre, nada. Por más obstáculos que salvaba, siempre quedaban otros todavía. Y es que no contaba con subalternos adictos a su persona, fieles en cuerpo y alma a La Fraternidad.

El mayordomo adivinó sus pensamientos:

—Señor don Eustaquio, no se preocupe. Yo tam-

bién siento en lo más hondo las canalladas de los Yoveraqués —recordaba el odio con que lo hería Isabel— y estoy pronto, como usted supondrá, a aniquilar hasta el último miembro de esa tenebrosa familia. Todo lo tengo preparado. Dios está de parte de la justicia.

* * *

Garrote reunió cierta noche seis hombres de su diabólica cuadrilla y se encaminó con ellos al lindero norte de La Fraternidad, llevando el propósito de arrasar el miserable rancho de los Yoveraqués y anexar el resto de su chacra a las amplias y exuberantes tierras de Escalona para que contribuyera también a engrandecer la economía nacional con su producción algodонера.

La noche era suave. Titilaban en el firmamento miriadas de luceros, bendiciendo la generosa obra de Garrote. Al paso de los siete hombres, una fuga de alimañas estremecía las malezas. En la orilla del río, las ranas elevaban a los astros un himno desigual, de tonalidades ásperas. Un perro ladraba en la lejanía a algún fantasma. Los cocuyos encendían sus lamparitas mágicas entre el ramaje de los arbustos, convirtiéndolos en arbolillos de Navidad.

Garrote ordenó hacer alto al llegar al cerco. En el nocturnal silencio cómplice, sopló a su gente:

—Lo primero, acabar con los perros. Tú, Régulo, arrástrate hasta cerquita de la casa y arroja esto.

—¿Qué es, don Torcuato?

—Carne, bellaco. Es para los perros. Pero no te la comas porque está envenenada.

El coro de mulatos precisó un conato de risa que contuvo Garrote:

—¡Schissss, c...! Callen o todo se va al diablo.

El llamado Régulo cogió el paquete con los trozos de carne y empezó a reptar como serpiente, cuidando de no hacer ruido. Los otros se sentaron a esperar, mientras la sinfonía de las ranas les llenaba los oídos. Un zambo menudo y amojamado encendió un cigarrillo, aspiró fuertemente el humo y se lo pasó a otro, el que, a su vez, hizo lo mismo con un tercero. El punto luminoso se convirtió en un nuevo cocuyo.

Al poco rato sintieron un crujido de ramas rotas y, luego, la voz afónica de Régulo:

—Don Torcuato, avancé hasta cerca de las quinchas del rancho y esparcí por un lado y otro los pedazos de carne.

—¿No me engañas?

—Por estas — juró Régulo, llevándose el índice y el pulgar en cruz a la jeta.

—Entonces, aguardemos.

Y esperaron como un cuarto de hora, hasta que Garrote cogió una vara de pájaro-bobo y la arrojó en dirección de la casa de los Yoveraqués. El madero hizo un ruido seco al tropezar con la maleza y, después, quedó todo en silencio. “Magnífico —pensó— no han ladrado los perros”. Repitió la prueba y tampoco dieron señales de existencia. Entonces ordenó avanzar.

Rápidamente, toda la cuadrilla atravesó el débil cerco que, meses atrás, había hecho trasladar Garrote a ese lugar, y penetró en la propiedad de José Celestino, es decir en lo que le restaba después del robo. Ya

no les preocupaba a los desalmados la bravura de Cu-lebrón y Macanche. Por allá estarían retorciéndose de dolor bajo los efectos de la estricnina. Y no se equivocaban al suponerlo. Los pobres animales, que sólo se habían alimentado en los últimos tiempos de desperdicios de camotes y yucas, apenas olieron la carne corrieron a devorarla y, en esos momentos, se extinguían entre convulsiones horribles.

Como un capitán de bandidos —y alma de ello tenía — el mayordomo mandó a sus hombres que prendieran fuego al rancho, disposición que cumplieron al instante, comenzando a arder la paja y demás materiales de la débil construcción.

En buena cuenta, Garrote había terminado ya su proterva tarea. Pero todavía se quedó allí contemplando cómo las llamas consumían velozmente lo que había sido hogar feliz de los Yoveraques por muchos años, tal vez por siglos. El espectáculo le deleitaba. Podía admirarlo con fruición, libre de testigos importunos. Sin embargo, los estridentes gritos de los dos hijos de la Encarnación le sacaron pronto de su embelesamiento, obligándolo a arrojarse al suelo para que no lo vieran. Los infelices muchachos burlaban riesgosamente las llamaradas, huyendo despavoridos hacia la chacra con la visión del fuego en las pupilas.

Al poco rato, el rancho ya no fue más que un montón de cenizas humeantes, entre las que crepitaban todavía algunos maderos encendidos. Pero el corral, al que había llegado tarde el fuego, ardía vivamente, exterminando a las cabras, que balaban desesperadas, sin poder encontrar una salida por donde escapar. Su lastimero balido se sumaba a los agudos gruñidos de los

dos puercos, cuya carne achicharrada despedía ya un fuerte y repugnante olor.

Poco duró también esta pavorosa escena. Los gritos angustiosos de los animales fueron bajando de intensidad hasta desaparecer completamente, y sobre el sitio donde se había erguido el hogar de José Celestino sólo quedó un penacho de humo negruzco, amortajando los restos de maderos y de animales.

La noche volvió a tender su manto de estrellas sobre la tierra fecunda.

Garrote emprendió camino de regreso con su pandilla. Iba contento. Consideraba su obra perfecta. Sin embargo, cuando pisó de nuevo La Fraternidad cayó en la cuenta que, si bien había eliminado de la superficie de la tierra el último reducto enemigo, le faltaba establecer solución de continuidad entre la hacienda y la chacra conquistada. Y, sin titubear, ordenó a su gente que destruyera también el cerco. Entonces los seis hombres se dividieron en dos grupos, caminando el uno al Este y el otro al Oeste, y, en escasos minutos, cumplieron su misión. Las estacas de algarrobo y las ramas de pájaro-bobo ardieron fácilmente.

Cuando el mayordomo llegó a su casa contempló emocionado la serpiente del cerco, iluminada de un extremo a otro. La Isabel la vió también, avivándosele en el alma otra hoguera: la del odio por el hombre que la mantenía prisionera, esperando que accediese cariñosa a sus constantes requerimientos.

* * *

Como de costumbre, el tren de Paita llegó a las cinco y media de la tarde. De un vagón de segunda clase descendió José Tadeo Yoveraqué, estudiante que acababa de aprobar el cuarto año de Derecho. Sus ojillos mongólicos escudriñaron en los grupos de parientes y amigos de los viajeros, pero no lograron descubrir a su protector, el cura de Catacaos. “No ha venido —se dijo, olvidando que don Isidro le había informado en varias cartas sobre sus dolencias—. ¿Qué hago ahora?” Y, a pasos menudos, porque el peso de la maleta no le permitía caminar ligero, abandonó la estación, sin saber realmente adónde ir. Mas cuando pasaba cerca del monumento erigido al Almirante Grau encontró al sacristán, quien lo había estado buscando infructuosamente por todo el recinto de la estación y que, convencido de haber viajado en vano, se encaminaba ya a casa de una comadre para pasar allí la noche. Angustiado, José Tadeo le preguntó:

—¿Y don Isidro? ¿Por qué no ha venido?

—Pero, muchacho, ¿cómo iba a trasladarse hasta acá cuando el pobre está tan maluco? Las piernas ya no le funcionan bien. ¡Los años, los años! Te cargaré la maleta.

—Tómala. ¿Habrás traído caballos?

—No.

—Entonces busca la forma como pueda constituírme en Catacaos.

—Ya tendrás tiempo para eso.

—No; quiero estar hoy mismo en el pueblo.

—Pues si lo deseas, no te queda otro recurso que irte volando, porque el tren no sale hasta mañana, y ca-

ballos nadie alquiler ni presta. Durmamos esta nochecita en Piura y mañana saldremos a Catacaos.

José Tadeo hizo un gesto de desagrado. No había pensado en este contratiempo, creyendo ingenuamente que don Isidro lo esperaría en la estación como en años anteriores. Se quitó el sombrero de fieltro, de ala ancha, dejando al descubierto su cabellera azulenca y brillante, planchada hacia atrás, y se limpió el sudor de la frente con el pañuelo. “¡Qué contrariedad!” — exclamó.

Comprendiendo su desasosiego, el sacristán le consoló filosóficamente:

—Nada conseguirías yendo hoy mismo al pueblo.

José Tadeo se irritó:

—Tú no me comprendes, hombre de Dios.

—Sí que te comprendo; por eso te lo digo. Y óyeme, más te conviene quedarte aquí para . . .

—¿Para qué?

—Bueno, para que hables con tu abuelito y con tu mama.

—¿Estás loco? ¿Y qué hacen ellos aquí?

—¿No lo sabías? —contrapreguntó el sacristán, arrepentido de haber tocado un punto que el otro ignoraba—. Pues ya que se me escapó en parte, mejor será que te lo diga todo. Los tragos amargos hay que pasarlos de un golpe. Pero no se . . .

—¡Habla, Fidel!

—Bueno, que a ambos los han traído de Catacaos . . .

José Tadeo comprendió. No necesitaba inquirir dónde se hallaban. Conocía de sobra las reticencias del sacristán. Lo sensato era, pues, seguir su consejo y procurar entrevistarse con las dos víctimas. Or-

denó a Fidel que le llevara la maleta al Hotel Colón, donde pernóctaría, y se fue ligero a la cárcel, anonadado por su tormenta interior. Atravesó las escasas cuadras de la Avenida Grau, torció luego hacia la derecha y pronto estuvo en la Plaza de Armas, en uno de cuyos lados se hallaba la cárcel, bajo el Cabildo.

Cuando ilegó al vetusto edificio colonial, un sargento de policía, que custodiaba la entrada, le preguntó:

—Ooooooye tú, ¿qué, diablos, quieres aquí?

La estridente voz de altibajos despectivos, molestó al estudiante y, más que eso, el tuteo. El no estaba acostumbrado a tal tratamiento, pues hasta los cate dráticos de la Universidad le hablaban con tono mesurado y cortés. ¿Por qué, pues, ese zambo de labios carnosos e hinchados se permitía dirigirse a él de modo tan descomedido? ¿Se sentía acaso un brigadier por llevar una jineta negra prendida en su chaqueta sudosa y descolorida? Conteniendo la rabia, le repuso:

—Busco al Mayor de Guardias.

—¿Pa qué?

—Deseo tratar con él un asunto.

—Si es privado, anda esta noche a su casa, y si tiene relación con el servicio, aquí me tienes a mí. Habla no más.

—¿Así que ahora no vendrá el Mayor?

—Bien clarito te lo he dicho. No pierdas tiempo y expón lo que te interesa.

José Tadeo dominó sus escrúpulos:

—Pues quería hablar con unos parientes que se encuentran aquí.

—¿Cómo? ¿Quieres hablar con unos presos? Va-

ya con el jovencito. Tú estás chiflado. ¿Ignoras que sólo se permite hablar con los detenidos a ciertas horas y mediante permiso?

—Se lo estoy pidiendo.

—Bueno, mejor es que te retires antes que pierda la *pacencia* y te meta entre rejas *pa* que mañana barras el patio y ayudes en otros servicios.

José Tadeo se mordió los labios. Sus achinados ojos refulgieron coléricos. Pero, ¿de qué valía protestar ante ese estúpido, infatuado por el mando y encallecido por la costumbre de cometer abusos? Prefirió mejor saborear en silencio la amargura de su impotencia y esperar un momento propicio para hablar con sus parientes, después de lo cual iniciaría la campaña judicial. Porque el estudiante de Derecho, convencido de que los Códigos, cuyos artículos le bailaban en el cerebro, eran las mejores armas para alcanzar la justicia, cultivaba el propósito de fulminar con ellos a sus enemigos y resarcir a los suyos de tantas calamidades.

Contando los pasos se marchó al hotel. Iba sofrenando su rabia, alentado por el recuerdo de lo que había oído pontificar a cierto catedrático sobre las ventajas de mantener la ecuanimidad y de cultivar la paciencia como medios indispensables para triunfar en la vida.

En la puerta del establecimiento recibió su maleta de manos del sacristán y solicitó una habitación al hotelero, a quien apodaban Lata, tal vez por la facilidad que tenía para hilvanar sin tregua cuentos picarescos, anécdotas sutiles y bromas ingeniosas. Se despidió luego del sacristán, no sin antes encargarle que, al día siguiente, se presentase temprano, y se refugió

en su cuarto. No deseaba ver a nadie. Quería que la soledad fuese su única compañera. Se tendió en el lecho y se puso a sollozar. Su tragedia era infinita, eco de la de su familia. Recién se daba cuenta que los años que pasara en Lima le habían servido únicamente para distender las alas y vislumbrar a medias la libertad. Porque allí, en su provincia, era un esclavo. Lo esclavizaban los convencionalismos, las costumbres, las leyes violadas. Nada más que un esclavo. Vaya si no era una triste paradoja. Pero lucharía sin tregua. Lucharía aunque dejase la piel, la sangre, los huesos en la pelea. Acudiría a los jueces. Les hablaría el lenguaje del corazón, les pintaría con trágico colorido la increíble sucesión de delitos cometidos contra los suyos.

A las ocho de la noche, el estudiante escuchó golpes en su puerta. Al principio suaves, después fuertes. Contestó. Era un mozo del hotel que había sido su condiscípulo en el Colegio de San Miguel:

—¿No quieres bajar al comedor?

Abrió José Tadeo. No deseaba comer. Estaba fatigado física y espiritualmente. Todo le repugnaba, desde los alimentos hasta las esencias más gratas de la vida.

El mozo, que conocía su desdicha, le exigió:

—Mejor baja, José Tadeo. Debes comer algo. Con el estómago lleno las penas duelen menos.

—No, no; no tengo hambre. Necesito dormir.

—No lo podrás. Esta noche hay fiesta en el hotel con las triples y coristas de la Compañía italiana de operetas. Y estas reuniones duran hasta la madrugada. Vienen aquí todos los señorones de Piura a diver-

tirse con las muchachas. No podrás dormir. El piano sonará largo.

Y así fué. José Tadeo escuchó casi toda la noche los vales, las risas, los cantos y gritos del alegre grupo, a los que marcaban ritmos alocados los taponazos del champagne. Y pensó en las tremendas desigualdades que encierra el mundo. Mientras en el hotel se reía, se amaba y se bebía copiosamente, su madre y su abuelo se pudrían en la prisión, víctimas de la maldad y del ensañamiento. Y como ellos, ¿cuántos otros purgarían allí el abominable delito de haberse atrevido a defender lo propio?

A las cinco se quedó dormido. La fiesta había cesado. Las descocadas tiples, después de arrullar a sus amigos con trinos dulzones, ahora roncaban vulgarmente, ahitas de vino y de caricias.

Poco después llegó el sacristán. Despertó a José Tadeo, que ni siquiera se había desvestido durante la noche, y bajó la maleta.

La ciudad despertaba. Los cargadores se agrupaban a la puerta del hotel en busca de viajeros a quienes conducirles el equipaje a las estaciones. Sus asnos rebuznaban en la calle.

Luego de lavarse, el estudiante descendió al comedor con la intención de tomar el desayuno, pero como los mozos empezaban recién a hacer la limpieza, prefirió partir con el estómago vacío. Enrumbó en dirección del río, hasta llegar a la calle de San Francisco; siguió a lo largo de ésta y torció después hacia el puente, bajo cuya armazón oscura se deslizaban suavemente las aguas del Piura a la caricia del sol tierno de la mañana. Todo era paz. Grupos de arrieros y mu-

jeros con canastas colgadas del brazo pasaban tranquilamente, comentando banalidades.

José Tadeo llegó a la estación del diminuto ferrocarril que unía Piura con Catacaos, donde lo esperaba ya el sacristán entre una multitud de indios emponchados, y adquirió los pasajes.

* * *

Don Isidro Lozano no se mostró sorprendido cuando se le presentó el estudiante en la sacristía. Se había preparado para ese momento, pensando que un gesto de flaqueza podría agravar la tensión espiritual de su protegido.

—Te esperaba —le expresó—. Oí el silbato del tren y me dije: “Allí viene José Tadeo”. Pues estás hecho todo un hombre —le abrazó cordialmente—. Pensé ir a recibirte, como de costumbre, pero mi salud no me lo permitió. Así debe habértelo dicho Fidel. Los años no pasan en vano. Dejan huellas. ¡Quién como los jóvenes!

—Cuando son felices —completó el estudiante la frase con cierto amargo retintín.

—Así es, así es, no lo niego. Pero cuando se tiene por delante una legión de años para perseguir la felicidad. . . Bien sabes que a veces el Señor nos manda padecimientos para poner a prueba nuestro temple espiritual. ¿Qué clase de mundo sería éste si todo fuera en él permanente alegría? ¿Cómo podríamos apreciar entonces este don del Cielo? No existiría punto de comparación.

—Estoy de acuerdo con usted, don Isidro, pero

debe también convenir conmigo que hay penalidades de penalidades. Y la mía sobrepasa a muchas, por no decir a todas.

—No exageres, José Tadeo, que ni siquiera has perdido a ninguno de los tuyos. Cuando los males tienen remedio, no hay que abandonar la esperanza.

—No la he perdido, pero eso no me ahorra el sufrimiento. Piense que no he podido ver ni a mi madre ni a mi abuelo.

—Ya los verás. Paciencia, paciencia. Dios es grande.

José Tadeo era religioso. Su protector le había inculcado desde niño los preceptos cristianos, mas en ese momento se resistía a acogerse a las promesas con que fortalece la iglesia, considerándolas lejanas e imprecisas. No; él quería combatir. Le dolía demasiado su tragedia para permanecer impasible. Por eso, esta vez lamentaría mucho no seguir al pie de la letra las directivas del cura, pues hacerlo le significaría claudicar.

Don Isidro leyó en la mirada fría y en el gesto airado del estudiante tal decisión y adelantóse a manifestarle:

—Yo no te pediré que te cruces de brazos o que pretendas alcanzar la justicia dedicando días y noches a rezar. No. Lo único que te aconsejo es que lles las cosas por los caminos de la legalidad . . .

José Tadeo se rebeló:

—¿Acaso ellos los han usado?

—Sí, es verdad, pero no debes olvidar que esos descarriados cuentan con medios para esquivar la sanción. Tienen fuerza suficiente para cometer atrocida-

des; tienen dinero para comprar jueces, para comprar autoridades. No lo olvides.

—Pero yo los confundiré con la verdad; los atraparé de pies y manos en la picota de la vindicta pública; les enseñaré a caminar en línea recta.

—Ojalá lo consigas. Yo te ayudaré hasta donde pueda, si procedes legalmente. Pero, de todas maneras, pon cuidado en lo que hagas. No deseo verte también envuelto en la misma desgracia que aflige a los tuyos. Eres todavía joven.

—Pierda usted cuidado. Trataré de defender a los míos sólo con la ley en la mano.

El cura no quiso discutir más para no debilitar la fe del mozo; aquella fe que le movía a defender la justa causa de su abuelo y de su madre. Y le dijo:

—Anda con Dios, muchacho, y descansa. Después hablaremos más largo, ya que conviene actuar en frío. Además, es necesario que conozcas detalladamente toda esa larga serie de inauditas infamias para que puedas recurrir a los tribunales. El doctor Valerio puede firmar tus escritos. Ya he hablado con él. Pero serénate, serénate, que todo saldrá bien. Dios es grande.

* * *

El doctor Sabino Valerio estaba asombrado del talento jurídico de José Tadeo Yoveraqué. Cada vez que le llevaba escritos para que los firmara —previo pago de dos soles— los leía y releía con deleite, saboreando la miel de la lógica que rezumaban. Y eso no era todo. También emanaba de ellos una fuerza extra-

ña, que no tenía su origen en los artículos del Código bien citados, sino en el espíritu del que los redactaba. Eran páginas ardientes, sin artificios ni efectismos, sin esa hojarasca jurídica que suena a falsedad, de las cuales afloraba una sed de justicia, que no era sólo la que él sentía, sino también la que sentían tantos desdichados desposeídos de sus tierras.

El estudiante no descansaba. Aunque fatigado de su intensa labor del día, en la noche se engolfaba de nuevo en la lectura de los códigos y en la revisión y ordenación de la serie de datos que obtenía en sus interminables investigaciones. El cura evitaba detener o morigerar esta tenaz campaña. Mientras su protegido no se encaminara por los vedados senderos de la violencia, podría contar con su aquiescencia y hasta con su ayuda.

A menudo, José Tadeo iba a Piura a ver a su madre y a su abuelo. El Mayor de Guardias se había encariñado con él y le permitía entrar al resquebrajado e inundo edificio de la cárcel hasta en horas prohibidas por el Reglamento. De estas visitas retornaba con el espíritu quebrantado. Le angustiaba contemplar a ese anciano roído por las enfermedades, seco y retorcido como una rama carbonizada, que apenas podía balbucir unas cuantas frases; y a esa mujer entera y estoica, que no sabía quejarse y que le reclamaba siempre mayor energía, en cuyo espíritu ardía una perenne hoguera, alimentada por el rencor.

José Tadeo no sólo visitaba la cárcel para fortalecerlos con sus palabras cariñosas y llenas de fe, sino también para que le ilustraran ampliamente sobre lo acaecido durante su ausencia, a fin de reunir el ma-

yor número de argumentos probatorios de la culpabilidad de sus enemigos.

Deseoso de hablar con Chutuco y Sernaqué, testigos que presentara su abuelo en la inspección ocular, el estudiante hizo un viaje a Lodazales, aldea que gemía bajo la intolerable dictadura de Salvador Chotera. Pudo entrevistarse con los ancianos y conseguir los datos que necesitaba, y cuando volvía grupas, se dió de pronto con el teniente gobernador, quien, despótico, le interrogó:

—¿Puedo saber quién es usted y qué hace por aquí?

El mozo, que ya tenía vastas referencias sobre el cambio brusco experimentado por su pariente desde que lo convirtieron en autoridad, sofrenó su bestia y repuso sonriente:

—Igual pregunta podría formularle yo a usted.

—¿Se atreve a faltarme el respeto? Soy el teniente gobernador. . .

—¡Ah! —fingió sorprenderse José Tadeo—. Usted es el ilustre Salvador Chotera, cuya fama anda en lenguas por el Departamento y fuera de él.

—El mismo. ¿Puedo servirlo en algo?

—Sí, en proporcionarme unos informes que requiero.

—Con mucho gusto, pero sólo los doy en la gobernación. Acompáñeme. Pero antes dígame su nombre.

—Soy José Tadeo Yoveraqué.

En la cara del teniente gobernador se cuajó el asombro:

—¿Tú, José Tadeo? Si no me lo dices, no te hu-

biera reconocido nunca. Y esto que, como autoridad, me gasto una memoria de mamey pa dar con los pícaros, aunque éste no sea el caso. Así se pongan máscara los conozco. Porque tú debes saber *dotorcito* que a tu pariente Salvador Chotera no se le escapa ningún *delicuyente*. Todos caen tarde o temprano en sus manos.

—¿Así que puedo abrigar todavía la esperanza de que los forajidos de La Fraternidad. . . ?

—No, *dotorcito*, no; esos no son de mi *juridición*, sino ya los tendría en el cepo.

Llegaron a la gobernación, que ya no se parecía en nada al miserable rancho de meses atrás. Suficientes habían sido las multas para renovarle las paredes y cambiar su tejado de paja y barro por uno de zinc.

Chotera hizo recorrer a su pariente el flamante edificio, cuyas habitaciones habían adquirido cierta prestancia merced a los muebles de caoba que las llenaban. Además, numerosos tiestos de flores y enredaderas ponían una cándida nota de primavera en el patiecito interior, donde Chotera solía dormir la siesta en una hamaca, colgada en tal forma, que desde ella podía vigilar a los presos que mantenía frecuentemente en el cepo.

José Tadeo comentó con disimulada ironía las bellezas de la casa, mas cuando llegó al corral y vió en el instrumento de tortura a un indio sujeto de las piernas —nunca faltaba alguno— no pudo reprimir un sincero gesto de protesta:

—¡Cómo! ¿Qué significa esto?

—La justicia, *dotorcito*, la justicia.

—¿Pero ignora acaso el teniente gobernador que el castigo corporal está prohibido por las leyes?

Chotera se molestó. ¿De dónde le salía su pariente con esas ideas? ¿Quién le había dicho que en cárceles cómodas se corregían los delincuentes? Bien lo había afirmado él siempre que los colegios y las universidades no servían más que para llenar de humo la cabeza de los estudiantes. ¡Qué ocurrencias las del doctorcito! Tragarse tantos libros para venirle con esas candideces, como si tuvieran derecho a la piedad los pícaros y bochincheros. “Puras *ideyas*, puras *ideyas*” — le repitió a José Tadeo, tolerándole tan enojosas consideraciones por el parentesco que le ligaba a él.

—Me horroriza oírte hablar así, Salvador. Como ya te lo he manifestado, ninguna ley te autoriza a tener a nadie en el cepo.

—¿Y *pa* qué necesito yo las leyes? Yo soy aquí la ley, *dotorcito*. Y el que no anda derecho va al cepo o le rajo las espaldas y el rabo a latigazos. Ya lo sabes.

José Tadeo, que vibraba agresivo por todo lo que le recordara la injusticia, acentuó su protesta, sin tomar en cuenta el carácter cerril y autoritario de su pariente, pronto a cualquier insensatez. No le parecía propio que cometiera abusos y crueldades de semejante naturaleza con gentes de su raza, cuando él mismo podía ser más tarde víctima de un atropello. Pero Chotera, en vez de acoger las advertencias de ese mozo de cultura superior a la suya, las consideró ofensivas a la dignidad de su cargo. Y José Tadeo tuvo que controlarse y finalmente irse antes que el teniente gobernador le aplicara su sistema de multas, confiado en que obraba bien en todo y en que el Prefecto le sostenía.

Todavía, desde la puerta, le recordó a Chotera,

creyendo convencerlo así de que debía desterrar los castigos corporales:

—Yo de ti no pondría tanto empeño y celo en cumplir con esas penosas obligaciones, porque muy pronto cambiará el gobierno.

El testarudo no se inmutó:

—Eso poco me importa. Como soy gobiernista, con el nuevo gobierno seré *tamién* gobiernista.

El estudiante dejó el caserío asqueado. El, que andaba como un apóstol predicando justicia y reclamándola, no sólo para los miembros de su familia, sino también para todos los indios en general, acababa de comprobar lo que se murmuraba de ese ejemplar desnaturalizado que, por satisfacer su proterva ambición de mando, no titubeaba en denigrar, escarnecer y castigar a sus propios hermanos, en lugar de constituir con ellos un solo frente a fin de defenderse de las iniquidades de algunos patrones.

Al llegar a Catacaos se cruzó con un jinete que llevaba el caballo a media rienda. Reconocerle y gritarle: “¡Tío Froilán!”, fue simultáneo. Este, que ya había avanzado buen trecho, hizo volver por sus pasos al moro que montaba:

—José Tadeo, no pensé encontrarte. ¿De dónde vienes?

—De Lodazales. Fuí en busca de los testigos de la inspección ocular.

—¿Y para qué?

—Para pedirles informes.

Froilán Yoveraqué lanzó una carcajada de tono sardónico, mientras acariciaba las crines espesas de su cabalgadura. El estudiante se extrañó:

—¿Por qué se ríe, tío?

—Porque estás perdiendo el tiempo miserablemente. Mejor regresa a Lima y termina tu carrera para que puedas defender a los hacendados. Los pobres no llenan la barriga de los abogados.

—No sea usted descastado, tío. Recuerde que tiene a su padre y a su hermana en la cárcel. Hay que vengar a los que han sufrido y sufren. ¿Y mi desdichada hermana...?

—De acuerdo, pero no con papeles y sermones. Pierdes tu tiempo. Te lo aseguro. Terminarás en el manicomio o en la cárcel.

—No lo comprendo, tío.

—Mejor. Tú piensas que los agravios se reparan con juicios enrevesados que, cuando acaban, ya han muerto las inocentes víctimas. Esa es tu táctica. La que te enseñaron en Lima y la que se encarga de recordarte en Catacaos el cura. Yo pienso de otra manera. Y ahora, sigo viaje. Por este camino pasa mucha gente y no deseo tener un mal encuentro. ¿No te parece?

—Nadie supondrá que es usted, pues hace ya mucho tiempo que lo dieron por muerto. Hasta los diarios de Lima publicaron un telegrama de Lambayeque con la reseña de caídos en un combate, en la que figuraba usted.

—Mejor que mejor. De todas maneras, ya estoy muerto.

—Daré a mi madre y a mi abuelo la buena noticia de que usted vive.

—No te preocupes. Yo los visitaré pronto. No me asustan cachacos ni gendarmes. Y te recomiendo,

abandona los papeles, que con ellos no sacarás nada, absolutamente nada.

José Tadeo se encrespó:

—No me hará cambiar nadie ni nada, tío. Persistiré en mi campaña justiciera. Lo he jurado.

—Allá tú — repuso Froilán Yoveraqué, hincando las espuelas al moro y murmurando luego: “Muchacho tetudo!”

* * *

Una mañana, Froilán Yoveraqué entró tranquilamente en el patio de la cárcel en compañía de un alférez. El antiguo guerrillero llevaba sombrero “a la pedrada”, o sea con la parte delantera del ala aplastada contra la copa, y un poncho listado. Marcaba el compás de sus pisadas un tintineo de espuelas. Había dejado su moro en plena Plaza de Armas.

—En esa cuadra está tu padre —le dijo el oficial, señalándole la reja de la izquierda, donde un grupo de presos, barbudos y famélicos, soltaba un chorro de tacos y obscenidades a los que ambulaban por el patio—. Y en la del fondo encontrarás a tu hermana.

La fortaleza moral de Froilán se quebró al acercarse al lugar donde se hallaba José Celestino. Pidió a los detenidos, que se prendían de los barrotes de la reja como los orangutanes de los de sus jaulas, que llamaran a su padre, pero uno de ellos le aconsejó:

—Mejor no lo vea, amigo. El viejo da pena. Ya ni quiere hablar con nadie.

—Llámalo, te digo.

La imperativa voz de Froilán desconcertó al preso, quien, en vez de insolentarse, fue a liberar al anciano de su perenne sueño:

—Don José Celestino, lo busca un señor.

—¿Quién? — inquirió aquél con voz suave y aflautada.

—Un señor —le repuso el otro y, volviéndose al visitante—. ¿Cómo se llama usted?

—Dile no más que soy un pariente.

José Celestino enfocó con sus ojos pitañosos la figura que se recortaba tras la reja y reconoció a su hijo:

—Es mi Froilán.

Entre los presos corrió como un ronroneo de moscardones. “Es Froilán Yoveraqué”; “¡El famoso Froilán!”; “¡Ah, el montonerol!” “¿Y cómo lo han dejado entrar? ¿Se vendrá a quedar?” Y los que estaban junto a la reja se retiraron.

—Tarde o temprano tenías que caer *tamién* por aquí.

El ex-guerrillero se irguió orgulloso:

—Taita, sólo he venido a verlo.

—¿Y cómo te han dejado pasar?

—Me lo permitió un alferez apellidado Machuca, a quien salvé de perecer por Pabur cuando el cura derrotó a las tropas del gobierno. No lo ha olvidado. Y tan luego le pedí este favor, me lo hizo.

—Pero . . .

—No se preocupe. Aquí me encuentro más seguro que ambulando por los caminos. Nadie me hará nada. Los mismos soldados me resguardan. ¿No es para reírse?

—¡Ah! —sonrió el viejo levemente—. Eres el mismo cholo marrajo de siempre. No te compones.

—¿Cómo lo tratan aquí, taita?

—Así, así.

Involuntariamente, Froilán paseó la mirada por el interior de la inmunda cuadra de paredes oscuras y pringosas, tatuadas de figuras y letreros obscenos. En el centro de ella, un grupo de presos jugaba briscán. Las sebosas cartas recorrían las manos de uñas enludadas. En los rincones se arracimaban otros, en perfecta inmovilidad, como si estuvieran muertos. Un vaho pesado, en el que flotaban olores de ropas sucias, colillas de mal tabaco y humedad, salía de aquel antro repugnante.

El viejo continuó:

—Los presos que tienen familia acomodada comen bien. Lo mismo los que disfrutan de plata. Unos reciben la comida, otros se la compran a las mujeres que tienen aquí ese negocio. Pero como yo no siento hambre ni tengo muelas pa comer. . . Si pudiera estar siquiera con mi Encarna. Siempre viene a verme José Tadeo. Me asegura que las cosas andan bien; que pronto saldremos de aquí.

A Froilán se le escapó:

—Tetudeces, taita, tetudeces. Con los papeles se limpian el rabo los blancos. Yo sé que usted saldrá pronto, porque sólo le acusan de cómplice, pero la pobre Encarna, que tuvo la estupidez de declararse culpable. . .

—José Tadeo la sacará de aquí.

—Crea lo que quiera, taita.

El anciano se enfadó:

—¿Entonces sólo has venido a decirme que estamos *fregaus*? Para eso mejor te hubieras quedado en la montonera.

—La montonera, taita, ya no existe. Nos derrotaron hace ya mucho tiempo, y cada uno se fue por distinto camino. Al cura le faltó algo bajo la sotana . . .

—No *reveceyes* del cura.

—Hablo de él como jefe de montoneros.

José Celestino se quedó pensativo. Los recuerdos le bailaban en la mente, pero no sabía cuál era el que buscaba. Al fin se le presentó mansamente:

—¿Viste ya a mi Encarna?

—Todavía no, taita.

—¡Con quién se habrán quedado mis nietos!

Froilán ignoraba dónde se hallaban, pero mintió:

—Se los llevó mi hermano Manuel Antuco al otro río. Me dicen que están muy bien.

—Y tú, ¿qué haces?

—Correteando por allí.

—¿Has ido por la chacra?

—No, taita, pero iré pronto.

En la entonación que imprimió Froilán a sus palabras, el viejo José Celestino advirtió una escondida amenaza. Y tembló. No quería que por su causa rodaran también al abismo otros miembros de su familia, agravando una situación que, a su ingenuo modo de ver, tendía a mejorar, pues creía ciegamente que la Encarnación saldría pronto de la cárcel, ya que su hijo araba mar y tierra por conseguirlo. En cuanto a su propia situación, ni caso hacía de ella, porque, según la filosofía de sus cálculos, ¿para qué necesitaba la libertad? ¿Para complicar más la vida de sus hijos y de sus nie-

tos? ¿Para arrastrar su miseria por los caminos como aquellos pordioseros que limosneaban los sábados con una alforja en el hombro? No; más le valía dejar los huesos en la cárcel. Allí soñaba. Su prisión le parecía ahora de rejas doradas. Además, ya le hastiaba la vida. Muchos años agobiaban sus espaldas. ¡Ni sabía cuántos! Casó tres veces y tuvo veinte hijos. Unos murieron, otros se fueron lejos. Incontables nietos se habían prendido también de sus rodillas y escuchado sus cuentos candorosos, pero ahora andaban por sabe Dios qué mundos. Muchos bisnietos le rodearon igualmente. Y así, por muchos lustros, tuvo la suerte de ver a su lado una inmensa prole, semejante a las ramas de un frondoso árbol, disfrutando de igual savia y de igual verdura. De todo aquello le quedaba sólo un recuerdo risueño. Eran cenizas de una hoguera extinguida. Cualquiera día, dos de sus compañeros de encierro le meterían en una caja de pino, pintada de negro, y le entregarían a los sepultureros. Y nadie volvería más a recordarle.

El viejo apretó los barrotes llenos de orín y se encaró con su hijo:

—Oye, cholo del demonio, yo leo algo en tus ojos: tú quieres hacer una locura.

—¿Yo, taita? Usted delira.

—No le busques tres pies al gato. Ya estamos bastante *fregaus pa* que tú nos *friegues* más. Andate mejor a un lugar lejano y quédate allá hasta que se olviden de ti. Con los blancos no se puede luchar. Siempre salen ganando.

Froilán se encrespó. ¿Que siempre salían ganando los blancos? Se equivocaba el pobre viejo. El nun-

ca se había dejado doblegar por nadie y todavía galopaba por los caminos, esquivando la tenaz persecución de los gendarmes y las celadas de ciertos hacendados —principalmente de Escalona— que se afanaban por eliminarlo como medida preventiva para que no contaminara con su rebeldía el rebaño humilde de sus fundos.

A José Celestino se le incrustó el temor:

—No cometas nuevas fechorías, Froilán; déjame morir tranquilo. Respeta siquiera mis canas, mi triste situación. No deseo recibir la noticia de que te han abaleado por allí y que caíste sin una bendición. Escóndete, Froilán, escóndete, que el tiempo se encargará de hacer olvidar tu vida pasada.

—Taita, poco le importa a su hijo que se olviden o no de sus pequeñas culpas. Lo único que le interesa, y mucho, es que paguen algunos canallas los agravios que le han hecho, que nos han hecho. No lo puedo evitar. Porque nadie en el mundo, sépalo bien, me podrá hacer olvidar esta tragedia. Lástima que usted haya nacido con unas ideas y yo con otras. Eso no se puede remediar. Sin embargo, estoy seguro que usted pensará como yo que si los miles de indios que han existido desde que hay blancos por estas tierras hubieran hablado claro y actuado sin temores, nadie nos pisaría ahora el poncho. Discúlpeme, pues, taita, que no siga su consejo. Así he nacido y así moriré. Yo no sé si la culpa es de Dios o del diablo. Continuaré de todas maneras mi camino, aunque tenga que vérmelas con todo un ejército de gendarmes. Sabré enfrentarmeles a mi manera. Ya me ve usted en plena cárcel y nadie me molesta.

José Celestino le repuso con un acento en el que el reproche iba envuelto en una sonriente ironía:

—No te compones ni te compondrás, cholo marrajo. ¡Y cuánto hice por lograrlo! Docenas de estas rompí en tus costillas y seguiste lo mismo. ¿Quién te podrá llevar ya por el buen camino?

—Por el buen camino ando ahora, taita. Y aunque le parezca pecado, le diré que el Señor me guía. Porque el Señor está con los desheredados de la fortuna, con los perseguidos por la justicia, con las víctimas de los abusos, con todos los que sufren sin culpa, con todos los que claman por un mundo mejor, con todos los que se esfuerzan por defenderse. Con ellos está el Señor.

Froilán tuvo que bajar la voz. Los presos que jugaban cartas en el suelo se levantaron involuntariamente y se acercaron a la reja, curiosos por observar de cerca a ese antiguo guerrillero, tan altivo y orgulloso, que predicaba como los curas. Uno de ellos, zambo greñudo, cruzado de cicatrices, le aconsejó:

—Mejor váyase, don Froilán. Lo pueden reconocer y entonces. . .

—No tengas cuidado. Yo conozco el terreno que piso. De todas maneras, gracias por el consejo y toma esto por él.

Y aunando la acción a la palabra, extrajo varias monedas de plata de su bolsillo y se las dió al preso, agregándole:

—Y estos otros soles para que los repartas entre tus compañeros.

Un cordial murmullo de agradecidas voces premió la rumbosidad:

—Gracias, patroncito.

—Dios se lo pague.

—Visítenos siempre, amigo.

Froilán se despidió de su padre y, dirigiéndose a los demás presos:

—No tienen que agradecerme nada. Que les haga provecho, y no dejen de cuidar a mi taita.

Y se fue a ver a su hermana, haciendo roncar las espuelas de plata.

* * *

Froilán Yoveraqué enrumbó al galope hacia Catacaos, siguiendo el camino paralelo a la línea ferroviaria. Se había dado cita en el expendio de chicha de la Agustina con dos compañeros de la extinta montonera del cura Chumán, a quienes no veía desde hacía tiempo. Los conocía sólo por sus apodos: Pajarero y Mono Seco. El primero era un serrano de Santo Domingo, corajudo y desalmado, en cuyo rostro serpenteaban dos cicatrices, recuerdo imborrable de su actuación en el asalto de un fundo, durante el cual el hacendado y varios peones se defendieron valientemente. El temido bandolero tenía viejas cuentas con la justicia, pero contaba con inagotables recursos para esquivar siempre la tenaz persecución de los gendarmes. Prueba de ello era que todavía respiraba, pues si hubiera caído en manos de aquéllos, no lo habrían enviado a Piura a comparecer ante los jueces, sino a pudrir tierra en cualquier lugar del despoblado.

Su compañero Mono Seco era también ternejo y audaz y se había echado fama de gran tirador desde el

día en que, frente a dos soldados y contando con un solo cartucho, halló la forma de matar a ambos de un tiro, volándole el parietal a uno y atravesándole el corazón al otro.

Dos días antes, Froilán los había encontrado en la senda arenosa que conduce a La Obrilla. Venían del Ecuador, en donde habían sido el fantasma de varios comisarios, y acariciaban el plan de establecerse por cualquier rincón del Departamento de Lambayeque, pero, al encontrarse con Yoveraqué, cuyas hazañas admiraban, resolvieron quedarse breve tiempo en Catacaos.

Froilán encontró aquel día a los dos jinetes en la puerta de la chichería. No se habían atrevido a entrar. Pidió un mate de chicha a la Agustina, con la que mantenía a veces fugaces relaciones, e invitó a beber a sus amigos.

Después de consumir los tres hombres algunos litros, Mono Seco propuso:

—¿Por qué seguimos “horquetados” en las bestias? Mejor bajemos.

—Eso mismo estaba pensando yo —adujo el serrano; mas Froilán, desconfiado por naturaleza, se opuso:

—No, amigos. Así estamos bien. A ustedes nadie los conoce por aquí, cosa que no sucede conmigo. Varios blancos de las haciendas han ofrecido mucha plata a los gobernadores y comisarios de la provincia para que me dejen tendido en la primera ocasión. No me quieren vivo.

—¿Entonces por qué no te vienes con nosotros a Lambayeque? — le sugirió Pajarero.

Antes de responder, Froilán bebió el resto del mate que sostenía en la mano y pidió otro:

—La idea me gusta, pero debo cumplir primero con un encarguito en cierto lugar. Yo les daré alcance más tarde.

El serrano insistió:

—No nos iremos sin ti. Ya que el diablo nos unió de nuevo, sigamos juntos nuestro Destino. Nosotros te podremos ayudar en . . . lo que sea, siempre que no te guardes los secretos.

—¿Que yo . . . ?

—Claro, y no te hagas el tetudo. ¿Temes acaso que te traicionemos?

—Muy bien dicho —acentuó Mono Seco—. Amigos son amigos. Ahora, si tu encarguito tiene algo que ver con polleras, no podremos darte una manita. En esas cosas no se puede ayudar.

Yoveraqué se quedó meditabundo. Seguro estaba que no era el diablo el que lo había unido a sus antiguos compañeros de andadas, sino el Señor. Pasó a su mano izquierda el mate que acababa de alcanzarle la Agustina y, sin decirles nada, les extendió la diestra. Los otros comprendieron que sellaban un compromiso y se alegraron. Con él irían hasta el fin del mundo. Su talante altanero les cautivaba.

Bebieron aún más y Froilán perfiló su desconfianza:

—Es hora ya de irnos.

Pajarero protestó:

—La chicha de aquí es buena. Llenémonos un poco más la panza con ella.

—Así es —rubricó Mono Seco—. Quedémosnos, amigo.

—No, aquí no. Nos cogerían los gendarmes fácilmente. A lo mejor ya ha ido alguien con el soplo donde el gobernador. Y con las ganas que me tiene ese canalla para recibir la recompensa . . . Si quieren beber tranquilamente, vamos a otra parte. Por ejemplo, a la casa de la Guadalupe, en Lodazales. Hoy tiene chicha, y hasta allá no se atreven a ir los soldados. Saben que tengo en el caserío muchos amigos.

Mono Seco engoló la voz:

—Hace meses estuvimos en Lodazales y, en verdad, no nos fue muy bien, porque el teniente gobernador casi nos mete al cepo. Si no es por Pajarero, que lo amenaza con la carabina, a estas horas estaríamos en la cárcel o en el buche de los gallinazos.

—Pero esta vez no les pasará nada —les aseguró Froilán—. Chotera me tiene miedo y les respetará viéndolos en mi compañía. Por otra parte, los acontecimientos políticos del momento deben tenerlo con el rabo entre las piernas. En Piura supe que el Congreso anuló las elecciones, proclamando presidente a don Guillermo Billinghurst. El era aspillaguista.

Convencidos por los razonamientos de Froilán, los otros aceptaron cambiar de lugar. Cancelaron la cuenta de la chichería y partieron por un camino poco traficado.

A Lodazales no había llegado todavía la noticia de la derrota del ilustre candidato civilista. Fué Froilán Yoveraqué el que se encargó de difundirla con manifiesta fruición, produciendo desbordante alegría, pues todos conocían el fanatismo de Chotera por Aspíllaga y la se-

guridad que tenía de permanecer al frente de la gobernación.

Entretanto, la rígida autoridad, que desconocía lo sucedido, se hallaba en las hábiles manos del maestro Cortadillo, cholo expedito en tusar burros y desuñar caballos, quien le eliminaba varias onzas de cerda de la cabeza. Al ver a los exaltados indios frente a su casa, les amenazó colérico desde la puerta:

—¿Qué les pasa hoy, cholos del demonio? ¿Alguna reclamación? ¿Por qué se les ocurre venir a freagar la pita cuando me está tusando el maestro? Estas no son horas de oficina. ¡Váyanse a amolar la *pacencia* a otra parte! Les doy medio minuto *pa* que despejen la calle. Si no, les caerá una lluvia de multas.

Un sordo murmullo se levantó del grupo, pero ninguno de sus componentes se atrevió a responder. Todavía el terror les ponía freno. Esta aparente calma encorajinó a Chotera:

—¡Largo de aquí, animales! Cuando quieran algo de mí, nombren una comisioncita y la atenderé con gusto. ¡Largo de aquí!

El anciano Chutuco, que acababa de sumarse a los manifestantes, se atrevió a berrear:

—¡Abajo el teniente gobernador!

La inaudita frase le sonó a éste como un ladrido extraño. ¿Qué intenciones abrigaba el viejo inútil y toda esa canalla insolente? ¿Quién les azuzaba de manera tan insólita?

Chutuco repitió:

—¡Abajo el teniente gobernador!

Manteniendo todavía enhiesto el cetro espiritual de su autoridad, Chotera increpó su conducta a los bo-

chincheros, exhortándolos a retirarse a sus hogares, pues había prohibido reuniones de más de tres personas en la calle. Pero, como respuesta, el mismo viejo lanzó el grito viril de: “¡Viva don *Billingur!*”, gracias al cual el teniente gobernador se dió por fin cuenta de que el motivo que aglomeraba en airado son a los lodazaleños era de origen político. Sin duda, alguien los había convertido, de la noche a la mañana, en partidarios de ese señor que ostentaba un nombre raro e impronunciable. E ignorando todavía de que el viejo demócrata ocupaba ya el sillón presidencial, se burló de los manifestantes:

—¡Animales! ¿Quién les ha dicho que ese *Billingur* puede ser Presidente? ¿Por qué se encomiendan a tales santos cuando saben de sobra que don Antero será el jefe supremo?

—¡Viva don *Billingur!*

—Cholos piojosos, no pierdan su tiempo en rebuznar tetudeces. El triunfo de don Antero es seguro. El Sub-prefecto de Piura me dijo el otro día: “Salvador, las cosas van sobre ruedas. Pronto celebraremos el gran acontecimiento. Prepara unos animales”. Y ustedes, bellacos, en lugar de engordar chanchos y pavos *pa* la fiesta, vienen a gritar como *condenaus*. Y tú, Chutuco, viejo sarnoso, ¿qué te ha dado por esos *Billingures* si te comprometiste conmigo *pa* sacar a don Antero?

—¡Viva don *Billingur!* — volvió a desgañitarse el anciano, coreando los demás:

—¡Viva don *Billingur!* ¡Viva el nuevo Presidente!

—¿Qué dicen c . . . ? —se sulfuró el teniente go-

bernador, quitándole la tijera al maestro Cortadillo y esgrimiéndola alevoso—. Aquí *naides* da más vivas que por mi candidato.

—¡Viva don *Billingur*!

Perdiendo sus últimos átomos de serenidad, Salvador Chotera se lanzó sobre el que había gritado, con la intención de herirlo, mas el peluquero, rápidamente, le sujetó por la espalda, momento que aprovecharon los otros para acabar de domeñar sus arrestos. Entonces uno de los indios, que durante mucho tiempo había cultivado en secreto el deseo de amarrar al abusivo al asta de la bandera de una chichería, como se acostumbraba en el Carnaval, propuso:

—Llémoslo donde la Guadalupe.

La extraña sugerencia ganó tan rápidamente adeptos en la masa que, a poco, los más fuertes cargaban y conducían calle arriba a Chotera, el que empezó a vociferar y patear, intentando zafarse de las fuertes manos que le sujetaban. Para acallar sus iracundas voces, Cortadillo le envolvió la cabeza con su poncho.

Al oír la terrible algazara, la Guadalupe apareció en la puerta de su rancho. Era una mujer de ancas de ánfora, senos de cabra lechera y familiaridades inquietantes, honrada por un cruce negroide bien marcado, que la hacía más graciosa y provocativa. Cuando, por bromear, preguntó a quien llevaban de semejante manera, los indios prorrumpieron en nuevos aullidos:

—¡Abajo Chotera! ¡Viva don *Billingur*!

Luego amarraron al teniente gobernador a la vara de naranjo que sostenía la bandera blanca anunciadora de la chicha, y principiaron a danzar a su derredor, imitando a sus lejanos parientes los pieles rojas.

La voz de la Guadalupe dominó chillona e imperativa:

—¡Echenle chicha! ¡Echenle chicha!

Obedientes a la orden, dos hombres llenaron un recipiente con el líquido de maíz y bañaron a la desdichada víctima de cabeza a pies, restregándole en seguida el rostro con tierra y frutas podridas, debido a lo cual empezó a dar muestras de asfixia, pues tenía ya la nariz obstruída. Lo peor era que cuando abría la boca para respirar, gemir o amenazar, sus torturadores, sordos a toda piedad, se la llenaban de excrementos de cabra. Y no sólo se complacían en agraviarle de esta manera, sino que le pateaban y pellizcaban a su antojo, fuera de otros castigos:

—¡Por los dos soles que me pusiste de multa, cholo canalla! —le recordaba uno, tirándole del cabello.

—¡Por los tres días que me tuviste en el cepo, perro sarnoso! — le insultaba otro, pinchándole las costillas con una estaca.

—¡Por los látigos que me pegaste! — le gritaba un tercero, pisándole los pies.

—¡Para que te acuerdes de la perra que te parió!

—¡Por lo que le hiciste a mi Juana, bribón!

—Por . . .

Los insultos se confundían, mientras el teniente gobernador se contorsionaba como un poseído, sin poder escapar a la implacable venganza.

Finalmente la Guadalupe, exagerando su maldad, le vació en la cabeza un depósito de miel, adhiriendo después en esa masa negruzca y espesa las plumas de las aves sacrificadas aquel día.

Chotera adquirió al fin un aspecto ridículamen-

te monstruoso, embadurnado con todas las porquerías imaginables y adornado con plumas. Para mayor escarnio, los indios comenzaron a tirarle de los escasos pelos del bigote y a cortarle el cabello con una tijera de podar plantas.

Froilán y sus dos compañeros, que habían presenciado desde el principio la venganza de los lodazoleños, la comentaban entre sonoras carcajadas. Mas cuando advirtieron que Chotera estaba a punto de perecer asfixiado, intervinieron para salvarle, disparando sus armas al aire, oportuno recurso que ahuyentó a los indios.

Cuando el teniente gobernador salió de su desfallecimiento, se encontró en su casa, rodeado de los exguerrilleros y de sus dos ayudantes, que acababan de aparecer, considerando que ya no existía peligro. El infeliz estaba inconsolable. Entre sollozos vomitaba quejas y amenazas:

—Cuánto he hecho por *cevilizar* a estos cholos piojosos *pa* que me salgan al final con una canallada. Pero los he de agarrar a palo limpio hasta que perezcan. Uno por uno vendrán a parar al cepo. No; eso sería perder mucho tiempo. Mejor haré construir cinco cepos con *ujeros* bien separados *pa* que les duelan las canillas. A ver ustedes —se dirigió a los ayudantes— mañana tempranito bajan a mi chacra, cortan varios algarrobos y me fabrican cinco cepos.

—Bueno, tío —le repuso uno de ellos— pierda cuidado; le prometemos ocuparnos de eso. Pero ahora descanse, que lo han dejado bastante averiado. Ni siquiera se le conoce de tantos golpes que le han propinado.

Chotera se irritó:

—¿Pero creen, cholos marrajos, que la autoridad se va a quedar cruzada de brazos y suelta de *güesos*? Ya debían ir llamándome *tamién* a los gendarmes de Catacaos *pa* que apresen a los cabecillas de la revolución y los metan a la cárcel de Piura.

—Pero, tío . . .

—Qué tío ni qué tío; obedezcan rápido antes que empiece el escarmiento con ustedes, porque tienen *tamién* una cuentecita que pagar.

—¿Nosotros? — preguntaron ambos al unísono.

—Como que ni siquiera se presentaron a ayudarme. ¿Dónde estaban, pues?

El mayor de ellos se defendió:

—Estábamos en una comisioncita.

—¿Comisioncita sin mi permiso? Pues me la pagarán a su tiempo. Ahora vayan a Catacaos y tráiganme a los gendarmes. ¿No te parece, Froilán?

La franqueza del ex-guerrillero se desbordó:

—Oye, Salvador, lo que te conviene en este momento es hacerte curar las magulladuras y golpes y mañana desaparecer de Lodazales, antes que vuelvan los indios a repetir la hazaña.

Chotera hizo un esfuerzo para entreabrir los ojos:

—¿Qué estás hablando, hombre? ¿Yo irme del pueblo? ¿Te olvidas que soy la autoridad?

—Me da lástima decirte que ya no lo eres. A estas horas ya deben haber cambiado a todos los funcionarios del pasado gobierno, desde el Prefecto hasta el último teniente gobernador. Piensa que ahora tenemos de Presidente de la República a don Guillermo Billinghurst.

Chotera defendió todavía sus fueros con ciego ardor, hasta que, una hora después, llegaron al caserío cuatro gendarmes en sus mulas rabicortonas y cansinas, seguidos de varios vecinos del lugar montados en burros. Al darse cuenta de esta inoportuna visita, los tres ex-guerrilleros se eclipsaron.

Al maltrecho se le iluminó el alma viendo entrar en su dormitorio a los soldados.

—¿No ven, no ven, cholos zamarros? —dirigióse a sus sobrinos, intentando incorporarse—. Aquí está la *juerza pa* defenderme.

—Se equivoca usted —le dijo, irónico, el cabo que capitaneaba el grupo, plantándose junto a su lecho—. Vengo a arrestarlo, obedeciendo a una orden superior a fin de que responda de todos los abusos que ha cometido.

—Pero yo soy la autoridad. Reclamo más bien ayuda.

—Desde esta mañana ha dejado de serlo. A ver —volvióse a los ex-ayudantes que, con cierta sonrisita diabólica miraban la curiosa escena—. Ayuden a levantarse a este individuo y móntenlo en su mula.

—¿Llevarme a mí preso? —gritó Chotera, alzando los brazos—. ¿A mí, a la autoridad? Esto es un atropello, cabo. Yo no obedezco más que al *Prefeto* y a mi compadre Puertas.

De nada le valieron protestas y chillidos. Los dos mocetones, contentos en su fuero interno de independizarse del famoso tío, le sacaron del lecho con intencionada grosería —para vengarse también de muchas ofensas recibidas— y lo montaron en su mula, a cuyo trote empezó a quejarse lastimosamente, creyendo des-

pertar piedad. Pero ni los gendarmes de espíritu endurecido, ni los indios del lugar se compadecieron de su estado. Todo lo contrario. Se ensañaron duramente con él, coreando sus expresiones dolorosas con insultos y befas.

Al atardecer, el cortejo desfiló por la calle del Comercio de Catacaos, suscitando alboroto general entre los transeúntes, que nunca habían visto un espectáculo como el que encabezaba el silencioso y abatido indio, cuyo rostro tumefacto y cuya cabeza trasquilada y llena de pegostres de miel, tierra y restos de plumas, inspiraban una mezcla de piedad y burla.

Y allí no paró la venganza de los lodazaleños: la mayoría de ellos, que había padecido en carne propia los castigos de la despiadada autoridad, logró, sin mucho esfuerzo, que se le abriera proceso.

* * *

Al declinar de una tarde, José Tadeo visitó al doctor Sabino Valerio, quien, después de proporcionarle halagadoras noticias, le entretuvo hasta más de las seis con el fascinante relato de sus aventuras judiciales, pues le apreciaba mucho, adivinando en él la misma rebeldía y el mismo ardor que nimbara los primeros años de su carrera, allá en Lima.

Cuando abandonaba la casa, el estudiante observó que alguien se hallaba junto a la puerta, detalle que, por lo demás, poco o nada le preocupó. Recordaba sí, vagamente, que era un hombre atezado y de aspecto rudo, que vestía una camiseta de rayas azules y rojas, bastante vulgar, y un pantalón de indefinible color.

¡Lo vió tan fugazmente! Luego, en camino a su casa, José Tadeo entró en un tienducho para comprar cigarrillos y, al salir, volvió a ver al mismo individuo. Esta vez advirtió que llevaba en la diestra un vergajo retorcido. Y siguió despreocupado por la calle, sobre la que se extendía el fulgor rojizo de las luces de los establecimientos, todavía abiertos, cultivando dulcemente la intención de sorprender a su protector con algunas buenas noticias, ya que el eclesiástico manifestaba siempre una marcada tendencia a dar poco pábulo a las ilusiones que abrigaba sobre la querrela judicial. Esta vez lograría convencerle. Precisamente acababa de saber por el doctor Valerio, que la Corte había considerado su alegato y que varios Vocales expresaban públicamente su repudio contra la inaudita sucesión de latrocinios perpetrados en la zona baja del río Piura. Todo se lo contaría al cura, procurando llevarle así algo de felicidad.

Le faltaba poco para llegar a la plaza principal cuando, de pronto, sintió que le flagelaban la espalda. Una, dos, tres, cuatro veces, con saña y crueldad increíbles. Y rítmicamente a la voz de "¡Toma, c. . . ! ¡Toma, c. . . !" Dolorido y angustiado, volvió el rostro, distinguiendo al mismo hombretón de la camiseta de rayas azules y rojas. Pero fue sólo un instante, porque el vergajo le cruzó el rostro, quemándole como un cauterio desde la frente hasta el mentón. ¿Después? Después ya no pudo darse cuenta de nada. Cayó al suelo desvanecido, donde el criminal continuó castigándole con feroces puntapiés en las costillas. Esto lo pudo saber al día siguiente por los terribles dolores que sintió en esa región y el diagnóstico del médico.

El agresor desapareció por una callejuela oscura, sin ser perseguido por nadie, porque nadie lo vió cometer la fechoría, y José Tadeo quedó buen rato en la vereda hasta que unos transeúntes le condujeron a su casa.

—¡Lo presentía, lo presentía! —exclamó el cura al ver a su protegido ensangrentado y desfallecido—. ¡Que el Señor fulmine a esos miserables!

Vino el médico e hizo desnudar al herido, descubriéndole en los costados tremendos verdugones y la rotura de varias costillas producida por los punta-piés.

—Por poco no lo han matado —dijo— ¡Esto es abominable!

Al día siguiente, don Isidro Lozano se olvidó de sus dolores reumáticos y fue a ver al doctor Valerio, al que encontró vistiéndose, precisamente para visitar al estudiante. Los dos hombres, que mantenían sincero cariño por aquél, dieron rienda suelta a sus sentimientos compasivos, comentando el hecho. No podían comprender cómo los desalmados de La Fraternidad habían llevado su descaro a semejante extremo, pagando a un asesino profesional para que matara al mozo o, por lo menos, lo invalidara.

Esa misma mañana, Valerio se entrevistó con el nuevo gobernador. Era un hombre obeso, socarrón y enemigo de ahondar en delitos en los que se adivinaba la mano oculta de personas influyentes. Con marcada teatralidad se asombró del cinismo y audacia del autor material del atentado, pero esquivó aceptar que se sindicara a Eustaquio Escalona como el inspirador del mismo. Para él, todavía era prematuro indicar

nombres. No se podían juzgar delitos de esa naturaleza por simples apariencias. ¿Por qué descartar otros móviles que no fueran la disputa de tierras? ¿Y el del amor? ¿No habría obrado tal vez el agresor impulsado por los celos? José Tadeo era un mozo decididor y no mal parecido y nadie podría sorprenderse de que hubiese tenido la debilidad de corresponder a las insinuaciones de una mujer casada. ¡Tantos casos parecidos se conocían!

Valerio escuchó en silencio las extrañas suposiciones del gobernador, y como juzgó imposible rebatirlas, dada la intención que ponía el cazurro en sostenerlas, se limitó a recomendarle que dedicara el mayor empeño en apresar al autor del repudiable atentado.

—No necesita usted recomendarme nada, mi doctor —le repuso el gobernador —Para eso estoy yo aquí. Tenga usted la seguridad de que el agresor o los agresores caerán muy pronto en mis manos, y entonces me confesarán este pecado y todos los que carguen en la conciencia, pues poseo el secreto de ciertos métodos infalibles para hacer cantar hasta a los mudos. Ya sabremos si el hacendado que usted indica es o no el autor intelectual del delito. De todas maneras, lo primero que me corresponde es interrogar al doctorcito Yoveraqué. ¿No le parece? El debe conocer a su heridor. Así que procederé a visitarlo.

Sólo a mediodía pudo José Tadeo levantar cabeza y relatar al gobernador lo sucedido, señalando al hombre de la camiseta de rayas azules y rojas como el que le había puesto al borde de la muerte. Esto dió tema a la flamante autoridad para tejer una serie de

suposiciones absurdas y estrafalarias, bastante distintas de las que circulaban por Catacaos.

Las sospechosas esquivaces del gobernador sacaron de quicio al cura. Realmente colérico, invocó desde los Evangelios hasta las Encíclicas de León XIII, llegando en su arrebató a culpar de cómplices del atentado a todos los que descartaban la posibilidad de que Escalona fuera el verdadero delincuente.

Al hombre de la camiseta de rayas azules y rojas lo vieron a los pocos días por Sechura, mas nadie supo si se le persiguió o no.

Durante una semana, el atentado a José Tadeo fue el plato del día en los mentideros de Catacaos. Hasta lo registró "El Sol" de Piura, pero sin darle mucha importancia. Después, pasó al olvido. Recientes hechos de mayor relieve vinieron a absorber la atención pública. Y hasta el mismo gobernador, que tantas promesas había hecho respecto a la captura del delincuente, no se preocupó de perseguirlo, temeroso de comprometer la sólida reputación financiera y moral del poderoso Eustaquio Escalona, que tan generosamente sabía atender a sus huéspedes, sobre todo si invertían cargo público.

Desde entonces se estancó la querrela judicial, que tan buen rumbo tomara para los Yoveraqués. El médico aconsejó a José Tadeo absoluto reposo: los golpes le habían comprometido los riñones y el pulmón. Y nadie supo reemplazarlo en su campaña reivindicadora, pues el doctor Valerio, a pesar de apreciarlo mucho, tuvo miedo de afrontar solo el riesgo de litigar con Escalona, y el cura decidió confiar a Dios la resolución de tantas injusticias, pensando que las contra-

riedades y rabetas le producían desvanecimientos y que estaba obligado a cuidar su salud para seguir guiando por buen camino a su numeroso rebaño de indios.

* * *

Como era el único a quien le faltaba eliminar, Escalona dedicó empeño feroz en hacer perseguir a Froilán Yoveraqué. Ya no usaba aquellos métodos secretos, que ponía en práctica Garrote con tan buen resultado. Ahora la campaña la realizaba abiertamente en nombre de los hacendados del valle y valiéndose de la circunstancia de que Froilán andaba en compañía de dos individuos de oscuros antecedentes, perseguidos por la justicia del Perú y del Ecuador. Uno de sus más efectivos recursos consistía en atribuirle todas las fechorías que se cometían en el Departamento. Y tal éxito obtenía con ello, que los cronistas policiales de los diarios de Piura, cuando desconocían al autor de tal o cual asalto, no titubeaban en asegurar que “había sido el tristemente célebre Yoveraqué, a quien las autoridades no lograban apresar todavía”.

Indudablemente, Froilán y sus compañeros no ambulaban por los caminos reparando entuertos. Una que otra vez se veían precisados a desvalijar a algún viajero rico, apremiados por las necesidades que impone el vagabundeo, o a defenderse de los gendarmes. Estas escabrosas aventuras, vividas generalmente por el Portachuelo de Olmos, desagradaban a Froilán. El no tenía alma de bandolero. Intervenía en ellas por-

que su situación de paria se lo imponía. No quería pudrirse en la cárcel, rotas las alas, deshecho el espíritu.

El terror obligaba a Escalona a redoblar cada día más su actividad para hacer perseguir a Yoveraqué. Hasta le había ofrecido al jefe de gendarmes una fuerte suma si lograba exterminarlo. Y el oficial, ilusionado por la recompensa, amenazaba a sus subalternos con castigos para que pusieran mayor empeño en derribar con el mauser al “azote de los departamentos de Piura y Lambayeque”, como calificaba al ex-guerrillero.

Torcuato Garrote sentía un malestar parecido al miedo cada vez que se presentaba ante Escalona. Sabía que la primera pregunta que le dirigía era: “¿Cayó el bandido?” Y en seguida le lanzaba una andanada de improperios, reproches y duras amenazas, culpándolo de su angustiosa situación.

Pero, en contra de lo que pensaba el hacendado, su mayordomo no se dormía. Y era natural que así fuese: Una misma causa los hermanaba. Y tanto el uno como el otro padecían también igual terror, presintiendo por todas partes a Froilán como la imagen de la venganza. Pero con la agravante para el subalterno que él no podía encerrarse a piedra y lodo en su casa ni rodearse de guardaespaldas, porque las obligaciones de su cargo lo obligaban a recorrer el fundo y a transitar por diversos caminos, vigilados apenas por unos cuantos gendarmes, incapaces de enfrentarse a bandoleros corajudos.

—Tú eres un malvado, un canalla, un sinvergüenza —le repetía Escalona a Garrote— Después de todas las maquinaciones y pellejerías que has urdido

en mi contra, quieres tenderme la celada definitiva, pero no lo conseguirás. Primero te haré morder el polvo, que es lo que mereces.

Frases huecas y poco sinceras, porque el hacendado no podía dar un paso sin su cómplice, al que consideraba ingenioso y desalmado; en buena cuenta, un instrumento de valor para terminar con el último Yoveraqué peligroso. Ya tendría tiempo más tarde para eliminar también a aquel funesto hombre, cuya alma era un semillero de maldades, que conocía sus secretos y que le había ayudado a formar La Fraternidad con chacras ajenas. Y lo eliminaría como medida preventiva, antes que se le adelantara a traicionarlo, denunciándolo como instigador de los latrocinios y crímenes cometidos.

Un día, Torcuato Garrote supo que Froilán Yoveraqué acostumbraba visitar los sábados el caserío de Lodazales con sus dos compañeros y creyó llegada la oportunidad de alcanzar el tan ansiado éxito. Se puso de acuerdo con el alférez de gendarmes, quien apostó en el camino que desembocaba en el caserío a varios soldados con la consigna de disparar tan luego avistasen a los tres hombres. Pero los bandoleros, informados oportunamente por la Guadalupe de que se les esperaba con un recibimiento de plomo, se adelantaron a sorprender por la espalda a sus vigilantes, que no tuvieron otro recurso que entregar las armas y levantar los brazos.

Yoveraqué no quiso ensañarse con los soldados, a pesar del consejo de Mono Seco. Al fin y al cabo, ellos no hacían más que obedecer órdenes. Se contentó con advertirles que la próxima vez les cobraría cara

la reincidencia y hasta les devolvió las armas, seguro de que no harían uso de ellas. Y se fue con sus amigos, sin volver siquiera la cara, lamentando sólo no haber encontrado a Garrote que, momentos antes, se había marchado a La Fraternidad, según declararon los gendarmes.

Terminada la aventura, Pajarero insistió en buscar un escenario más propicio para sus operaciones. Esa región estaba erizada de peligros y, cualquier día, podrían dejar por allí los huesos. Más sensato era trasladarse al sur. Al valle de Chicama, por ejemplo, o a las sierras de Lambayeque o Cajamarca. Pero Froilán se negó a aceptar la sugerencia. Ya habría tiempo para ello.

Con tono agrio, Mono Seco reforzó la idea del serrano, basándose en el hecho evidente de que si los gendarmes se habían manifestado esa vez inofensivos, debido a circunstancias especiales, en una nueva ocasión no sucedería lo mismo.

—No —reafirmó Yoveraqué—. Dentro de poco iremos al lugar que ustedes deseen. Ahora no. Esto no significa que si ustedes persisten en marcharse, yo intente detenerlos. No. Son libres como las palomas para volar donde les dé su real gana.

Pajarero consintió:

—Bueno, ya que lo deseas, nos quedaremos contigo un tiempcito más. Y que conste que no es por miedo que queremos cambiar de aires. Es porque en estas tierras ya no podemos hacer nada. No sólo nos buscan los gendarmes, sino también todo títere con cabeza que gusta de recompensas.

—Así es —asintió Mono Seco.

Froilán caviló buen rato. Sin duda alguna, la razón asistía a sus compañeros. Esa ya no era vida. Siempre a salto de mata sin comer regularmente ni disfrutar de las dulzuras de una mujer en cama blanda ni descansar cuando el cuerpo se lo pedía. Pero estaba seguro que esa perenne inquietud desaparecería pronto. Aguardaba sólo el momento oportuno para actuar con algunas probabilidades de éxito.

Los otros comprendieron mejor que nunca a ese hombre rudo y temerario, que estaba siempre dispuesto a dar la cara por ellos y a hacerse matar sin flaquezas, y callaron.

* * *

Una tarde, Froilán se detuvo en la chichería de la Agustina para comer algo. Lo venían persiguiendo desde el camino de La Legua. Desmontó rápido y condujo a su caballo al corral para que no lo vieran en la calle. La chichera le sirvió un mate conteniendo seco de cabrito con arroz y, después de muchas vacilaciones, le preguntó si había ido a Piura.

—¿A Piura? —se extrañó Froilán— Ni pensarlo, mujer. ¿Cómo quieres que me eche en brazos de los soldados? Una vez, un oficial amigo mío me hizo el favor de dejarme entrar libremente en la cárcel para que visitara a mi taita y hermana, y allí acabó todo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada.

—No seas bellaca, Agustina. ¿Desde cuándo me vienes con secretos? Tú me ocultas algo. De esto no me cabe duda.

—Te equivocas.

—¡Habla, mujer, habla!

La chichera entrüsteció el rostro. No quería darle a su amante la mala noticia que acababa de saber por un comerciante que frecuentaba Piura. Pero, al fin, presionada por la reiterada exigencia, no pudo eludir la respuesta:

—Yo creía que lo sabías, hombre.

—¿Qué cosa?

—Que tu taita ha muerto.

Froilán se ensombreció. Semicerró los ojos de puerco y apretó los labios. Su faz adquirió el aspecto de aquellos huacos de expresión fiera. Retiró despectivamente el mate que tenía por delante y se encerró en un hosco silencio. Ni siquiera agradeció la condolencia de la Agustina. Su alma destilaba odio más que nunca.

Al poco rato, Froilán sacó su caballo del corral, le ajustó la cincha, y después de aceptar de la chichera un paquete de comida, que introdujo en la alforja, montó de un salto y partió al galope hacia un bosquecillo de algarrobos cercano al río, donde le aguardaban sus amigos. Estos, al verlo, advirtieron al instante que un sentimiento extraño le conmovía. Pero no le dijeron nada, sabiendo de sobra que cuando su espíritu se entenebrecía no le gustaba hablar. Y continuaron tendidos sobre la tierra dura mientras sus bestias pasaban.

Froilán desensilló su moro para que se revolcara y comiera, y se sentó en la raíz abultada de un algarrobo, recostando la espalda en el tronco. Luego prendió un cigarrillo, lo fumó ávidamente y, cuando lo terminó, encendió otro. Y después un tercero y un cuarto.

Anochea. El puntito rojo del cigarrillo iba ganando luminosidad a medida que se amasaban las sombras en el campo solitario. Froilán se confundía ya con el tronco del árbol y sus compañeros parecían leños abandonados por un hachero. En el fondo, la faja del río captaba la tenue claridad de las primeras estrellas. El monótono rumor de las chicharras entorpecía los oídos de los tres hombres.

Al fin, Yoveraqué habló en las tinieblas. Su voz era clara, sin resabios de pena. Hasta tenía dulzura:

—¿Han comido ustedes?

Mono Seco se adelantó a responder:

—Un poco de chifles con cecina. Nada más.

—Si quieren rellenar el estómago, allí traigo algo bueno.

Pajarero y Mono Seco se lanzaron a rebuscar en la alforja de Froilán y, a poco, escuchóse la masticación de los dos forajidos. Comían apresuradamente para calmar el hambre que les devoraba desde hacía varias horas.

Cuando acabaron las provisiones, que habían consistido en pescado frito, carne y choclos, Pajarero expresó su agradecimiento:

—Está bien que te hayas acordado de traernos algo.

—Es mi costumbre. ¿Están ya satisfechos?

—Sí —respondieron ambos, agregando Mono Seco—. ¿Tienes cigarros?

Yoveraqué les alcanzó la cajetilla, y tres mosquitos de fuego señalaron la posición de los tres hombres. Luego les interrogó:

—¿Han dormido bien?

—Casi toda la tarde —repuso Pajarero—. ¿Por qué?

—Porque quiero dar una vueltecita esta noche. ¿Les parece bien?

—¿Esta noche? —se extrañó Mono Seco—. ¡Qué raro!

—Es que me tienta visitar La Fraternidad. ¿Desean acompañarme?

Mono Seco se entusiasmó:

—Eso no se pregunta. Cuenta con nosotros. Pero que *haiga* su respectivo castillo de fuegos artificiales.

—Pierde cuidado. Sólo te advierto que la casa está bien resguardada.

—Mejor que mejor. ¿No es verdad, Pajarero?

—Claro. Un asalto sin tiritos no sería asalto. Que lo diga Froilán.

—Estamos de acuerdo. Peligro habrá, aunque todo lo tengo bien pensado para que no nos agujereen tan fácilmente el pellejo. Mi plan es el siguiente: Mono Seco se situará por el lado sur de la casa del fundo y hará unos disparos. Después . . .

—¿Después?

—Eso te lo diré más tarde. Lo único que te recomiendo ahora es que cuando salgan los guardaespaldas de Escalona a perseguirte y tirotearte, te atrincheres en el borde de la acequia madre y los entretengas hasta que te llame yo desde la casa . . .

—¿Desde la casa? ¡Caramba!

—Sí, desde la casa, mediante un silbido.

—Muy bien.

—Y ahora, adelante. Estamos a una legua, más

o menos, de La Fraternidad. Caminando despacio llegaremos a su lindero sur a las nueve. Allí aguardaremos hasta que apaguen las luces de la casa.

Los tres jinetes tomaron la ruta del río, del cual sólo quedaban unas cuantas lagunas verdosas, pobladas de zancudos y de sapos nocharniegos.

* * *

Cuando, en la paz de la noche, resonó el primer disparo de Mono Seco, los dos guardias de Escalona asomaron la cabeza por el poncho, y los mastines, que dormían en la ramada, corrieron hacia afuera ladrando.

—¿Oíste, Evaristo? — preguntó un guardia al otro.

—¿Acaso soy sordo, Domingo? ¿Qué habrá sido?

—¡Ummm!

Volvió a sonar otro tiro, y esta vez el hacendado, desde el dormitorio, alzó su voz llena de inquietud:

—¿Quién estará disparando?

Evaristo repuso, abandonando el poyo del corredor en que dormía:

—Será quizá don Garrote, persiguiendo a algún ladrón.

Escalona apareció cubierto sólo por una camisa blanca, que le llegaba hasta los pies. Parecía un fantasma bien cebado. Tembloroso interrogó:

—¿Cómo dices, hombre?

—Que seguramente ha de ser don Garrote — repitió el guardián.

—¡Qué Garrote ni qué niño muerto! Ese canalla debe estar roncando a esta hora.

—Entonces será otro el que ha tirado — filosofó Domingo.

—¿Y a pesar de ello, tú y el haragán de tu compañero, están tan tranquilos?

—¿Y qué vamos a hacer, señor? Si se trata de gente peligrosa que pretende darnos un susto, aquí estamos para defendernos.

Los perros seguían ladrando, pues les excitaba mucho el ruido de los tiros en la noche.

Escalona volvió a su cuarto y tomó una carabina Remington y un revólver, y regresó al corredor, donde se hallaban ya los muchachos que componían la servidumbre. El contacto con las armas le dió ánimo:

—¿Que no hay aquí un sér consciente que encienda los faroles? Todos ustedes son unos torpes y canallas.

Domingo racionó:

—Señor, si encendemos luces nos tumbarán a tiros.

—¿Cómo?

Recién se daba cuenta el hacendado que el guardián consideraba aquellos disparos como los sonoros heraldos de un ataque a la casa, es decir, a él. Y tembló de cabeza a pies:

—¿Y qué hacemos entonces? ¿Van a quedarse ustedes aquí cruzados de brazos hasta que vengan los bandidos a asesinar-me? ¡Afuera, bellacos, afuera! Vayan y tráiganme vivos a esos asesinos. ¡Rápido, c...! ¡Rápido afuera!

—Pero, señor... — intentaron objetar los guardias la disparatada orden.

—¡Afuera he dicho, cobardes!

De nuevo resonó un tiro por el algodonal, destrozando esta vez el vidrio de una ventana. Los mastines arreciaron sus ladridos. Instintivamente, el hacendado se refugió en un rincón, desde donde continuó azuzando a sus guardias para que se acercaran al lugar del que provenían los tiros, temeroso de que la lucha se trasladara a la casa:

—¡Domingo, Evaristo, avancen sin miedo y “tiémplense” a esos malditos!

Acostumbrados a obedecer, los dos hombres continuaron descendiendo la loma en dirección de la acequia. Por ese sitio habían visto el fogueo del último disparo. Les seguían tres criados, muchachos que recién entraban en la pubertad, y los perros.

Escalona se echó sobre las espaldas un poncho de los que servían de cobijas a los guardias, creyendo que era el frío el que le hacía temblar; luego dejó en el poyo el revólver y se quedó con la carabina. Sus ojos ansiaban violar las tinieblas, mas sólo distinguían de vez en cuando el resplandor de los balazos, cuya alarmante continuidad indicaba claramente el ardor del recio tiroteo. E iracundo pensaba: “Pronto harán pica-dillo a esos canallas, que debe capitanear sin duda el Froilán Yoveraqué. Quiero que me traigan sus cabezas para colgarlas alrededor de la casa”.

A medida que recrudecía el ruido de los disparos, mezclado a la gritería de los fieros mastines, la angustia del hacendado aumentaba pavorosamente. Se sentía ahora solo. Y solo estaba. Los horcones de la ramada, así como los cántaros de agua alineados junto a la cocina y las monturas colocadas en una viga le parecían figuras humanas, prontas a saltar sobre él. Re-

cién comprendía que había obrado mal enviando a sus guardias a combatir afuera, y empezó a llamarlos a gritos, pero solamente retornó a la casa, por iniciativa propia y todo alarmado, uno de los sirvientes. Escalona le regañó:

—¿Quién te ha ordenado a ti que vengas, c...? Yo estoy llamando a Domingo y a Evaristo. ¿Por qué no regresan esos bellacos? ¿Se han vuelto sordos? ¡Habla, imbécil!

El muchacho contestó con voz apenas perceptible:

—Porque no pueden venir.

—¿No pueden?

—No señor. A Domingo lo tienen arrinconado por la acequia, y si se mueve, lo matan. Y Evaristo ya no alienta, señor. El pobre tiene un tiro en la cabeza. Por eso he venido a avisárselo.

—¿Muerto Evaristo? ¡Dios Santo! ¿Y cuántos son los forajidos?

—Al principio me pareció que eran dos, pero después me di cuenta que era sólo uno.

—¿Y siendo uno no lo han podido liquidar pronto? ¡Maldita sea la hora en que contraté a esos inútiles y cobardes! No me resta ahora más que huír. Yo no me quedo aquí para que me hagan correr la misma suerte.

Pero en ese momento sintió el galope de un caballo que le hizo volver la sangre al cuerpo. “¡Gracias a Dios! Este debe ser Garrote —susurró—. Por este lado sólo él puede llegar. ¡Pero a las horas que se le ocurre presentarse!”.

No se equivocó el hacendado. Realmente era su

mayordomo el que venía, creyendo candorosamente que se trataba de ahuyentar a algunos ladronzuelos de algodón que merodeaban por allí. Irrumpió en la casa, todo sofocado, exagerando su preocupación por la vigilancia del fundo; frenó de un golpe su caballo, haciéndolo parar en dos patas, y desmontó con la carabina en la mano. Luego, de dos saltos, llegó al corredor, donde, al ver a Escalona, no pudo silenciar la impresión que le producía su aspecto de fantasma blanco:

—Señor, ¡qué susto me ha dado!

—¿Susto, canalla? Es que el miedo lo llevas hasta en la sangre. Hace una eternidad que has oído los tiros y solamente ahora haces acto de presencia.

—Valgan verdades, señor, me quedé dormido, y si no es por mi sirvienta . . .

—No vienes, ¿verdad? Juraría que has escuchado todo desde el principio, pero esperabas que me mataran para venir. Sin duda suponías que estaba ya intercediendo por tu alma negra en el otro mundo.

—¡Señor . . .!

—Claro, eso no se discute. Hace tiempo que estás de acuerdo con los Yoveraqués para acabar conmigo.

—¡Señor . . .!

—¡Calla, perro, calla! Hasta perteneces ya a esa familia. Como que vives con la hija de la Encarnación. ¿Creías que no iban a contarme tus secretillos?

Garrote fue conociendo todos los matices de la sorpresa hasta llegar a la estupefacción. ¿Por qué le recordaba Escalona en esos instantes lo de los Yoveraqués? ¿Estaba loco o borracho? ¿Qué relación tenía el asunto de esta familia con los tiros que se oían?

¿Acaso podía atreverse Froilán a asaltar una casa bien resguardada?

De pronto se dió cuenta que habían cesado los disparos y, en vez de descubrir a su patrón los pensamientos que se le alborotaban en la mente, quiso serenar su terrible inquietud:

—Ya ve usted, señor. Todo ha terminado. Deben haber huído los cholos ladrones, porque . . .

—¡Imbécil! —le gritó Escalona, con voz rajada y colérica, considerando de mal agüero aquel lúgubre silencio—. Lo que debe haber sucedido es que han matado también a Domingo.

—¿Qué? —masculló Garrote, sospechando que su patrón deliraba—. No puede ser, señor, no puede ser, porque los indios no cargan armas.

—Perc Froilán Yoveraqué si las carga, estúpido. El es, seguramente, el que combatía con los guardianes.

—¡Señor . . . !

—¡Sí, Yoveraqué! Disimulas tu complicidad con esa pandilla de bribones.

—No me calumnie, señor, que el momento no es para eso — tembló Garrote, comprendiendo al fin que había estado equivocado sobre la causa de los disparos.

A poco regresó corriendo otro de los sirvientes y, jadeante y lloroso, refirió que Domingo había caído también con un balazo en el hombro.

—¡Ya lo había dicho yo! — exclamó el hacendado, perdido todo control sobre sí mismo, mientras le castañeteaban los dientes, el cuerpo se le estremecía bajo la ridícula camisa y la adiposa papada le temblaba como gelatina.

—Ahora vendrán acá esos bandidos —continuó

con acento quejumbroso—. ¿Qué hacemos, Torcuato? Piensa, piensa rápido. No hay tiempo que perder.

—Usted verá lo que hace — le contestó el mayordomo, con más deseos de huír que de quedarse allí defendiéndolo.

Sin atender más que a las voces apremiantes del pánico, Escalona dispuso que los muchachos trancaran las puertas y luego se encerró en su escritorio, desde cuya ventana ordenó a Garrote que se atrincherara en la ramada, tras unas rajás de leña.

—Señor, eso es imposible — protestó el otro.

—¿Imposible? ¿Por qué? ¡Haz lo que te digo!

El mayordomo esgrimió por primera vez su rebeldía:

—Yo no me dejo matar aquí como un perro.

—¡Obedece, traidor!

—No; yo no soy ningún tetudo.

—Pero . . .

—Defiéndase como pueda. Yo me voy.

Y saltando sobre su caballo, escapó por el portón hacia el campo obscurecido, mientras Escalona le disparaba varios tiros, sin lograr tocarle.

Pero Garrote no pudo avanzar mucho. La cuerda ondulante de un lazo trenzado le envolvió de repente, haciéndole caer por los suelos como un pelele trágico. El mayordomo creyó morir. Las fuerzas le abandonaron. Sudor frío le humedeció el cuerpo. Aterrorizado, gimió, sintiéndose sujeto y arrastrado por la tierra cubierta de espinas y abrojos. Al fulgor de las estrellas distinguía, como en medio de una nebulosa, al jinete silencioso que le halaba y al que le seguía. Cerró los ojos para aislarse de lo que le rodeaba y, cuan-

do los abrió, encontróse de nuevo en la casa de la hacienda, vigilado por los dos jinetes, que habían descendido ya de sus cabalgaduras. Uno de ellos silbó, contestándole otro individuo en el mismo tono desde el fondo del algodonal.

Garrote inquirió al fin:

—¿Qué quieren hacer conmigo?

—No te alarmes: Poca cosa — contestó Froilán.

En la extraña vaguedad de la respuesta, el prisionero adivinó una terrible amenaza y quiso zafarse del anillo que lo ceñía, empleando todas sus fuerzas. Pero lo único que consiguió fue que su aprehensor le pusiera la ruda bota sobre el pecho. Entonces, desesperado, aulló:

—¡Señor Escalona, defiéndame! ¡Salga y dispare!

Froilán afiló su ironía:

—No te confíes en esa clase de santos. No hacen milagros.

—¡Señor Escalona, me quieren matar estos asesinos! ¡Defiéndame!

La patética llamada, si bien resonó e hizo eco en los paredones del caserón, no consiguió que saliera del escritorio una sola palabra. Escalona temblaba en su encierro voluntario sin poder disparar, pues los asaltantes se habían colocado en un lugar opuesto a su parapeto.

Pronto llegó Mono Seco cacareando su triunfo. Froilán le mandó que buscara en la cocina carbones o leños encendidos y que prendiera fuego a la casa.

El bandolero se escurrió como un reptil y, mo-

mentos después, volvía con una tea y un recipiente de kerosene. Froilán dirigió sus pasos:

—Principia por ese cuarto —señaló el escritorio— y apresúrate, que necesito mucha luz para hacer lo que debo hacer.

Garrote tornó a gritar:

—¡Don Eustaquio, dispáre, que le van a quemar vivo!

Pero el hacendado no necesitó que se lo recomendaran. Cuando vió que las llamas lamían la puerta de su encierro y se extendían rápidamente por las paredes de cañas, se acercó a la ventana y descargó su carabina sobre el hombrecillo de actitudes simiescas que iba rociando la casa de kerosene y prendiéndole fuego con la antorcha. A pesar del pánico que le conturbaba, tuvo suerte: El descuidado Mono Seco cayó en el corredor con el pecho destrozado.

El resplandor de las llamas iluminaba la ramada. Era lo que había ansiado Froilán para recrearse a sus anchas viendo a Garrote a sus pies, todo encogido y lloroso. Porque pocas esperanzas le restaban ya de conservar la vida desde que Escalona, en lugar de abandonar su escondite oportunamente y emprenderla a balazos con Yoveraqué y Pajarero, se había limitado a quemar todos sus cartuchos en matar a Mono Seco.

Finalmente Froilán, comprendiendo que prolongar la escena entrañaba exponer la vida, ordenó a Pajarero:

—Córrele el lazo al pescuezo a este bandido y pasa el otro extremo por la viga de arriba.

Al saber que le iban a colgar, Garrote se debatió en el suelo como un poseído, gritando, maldiciendo y

suplicando. Mas no pudo vencer la energía ni remover la compasión de los dos hombres.

Pajarero lanzó la cuerda hacia el horcón de la ramada y, después de retirarse unos pasos, empezó a tirar de ella con todas sus fuerzas hasta que Garrote quedó suspendido en el aire.

Plantado en medio de la ramada, los brazos en jarras, los labios distendidos, en los que se cuajaba una sonrisa helada, los rasgados ojos de puerco semiescondidos entre los párpados, Froilán contemplaba regocijado a su enemigo que, desesperadamente, agitaba las piernas y pretendía quitarse del cuello la cuerda que le asfixiaba, mientras allá, en su escritorio, Eustaquio Escalona, impotente para dominar el fuego, se desgañaba implorando piedad.

El resplandor rojizo del incendio bañaba la faz de Garrote, precisándole los movimientos de sus desorbitados ojos, la dilatación de su nariz, las contracciones de su boca, por la cual escapaba una lengua viscosa y amoratada, en fin, todos los espasmos epilépticos de sus miembros que, poco a poco, fueron adquiriendo la rigidez de la muerte.

Toda la casa ardía. El tejado se había convertido ya en una hoguera y prolongaba sus llamaradas hacia la ramada, que comenzaba también a quemarse.

Encerrado en su escritorio, Escalona seguía pidiendo misericordia a grandes voces e intentando atravesar la puerta, cuya madera se consumía desde hacía rato.

Viendo que Garrote ya no daba señales de vida y que el fuego le impedía permanecer más tiempo bajo la ramada, Froilán sacó su cuchillo y cortó el lazo que

sujetaba todavía Pajarero. El cuerpo del ahorcado cayó violentamente.

Del camino iluminado llegaba rumor de voces. Eran las de los peones de La Fraternidad que acudían alarmados a detener el incendio. Entonces los dos hombres, dándose cuenta del peligro que corrían, montaron en sus cabalgaduras y se alejaron al galope, mientras Escalona lograba romper los maderos carbonizados de la puerta y escapaba con la camisa en llamas, atormentado por las quemaduras y por los pensamientos extraños que se agitaban ya en su mente. Huía, huía hacia la noche de la vida.

Esta obra, premiada en el Con-
curso Anual de Novela Peruana
JUAN MEJÍA BACA & P. L.
VILLANUEVA, Editores; se ter-
minó de imprimir el 30 de ma-
yo de 1956, en los Talleres
Gráficos P. L. Villanueva S.A.
Lampa 277, Lima-Perú

PQ8497. V369T3



a39001



0041640

e íntima. Sabe individualizar admirablemente un lugar o un paisaje, y mover dentro de ellos tipos de rica textura moral”.

ALBERTO URETA

“Montoneras” es una de las más hermosas novelas peruanas de narración fluida y personajes tallados en carne. Y Vegas Seminario aparece así como un novelista a la altura de *Ciro Alegría* y de su paisano, el autor de “*Matalaché*”.

EMILIO ARMAZA

“...Vegas Seminario ha hecho de sus relatos un pequeño gran mundo en el que pululan, con existencia propia, fluida, espontánea, hombres y mujeres de almas recias y sencillas, pendencieros y noblotes, duros y jaraneros, fanfarrones y jocundos, trágicos y sentimentales, orillados casi siempre a algún trance de gracia chispeante...”

ESTEBAN PAVLETICH

“Con dominio del idioma, sin lujos de buena o mala retórica, este escritor sabe decir lo que quiere, cosa que no es entre nosotros muy común... “Montoneras” posee los aciertos que lleva consigo toda tarea literaria consciente y honesta, y por eso sólo merece que el éxito premie su aparición”.

SEBASTIAN SALAZAR BONDY

12-67

“El jurado tuvo presente los méritos de la obra, en cuanto que ella ofrece un auténtico sentimiento de lo narrado y presenta la coherencia indudable entre los propósitos del autor y su expresión. Un aliento humano y una animación sostenida conceden a esta obra calidades que la hacen ampliamente merecedoras del premio”.

(Del acta del fallo del jurado: JORGE PUCCINELLI - LUIS JAIME CISNEROS - JOSE DURAND)

PRECIO: S/. 28.—

